

P. EGIDIO VIGANÓ, SDB.



INTERIORIDAD APOSTÓLICA

Reflexiones acerca de la
GRACIA DE UNIDAD
como fuente de caridad pastoral

FORTÍN MERCEDES (ARGENTINA)

Febrero de 1988

INTERIORIDAD APOSTÓLICA

P. EGIDIO VIGANÓ, SDB.

INTERIORIDAD APOSTÓLICA

**Reflexiones acerca de la
GRACIA DE UNIDAD
como fuente de caridad pastoral**

FORTÍN MERCEDES (ARGENTINA)

Febrero de 1988

Con las debidas licencias. *LOS GUZAROS OPTIMOS*
Edición extracomercial.

CIACROEPTRE AOLGOTROA

Al ob. nuevo comercial
CAIMU RI AIC-80
Inventos habitos ab. actual como

© Copyright 1989,
por Ediciones Don Bosco Argentina.

Hecho el depósito previsto por
la ley 11.723 y el decreto 12.063/57.

Printed in Argentina. *(AOLGOTROA) ZACROEPTRE*
Impreso en la Argentina. *LOS GUZAROS OPTIMOS*

PRESENTACIÓN

Acabo de recibir la transcripción corregida de la grabación de las *Reflexiones acerca de la GRACIA DE UNIDAD como fuente de caridad pastoral*, hechas por nuestro querido Rector Mayor durante los Ejercicios Espirituales realizados en Fortín Mercedes del 21 al 27 de febrero último.

Teníamos así en las Inspectorías del Plata la gracia de la presencia del Sucesor de don Bosco, que nos hacía este gran regalo en los comienzos del Año Centenario de la muerte de nuestro Santo Fundador.

Hemos rezado, meditado y confraternizado, alimentando nuestras vidas con profundidad y sabiduría salesianas.

Una vez más le agradecemos al padre Viganó su presencia iluminadora entre nosotros, para ayudarnos concretamente a superar la superficialidad espiritual que acecha permanentemente a la espiritualidad de nuestra vida activa.

La Inspectoría de Bahía Blanca, que tan amablemente nos atendió, y el padre Humberto Baratta, que transcribió todo este material de la cinta grabada, reciban también nuestra gratitud.

María nuestra Madre nos ayude a aprovechar bien estas reflexiones, para poder imitar mejor a don Bosco, haciendo experiencia de la GRACIA DE UNIDAD de nuestra Vocación Salesiana.

Fraternalmente,

P. CARLOS TECHERA V.
Consejero Regional

Bernal, 4 de noviembre de 1988.

INTRODUCCIÓN

Nos hemos reunido para meditar y orar. Los Ejercicios Espirituales son un tiempo fuerte para hacer crecer la inteligencia de la fe acerca de nuestra misma experiencia de vida y de todo lo que se mueve a nuestro alrededor.

Contra el peligro de la superficialidad espiritual

Vivimos en una época amante de lo efímero, que ha dado importancia a modas ideológicas, que admira el dinamismo de la eficiencia, y se deja encandilar por las maravillas de la técnica. Todo el pluriforme devenir cotidiano tiene ocupada continuamente la mente, dejando poco espacio a las reflexiones de la fe. Mirando las cosas y los eventos (aun con la seriedad de las observaciones científicas), no se considera como a verdadero elemento de la realidad la presencia del Espíritu Santo en la historia, ni los efectos concretos de Sus iniciativas y de Su potencia.

Se piensa y se vive prescindiendo de la componente divina de la historia humana. Después del nacimiento de Cristo, de su Pascua y de Pentecostés, es actitud superficial y antihistórica considerar al hombre sólo con óptica horizontal. Pentecostés ha traído, por obra de Cristo, una realidad de presencia y de iniciativas divinas que entran a formar parte, en forma inseparable, del espesor mismo de la vida de la humanidad, influyendo objetivamente en el curso de su devenir.

Nosotros, discípulos del Señor Jesús, somos testigos de esta dimensión superior percibida directamente por la fe. Debemos ser para los demás "signos y portadores" de la presencia real y de la

potencia del Espíritu del Señor en la vida. Para ello es necesario que nos ejercitemos cotidianamente a mirar en profundidad. Toda vida consagrada es vivificada por una penetrante dimensión contemplativa, de diferente tipo, según la modalidad propia de la vocación recibida.

La vida consagrada apostólica tiene una misión de continua actividad al servicio de los hombres: le corresponde un tipo peculiar de contemplación que logre transformar la actividad en una expresión de interioridad. Se trata del "éxtasis de la acción" de que hablaba san Francisco de Sales, donde el ardor apostólico se vuelve metro de la autenticidad y profundidad de la contemplación.

Así lo fue en los Apóstoles; así lo fue en los grandes Santos y Santas fundadores de Institutos de vida activa (pensemos en un san Camilo de Lellis, que entraba en éxtasis al llevar en hombros a un enfermo "repugnante"); así lo fue en san Juan Bosco, que se ha vuelto un testigo y un maestro particularmente actual de interioridad apostólica.

Pero una espiritualidad de vida activa no es cosa fácil; requiere iniciación especial y adecuada formación permanente. La acechan particulares peligros, el más radical de los cuales es la superficialidad espiritual. Dejarse llevar por la óptica horizontalista corriente; aceptar el influjo de modas ideológicas; sumergirse en la acción por sí misma; agotarse en la consideración de tantos problemas; concentrarse exclusivamente en los aspectos organizativos, culturales, económicos, políticos, etcétera; entusiasmarse por afectos humanos; buscar justificaciones racionalizadas, distorsionando afirmaciones de Santos que tienen su sentido verdade-

ro sólo en una vida de unión con Dios, es atentar contra la esencia de "la vida en el Espíritu".

Sabemos por experiencia que aquí, en la *interioridad apostólica*, se encuentra el punto estratégico de nuestra autenticidad espiritual. Queremos ahondar sus contenidos a la luz del testimonio de don Bos-

co, y así descubrir el secreto de una genuina espiritualidad de vida activa. El nombre propio de este secreto es la GRACIA DE UNIDAD, como fuente de la caridad pastoral.

Incrementando la "gracia de unidad", se disipa el grave peligro de la superficialidad espiritual.

I

LA GRACIA DE UNIDAD

El centro motor de toda consagración de vida activa es la caridad pastoral. Por ella participamos en la misión de los Apóstoles, y colaboramos en su ministerio de Pastores para la salvación de los hombres.

La caridad pastoral se caracteriza por su tensión de "síntesis vital" en forma simultánea hacia Dios y hacia los hombres: son los dos polos inseparables de su dinamismo constitutivo. Más aún: en esta tensión de síntesis vital la fuerza unitiva procede de Dios, puesto que en la caridad el amor de Dios es causa del amor a los hombres, pero en una forma tan concreta que —como afirma san Juan— el amor de Dios no es verdadero, si no se concreta en el amor a los hombres: "En esto conocemos el amor, en que El dio su vida por nosotros: nosotros también debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos. Pues si alguno tiene con qué vivir en el mundo, y ve a su hermano que tiene necesidad, y le cierra sus entrañas, ¿cómo permanece en él el amor de Dios? Hijitos, no amemos de palabra ni con frases, sino con obra y verdad" (1 Jn 3, 16-18).

Pues, con el término "gracia de unidad" se entiende indicar cabalmente la energía de mutua y dinámica correlación de inseparabilidad entre los dos polos de la caridad pastoral: Dios y el prójimo. De la meditación de sus riquísimos contenidos se desprende la absoluta necesidad de reunir los valores de nuestra espiritualidad apostólica en una consciente y permanente síntesis vital. Sentimos la urgencia de una unidad orgánica en la vida espiritual de aquellos que se dedican al apostolado.

Cuando en los noviciados se ha aprendido a vivir la "gracia de unidad", podemos afirmar que la iniciación religiosa de vida activa tiene asegurado su crecimiento. Pero el tema mismo de la "gracia de unidad" no es simplemente argumento para novicios: abarca toda la vida de consagración apostólica, y constituye la vertiente de su vitalidad y eficacia.

1. ¿Por qué usamos esta terminología?

Después del Concilio Vaticano II, la Congregación Salesiana, reunida en Capítulo General Especial para redefinir la identidad de su carisma apostólico frente a los tiempos nuevos, ha percibido la necesidad de individuar la fuente de la unidad orgánica de su espiritualidad: vivir en unidad vital, no obstante la multiplicidad de las actividades, culturas y situaciones. Quien se pierde en las múltiples cosas, se vuelve superficial, aunque sea un competente en determinados sectores, porque se vuelve fragmentario. El ser capaces de concentrar lo múltiple en una síntesis vital, es el secreto de la interioridad apostólica.

"El Espíritu Santo —leemos en las Actas del CGE— llama al Salesiano a una opción de existencia cristiana que es simultáneamente apostólica y religiosa. Por lo tanto, lo enriquece con la *gracia de unidad* para vivir el dinamismo de la acción apostólica y la plenitud de la vida religiosa, en un único movimiento de caridad hacia Dios y hacia el prójimo.

"Este tipo de vida no es algo fijo y prefabricado, sino que es un proyecto en

permanente construcción. Su unidad no es estática; es más bien una unidad en tensión, con una continua necesidad de equilibrio, de revisión, de conversión y de adaptación."

Ha sido ésta una indicación decisoria y providencial para la reelaboración de nuestro "carnet de identidad": las Constituciones.

Esta misma terminología la encontramos más tarde en el uso del Magisterio de la Iglesia. En la Congregación de Religiosos e Institutos Seculares, cuando era Prefecto el cardenal Eduardo Pironio, se elaboraron algunos documentos de importancia para la renovación conciliar de la vida religiosa. Uno de estos documentos tenía como título *La dimensión contemplativa de toda vida consagrada* (1980). En él, hablando de la mutua compenetración entre "acción y contemplación", se afirma lo siguiente: "La característica propia de la acción apostólica es el ardor de la caridad, cultivado en el corazón del religioso (de vida activa); corazón considerado como el santuario más íntimo de su persona, en el cual vibra la gracia de unidad entre interioridad y operosidad..."

Por lo que hemos reflexionado hasta aquí, ya vamos ubicando qué significa la "gracia de unidad". Sabemos que se ubica en el centro del corazón del religioso apóstol; hace que en él, el vivir en unión con Dios y el ser dinámico en el apostolado sea una síntesis unitaria, fuente de peculiar espiritualidad. Ciertamente, hay también otras espiritualidades con rasgos y manifestaciones diferentes; pero para nosotros la gracia de unidad está en la raíz misma de nuestra identidad, y de la consiguiente diferenciación con otras vocaciones en la Iglesia. Veremos los mecanismos que mueven esta gracia de unidad, y trataremos de indicar también cómo los responsables podrán hacer obra de animación entre los hermanos y en las comunidades, para elevar el nivel de su profundidad espiritual.

2. Multiplicidad de valores que pueden invitar a una dispersión

Considero útil el detenernos brevemente en la multiplicidad de cosas y valores que puedan dispersar la síntesis vital de nuestra persona, volviéndola poco a poco,

casi sin percatarse, superficial. No se trata, de suyo, de cosas malas; antes bien, generalmente se trata de valores que debemos apreciar, pero introduciéndolos en la síntesis orgánica de nuestra espiritualidad, que así resultará enriquecida existencialmente por ellos. Pero si no sabemos incorporarlos en la unidad de nuestra espiritualidad, ellos mismos se encargarán de dispersar nuestro espíritu en una multiplicidad de intereses y de actividades que distraerán de la interioridad: no se dará más el profundo éxtasis de la acción, sino una simple evasión de superficialidad en el activismo.

Veamos algunos de estos aspectos, que pueden volverse tentación de superficialidad.

— *La pluralidad de las culturas* es expresión de la riqueza de la naturaleza del hombre, y de los aportes de diferenciación que proceden de la historia y de la geografía en los grupos humanos. Es hermoso constatar esta pluriformidad, y es importante adornar con sus valores la unidad de la Iglesia, de la Congregación y de la misma persona consagrada. Pero si se empieza a considerarlas sólo en sí mismas, como a valores superiores a la misma identidad vocacional; entonces, en lugar de concurrir a enriquecer y a embellecer la interioridad, le pueden servir de peligrosa distracción. No olvidemos que muchos cismas han sido fruto de diferencias culturales sobrevaloradas en confrontación con la fe o con la identidad del propio carisma.

— *La multiplicidad de las ciencias* se ha ido intensificando cada vez más, demostrando así la fuerza y la agudeza de la inteligencia humana. Todos nosotros nos hemos iniciado en alguna ciencia, y conocemos especialistas en varias disciplinas.

Cada ciencia, cuanto más madura y adelantada, más se vuelve sectorial: se dedica a conocer fragmentos de la realidad. El científico especializado tiene el peligro de querer juzgar toda la realidad desde su sector. No por casualidad se habla de deformaciones profesionales. Puede darse una gran erudición en una disciplina, junto con un verdadero analfabetismo en otras o, sobre todo, en la visión global de la historia del hombre. En particular, puede resultar delicado, en este sentido, el problema de las disciplinas históricas,

porque deberían referirse, de alguna manera, a la vida global del hombre; pero su metodología científica no puede medir y evaluar la presencia y las intervenciones del Espíritu Santo; por eso, el historiador puede correr el peligro de no captar el alma de la historia de la Iglesia o la de un carisma, que son expresiones de la vitalidad "histórica" del Espíritu. Y así, a pesar del patrimonio interesante e indispensable de documentación y de correlación de tantos hechos (realmente indispensables para juzgar el pasado), se corre el riesgo de caer en una docta superficialidad, porque no se capta el elemento decisivo de la historia de salvación como misterio.

Y, a veces, los estudios de estos científicos crean en los lectores una mentalidad interpretativa que se cree objetiva, mientras margina peligrosamente la maciza presencia del Espíritu del Señor, volviendo en definitiva superficiales sus juicios.

— *Los admirables adelantos de la comunicación social* han hecho del mundo una especie de aldea, donde nos conocemos y comunicamos los unos con los otros. Además, son aptos para proporcionarnos una posibilidad de conocimientos muy calificados y variados.

Lo que suele suceder, empero, es que se invita a la gente a ocupar mucho tiempo en lo efímero, en el gusto por ciertas modas, en el plagio de los juicios, en la renuncia a la propia actividad crítica. La televisión, los diarios, las revistas, el cine, la música, el conjunto de los *mass media*, tratan de todo, y acostumbran a una pluralidad de cosas que ocupan en continuidad la mente, pero siempre en superficie; son agradables a la fantasía, a los sentidos, a las personas, día tras día, sin mayor indagación de lo más profundo. Nos vuelven ocupados en curiosar, pero no dedicados a la interioridad.

— *El empuje renovador del Concilio Vaticano II* ha sido un aspecto extraordinariamente benéfico, como gran evento eclesial de presencia del Espíritu. Nos ha despertado a todos, y nos ha obligado a medir nuestra identidad frente a los tiempos nuevos. Pero ha habido, también, bastante arbitrariedad en su lectura, y un pluralismo relativista en la interpretación de sus documentos. Si leemos la Relación final del Sínodo extraordinario de 1985,

veremos como, a los veinte años del evento conciliar, se ha constatado una falta de conocimiento orgánico de sus contenidos, una peligrosa ignorancia de algunos de sus documentos más fundamentales (por ejemplo, de la Constitución *Dei Verbum*), la manipulación de algunas de sus orientaciones, y no pocas desviaciones prácticas de aplicación en la liturgia, en el ecumenismo, en la dimensión "Pueblo de Dios", en los ministerios, en el rol del Magisterio, etcétera.

Se ha notado que algunos han leído los documentos conciliares sólo a través de la presentación periodística de los medios de comunicación social, más sensacionalista que eclesial. Por eso, la Relación final del Sínodo del '85 afirmó claramente que es indispensable darles máxima importancia a las cuatro grandes Constituciones del Concilio, porque los demás documentos están en relación con ellas; y, dentro de las cuatro, la *Lumen gentium* ocupa el lugar fundamental. Además, exhorta a capacitarse a una lectura orgánica de los documentos conciliares, para no ser víctimas de arbitrariedad.

Uno de los documentos que ayudan a realizar una lectura orgánica es la Constitución *Dei Verbum*, acerca del rol que le cabe a la Palabra de Dios, y acerca del vínculo que la Palabra de Dios tiene con la Tradición viva y con el Magisterio de la Iglesia. Sin este esfuerzo de fidelidad al Concilio, se corre el riesgo de caer, aun citándolo, en interpretaciones erróneas, que abren paso a criterios pastorales de superficialidad, en disonancia de hecho con lo que quiso el Espíritu en el Concilio.

— *La valoración de la conciencia moral* es, de suyo, un crecimiento de maduración humana que sirve para traducir la verdad del Evangelio en testimonio de vida. Pero si en este campo se prescinde del Magisterio vivo de la Iglesia, se puede desencadenar un relativismo ético en campos muy delicados de la conducta cristiana. Y, por desgracia, así ha sucedido nada menos que en el ámbito del Clero, donde deberían abundar los verdaderos directores de conciencia. Se ha afirmado desde alto nivel y con conocimiento de causa que uno de los sectores con mayor crisis en la reflexión teológica hoy es cabalmente la Moral. Es éste un aspecto muy delicado, en el cual la superficialidad puede ser causa de estragos.

—En fin, las *urgencias pastorales* representan el desafío de las condiciones concretas de la gente a la misión de la Iglesia. Es un bien que se tome conciencia de sus necesidades, y de la imposterabilidad de una mejor intervención pastoral. En particular para nosotros, la condición juvenil interpela la capacidad pastoral de determinar prioridades y de proyectar presencias.

La pastoral juvenil comporta múltiples actividades, porque exige evangelizar educando; es decir, tomando muy en serio también los varios aspectos de promoción humana. Las urgencias hacen pensar, como es natural, en los destinatarios privilegiados, los jóvenes pobres y particularmente necesitados. Es un bien que todo esto revolucione la posible tranquilidad apostólica de antes. Pero este desafío interpela en profundidad, no en superficialidad.

Si se procede superficialmente, se puede caer en modas y en ideologías; se pone la atención sobre un aspecto (por cierto, real); pero no se lo compara con otros (igualmente o aun más importantes), que constituyen juntos los componentes indispensables de una verdadera intervención pastoral. Se puede entrar así en una especie de visión unilateral a favor de un determinado aspecto, olvidando o prescindiendo prácticamente de los demás. Al final, en lugar de evangelizar educando, a veces se hace simplemente promoción humana, dejándose instrumentalizar a lo mejor por un proyecto histórico de tipo sociopolítico. Todo lo cual resultaría ser también fruto de superficialidad.

Podríamos continuar con otros ejemplos; pero son suficientes los que hemos expuesto para percatarse de que hay una multiplicidad de cosas buenas y de valores de suyo enriquecedores, que pueden volverse elementos que llevan a la dispersión, si no se posee una interioridad capaz de incorporarlos en una síntesis vital.

Por desgracia, la nueva cultura lleva fácilmente a perder el sentido de lo orgánico, de lo global humano, de lo total histórico, para dejarnos situados en alguna área sectorial, de suyo también importante, pero parcial, que no corresponde a las exigencias integrales del misterio de Cristo. A nosotros nos interesa aquí, sobre

todo, el sentido orgánico de la interioridad apostólica.

3. Dónde hay que buscar la unidad fontal

El sentido de lo orgánico en la interioridad apostólica no procede simplemente de un concepto humano, ni se encuentra en la sola reflexión acerca del ser. Está ubicado más en alto. Si queremos penetrar su naturaleza verdadera, debemos partir refiriéndonos a la realidad última de la vida de Dios. Allí, en el misterio supremo, el ser es amor y la unidad es comunión. Si la filosofía habla de "distinguir para unir", la fe habla de "amar en la distinción".

En la Trinidad de las Personas, es el mutuo amor lo que las distingue, y que constituye la unidad de un solo Dios. Unidad que así es comunión: dón total de sí de parte de cada una de las Personas, que se distinguen por la forma de comunicarse mutuamente en la plenitud de un solo amor.

En Dios el amor es la energía suprema que funde en unidad los distintos. Y es esta suprema energía del amor divino el que da origen a la Creación (una multiplicidad orgánicamente "ordenada"), a la Encarnación del Verbo (una dualidad de naturaleza "unificada" en la persona), a la historia de la Iglesia Cuerpo de Cristo (una pluralidad de personas "unidas" en un Cuerpo místico por el Espíritu). Sólo con la mirada de la fe se trascienden los sectorialismos de las consideraciones parciales; con ella se participa en la visión divina, que desde lo alto exige capacidad de síntesis, juicio de totalidad, sentido de lo orgánico.

La suprema energía increada del amor de Dios es participada, a través del misterio de Cristo, por el hombre con un dón creado, participación del amor divino, que se llama "caridad". Los Apóstoles y sus colaboradores, por tener en la Iglesia el ministerio de la unidad o comunión, han recibido, en forma de especial abundancia, un dón de amor divino que se llama "caridad pastoral".

Este dón divino es fuente en ellos de unidad en dos niveles: en cada persona, para su interioridad apostólica, y en su ministerio sacerdotal, para la construcción de la Iglesia.

Con el fin de meditar mejor esta consideración sublime del amor divino como fuente de unidad, conviene detenernos sobre algunas afirmaciones del Nuevo Testamento: el cuarto Evangelio afirma que Cristo y el Padre son una cosa sola (cf. Jn 8, 14 ss); que nosotros en Cristo entramos en unidad con el Padre (cf. Jn 14, 20 ss); que Cristo ha rezado al Padre, para que todos seamos uno (cf. Jn 17, 1 ss). Y en la primera carta de Juan leemos que el que no ama, no ha conocido a Dios, y que el amor de Dios se demuestra en el amor al prójimo (cf. 1 Jn, caps. 3 y 4). Bastaría, por lo demás, volver a leer el *Himno a la caridad* en san Pablo (cf. 1 Cor, cap. 13).

4. El secreto de la síntesis vital

Nos encontramos, pues, en un ámbito superior al ser y a nuestras fuerzas humanas: el ámbito de la suprema realidad que es unidad vital en el amor.

La energía que sale de Dios hacia la inmensidad de la Creación es el amor: no nuestro amor de concupiscencia, sino el amor de Dios, creador del bien, que está en el origen de las cosas, y de esa alta dignidad de haber sido creados para vivir como imagen de Dios. A través del misterio de Cristo, la caridad pastoral que está en nosotros es participación viva del mismo amor de Dios, y trae consigo esa energía fontanal por la cual la caridad es, en sí misma, "gracia de unidad". En efecto, el amor de Dios que hay en ella es causa del amor al prójimo, que procede de ella como fruto indispensable de su autenticidad divina.

Hay que observar, sin embargo, que si bien el amor al prójimo procede del amor de Dios; con todo, es igualmente muy cierto que no es verdadero amor de Dios el que prescinde de amar a los hombres. Existen prioridades en los dos polos: una prioridad de interioridad, y una prioridad de acción. Si en el corazón no hay primero amor de Dios, ¿cómo puede haber en él verdadera caridad? Pero si el apóstol no descubre el rostro de Dios en el prójimo, ¿cómo puede decir que ama a Dios? Es el Evangelio mismo el que se hace esta pregunta. Hay una mutua relación circular entre los dos polos: los dos tienen su indispensabilidad, desde puntos

de vista diferentes. Son, pues, sustancialmente importantes los dos. Si se sirviera al prójimo prescindiendo del amor de Dios, ésa no sería caridad pastoral. Y si se amara a Dios prescindiendo del prójimo, ésa no sería, tampoco, caridad pastoral.

El verdadero Dios es inconcebible, sin su inefable amor al hombre; y el verdadero prójimo es impensable, sino como imagen de Dios.

Si consideramos la vida de aquellos Santos que han sido pletóricos de caridad pastoral, encontramos en ellos el testimonio vivido de esta comunión y participación en la energía del amor divino. Nosotros podemos concentrar nuestra mirada en don Bosco, y percibiremos en su vida el significado y los frutos de la abundancia de la "gracia de unidad", que procede de su intensa caridad pastoral. Ocupado en mil cosas, entregado generosamente a los jóvenes, desafiado por múltiples y graves problemas eclesiales, ha demostrado siempre tener un proyecto de vida fuertemente unitario, demostrándose, simultáneamente y en intensidad, hombre de Dios y hombre de su gente: "profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas; profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo, vivía como si viera al Invisible. Ambos aspectos se fusionaron en un proyecto de vida fuertemente unitario: el servicio a los jóvenes. Lo realizó con firmeza y constancia, entre obstáculos y fatigas, con la sensibilidad de un corazón generoso" (CO 21).

El secreto, en él, de esta síntesis vital, está en el ejercicio de "un único movimiento de caridad hacia Dios y los hermanos" (CO 3).

Para profundizar este único movimiento de caridad, tenemos una ulterior explicación en el espíritu salesiano vivido y dejado en herencia por don Bosco.

La caridad pastoral está al centro de nuestro espíritu, que "mueve a buscar las almas y servir únicamente a Dios" (CO 10). El lema que representa en forma intuitiva toda esta característica de espiritualidad apostólica, es *Da mihi animas, caetera tolle*. Expresa la unidad entre los dos polos: Dios y las obras. Son dos polos de tensión que se exigen mutuamente el uno al otro. La dinámica interior de esta mutua exigencia es la interrelación circu-

lar de causalidad en diferentes niveles, que ya hemos insinuado brevemente. Lo importante es contemplar el testimonio vivo de esta interrelación, que parece de suyo paradójico. Lo vemos clarísimo en el misterio de Cristo: allí está el secreto de esta síntesis vital.

El es el Buen Pastor: para hacer pastoral, se ha hecho hombre; El es la fuente de toda caridad pastoral. Ha tenido que habitar entre nosotros, hacerse Hombre, para inventar la pastoral. De El nace la "gracia de unidad". No hay caridad pastoral que no proceda de El. Por eso, nuestra interioridad apostólica se refiere a El y está radicada en El, desde el primer momento hasta el último. Es importante insistir en esta verdad de fondo: todo, todo en la caridad pastoral procede de Jesucristo, y todo conduce a El. Otras motivaciones que no sean el *Da mihi animas* llevan a desviaciones. El día que los jóvenes, los pobres, todos nuestros destinatarios, tengan conciencia de que nosotros estamos con ellos por Cristo, nos apreciarán y nos escucharán más. Ellos tienen hambre de la Palabra de Dios, aunque sea en forma inconsciente, y desean vernos independientes de las ideologías y de los proyectos sociopolíticos.

Ser "signos y portadores del amor de Dios" debe ser el único auténtico carnet de presentación.

Jesucristo, Buen Pastor, nos ayuda a ello, y nos ha dado el ejemplo; viene desde Dios, y está entre los hombres: verdadero Dios y verdadero Hombre. Con su caridad pastoral se proclama simultáneamente Dios y prójimo: "En verdad, en verdad os digo que antes que naciera Abraham, Yo soy" (Jn 8, 58); pero también: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui peregrino, y me acogisteis; estuve desnudo, y me vestisteis; preso, y vinisteis a Mí" (Mt 25, 34 ss).

Cristo es el inventor de la pastoral de la Iglesia. Sólo desde El y con El es posible vivir la unidad de la caridad pastoral. Sólo desde El y con El se tiene, se conserva y se hace crecer la "gracia de unidad".

5. Cristo forma el corazón de los Pastores

En particular, Cristo enriquece con caridad pastoral a los Apóstoles y a los

sacerdotes ministeriales, quienes, a través del sacramento del Orden, son consagrados a la tarea eclesial de Pastores en el ministerio de la Palabra de Dios, de la santificación y de la coordinación y animación de la comunidad.

Para las tareas sacerdotales, en efecto, Cristo ha querido infundir en ellos una especial gracia de unidad. De ella procede su peculiar espiritualidad ministerial, que es interioridad apostólica por excelencia. El sacerdote ministerial tiene como síntesis vital, en su personificación con Cristo, el cultivar una constante unión con Dios, que genere cotidianamente la disponibilidad operosa de servicio al prójimo.

Esto se ha visto en los Apóstoles, en san Pablo, en los Obispos y presbíteros santos que han continuado en los siglos la misión de Cristo, y han orientado y animado espiritualmente a tantas personas, y a grupos que, sin ser consagrados por el sacramento del Orden, han participado en la misma espiritualidad, para colaborar en la obra salvadora del Señor.

6. Caridad pastoral en don Bosco

Entre los Santos de espiritualidad apostólica sobresale modernamente don Bosco. Su espíritu y su santidad están radicados en su ordenación ministerial; y su consagración religiosa ha venido a fortalecer, en él, su especial ministerio. Toda su formación y toda su vida interior han estado orientadas a hacer de él un generoso ministro de Cristo. Quien quiera descubrir en profundidad cuál ha sido el secreto de su santidad, deberá referirse con mucha atención a este aspecto. De verdad, ha sido sacerdote ministerial siempre: en el altar, en el confesonario, en el patio, en el trabajo de educación, en el trato con la gente, con los políticos, con los ricos, con los pobres, en Turín y en Florencia, etcétera. (Recordar el encuentro con el ministro Bettino Ricasoli, en Florencia, 1866.)

La gracia de unidad, en él, estaba íntimamente vinculada con la consagración del Orden, y se comunicaba a los demás como un ardiente anhelo pastoral que los moviera a colaborar con la misión específica dejada por Cristo a los Apóstoles. Aquí se comprende por qué don Bosco ha querido que en su Congregación la espiritualidad ministerial fuera el alma de

la conducción de las actividades, y la caridad pastoral estuviera realmente en el centro vivo de su espíritu (cf. CO 10); y para ello quiso también que los servicios propios de la animación y gobierno de las comunidades salesianas los ejercieran presbíteros escogidos por su celo pastoral. Es un peculiar servicio institucional que asegura la autenticidad y la identidad de su carisma en la Iglesia, y hace crecer la especial interioridad apostólica de toda su gran Familia.

He aquí la razón de la especial responsabilidad espiritual y pastoral de los servicios de la "autoridad" en nuestras comunidades (cf. CO 121). Rector Mayor, Inspectores y Directores deben cuidar y saber promover la "gracia de unidad" en todos sus hermanos (y en los miembros de la Familia Salesiana), íntimamente convencidos de que, si el espíritu salesiano no tuviera clara conciencia y continuos estímulos sacerdotales, a la larga no lograría permanecer fiel a don Bosco. Una de las causas de la superficialidad espiritual entre nosotros es cabalmente el deterioro de la autenticidad sacerdotal; sobre todo, en quienes han sido designados para hacer fructificar los característicos valores pastorales del sacramento del Orden en la animación y gobierno de sus hermanos.

No es, pues, un capricho o un anacronismo que el ejercicio de autoridad entre nosotros esté empapado de los carismas sacerdotales: hay una razón de tipo de interioridad apostólica, hay una razón de misión, hay una razón de carisma pastoral. No se trata de una carencia de paridad jurídica, sino de una exigencia de bien común apostólico. El "superior", entre nosotros, ha sido concebido como un presbítero consciente de su ministerio eclesial, animado por una concreta caridad pastoral, profundamente unido con un Dios que se da a los hombres, rico por lo tanto

en celo apostólico, capaz de proyectar pedagógicamente la acción evangelizadora común, competente para ello también en los valores humanos —sobre todo, de los jóvenes— en vista de una educación personal y social inspirada en el misterio de Cristo.

Hoy se usa mucho la palabra "pastoral", pero queda la duda de si se la entiende en su significación verdadera. De todos modos, queda claro que el "superior salesiano" no puede reducirse simplemente a ser organizador, u orientador cultural, o constructor, sino que debe hacer converger todas las actividades y cualidades en el vértice supremo y unificador de una visión pastoral. Y la visión pastoral, considerada desde las responsabilidades del ministerio sacerdotal, se concreta en tres grandes aspectos complementarios, que son: la evangelización, el crecimiento en la conversión, y la participación en la comunión eclesial.

Poco tiempo atrás, en una circular de 1982 (cf. ACG, n. 306), he tratado de reflexionar sobre la dimensión sacerdotal en las tareas del Director, que debe saber promover esos tres aspectos pastorales en forma unitaria, según la gradualidad exigida por una sana pedagogía. Cada día me convenzo más de que, en Congregación, el servicio de la autoridad ayudará eficazmente a derrotar la superficialidad espiritual, si será ejercido verdaderamente con corazón sacerdotal, con la finalidad prioritaria de promover la caridad pastoral y la "gracia de unidad" en que está radicada toda nuestra interioridad apostólica.

"El dón más precioso que debemos ofrecer a los jóvenes" (CO 25) brota de esta fuente de amor que se origina en el Corazón de Cristo. ¡Allí está la gracia de unidad que explica y hace fecunda la caridad pastoral!

II

LA PRESENCIA UNIFICADORA DEL ESPÍRITU SANTO

La gracia de unidad procede del amor vivo de Dios. Es importante evitar el peligro de considerar la gracia de unidad "como una cosa", algo estático que está dentro de nosotros como un regalo en un paquete cerrado. Tampoco es un dón limitado y sectorial, colocado en un margen de la conciencia, sino que es la fuente de una síntesis vital. Ella es una energía que fluye continuamente de una Persona divina, el Espíritu Santo. La gracia de unidad es amor que nos penetra desde lo alto, y construye en nosotros una síntesis orgánica de los muchos elementos que acompañan la caridad pastoral. No podemos reflexionar acerca de la gracia de unidad sin pensar, ante todo, en la Persona del Espíritu Santo que vive en nosotros, y que está presente y activo en la historia, como alma de la Iglesia.

1. La potencia del Espíritu Santo

La expresión "potencia del Espíritu Santo" es propia de la Liturgia, la cual suele presentarnos los datos revelados en un lenguaje vivo. Si hay un estilo teológico que nos acerca a las visiones de síntesis, es el de los textos litúrgicos. En lugar de encaminarnos por hermenéuticas fragmentarias, que pueden hacer perder el sentido de lo orgánico revelado, nos presenta en forma viva los datos centrales de la historia del amor de Dios.

La Liturgia nos habla, pues, de la "potencia" del Espíritu Santo: potencia en el sentido de presencia eficaz y vencedora. Es suave, penetrante, no sensacionalista: toca a las personas, pasa a través de los corazones, rehúye la violencia

y la espectacularidad; pero es eficaz y vencedora.

El Magisterio de la Iglesia nos asegura que este tiempo nuestro comporta una presencia especial del Espíritu Santo. Se trata de tantos datos y hechos (empezando por el Concilio Vaticano II) que la Iglesia constata con admiración. El mundo, con su poderío, quisiera impedir el crecimiento del bien, y sin embargo la presencia del Espíritu se mueve suave y eficazmente, y crece con más fuerza que la del poderío de las armas, del dinero y de las agencias de opinión mundana. Es curioso ver cómo ciertos gobiernos imperialistas temen a los pueblos radicados en valores religiosos. Han predicado por decenios que la fe es algo exterior, una sobreestructura inútil, y después le tienen gran temor a un pueblo que expresa su unidad a través de manifestaciones animadas por la religión.

En la *Evangelii nuntiandi* —la hermosa carta apostólica de Pablo VI— se recuerda que la Iglesia vive hoy una hora especial del Espíritu Santo. Por eso tenemos que pensar que la gracia de unidad se ha vuelto un tema de actualidad; sobre todo, para los portadores de algún carisma comunitario en el Pueblo de Dios.

"Se busca por doquiera conocer mejor al Espíritu Santo —leemos en la EN—, como es revelado en las Sagradas Escrituras; se es feliz de ponerse bajo su moción, se forman grupos alrededor de El, y se quiere dejarse guiar por El" (EN 75). Y bien; la gracia de unidad que quisiéramos ahondar comporta precisamente conocer mejor al Espíritu Santo, dejarnos guiar por El, relanzar el carisma comunitario entregado por El al Fundador.

Conocemos varios movimientos carismáticos en el día de hoy, que pensamos sean fruto del Espíritu Santo. Es claro que dentro del término "carismático" se han venido incluyendo también contenidos y actitudes que no parece procedan de El. El buen sentido, o el sano criterio de fe, deben ayudarnos a discernir, y a no conceder espacios a extravagancias. Pero no sería buen sentido y sano criterio de fe esconderse detrás de esta disculpa, para quedar tranquilos y pasivamente inmóviles, como si no fuera ésta la hora del Espíritu Santo. Una hora dinámica y renovadora; una hora en la cual la fidelidad al Fundador y la docilidad al Espíritu se vuelven creadoras. En efecto, la potencia del Espíritu une y vivifica cosas antiguas y cosas nuevas en síntesis vitales de cara al futuro.

Recordemos que el Espíritu Santo es el protagonista de la "comunidad", la fuente viva de la "unidad". La Liturgia nos habla de "la gracia de Nuestro Señor Jesucristo", de "el amor del Padre" y de "la comunión del Espíritu Santo". Sabemos que en el misterio de la Trinidad el Espíritu Santo es el vínculo unitivo entre el Padre y el Hijo. Y este rol suyo el Espíritu lo ha manifestado siempre a lo largo de la historia de la salvación: es El quien en María construye la unidad entre la naturaleza humana y la naturaleza divina en la encarnación del Verbo, que es el fundamento de toda la obra de unificación en la historia. ¡Cuánto deberíamos meditar sobre el significado de la llamada "unión hipostática", no tanto en términos filosóficos, cuanto en contemplación vivencial de la inseparabilidad entre el hombre y Dios desde Cristo! Es un horizonte magnífico, y pletórico de consecuencias increíbles.

Pero, además: en María misma el Espíritu Santo ha realizado la inefable unidad entre su maternidad y su virginidad, entre su pequeñez de hija de Sión y su auxilio universal de Asunta a los cielos; en la Iglesia realiza continuamente la edificación de la comunión entre la multiplicidad de las personas con la organicidad del Cuerpo místico de Cristo; El es la vertiente del admirable dinamismo unificador de los Sacramentos; El es quien continuamente enriquece a la Iglesia con nuevos carismas, en los cuales es causa de unidad y de comunión en dos sentidos: ante todo, en el interior de cada persona,

en orden a su estructuración espiritual, según la índole propia del carisma; y, además, entre los varios miembros del grupo que viven el mismo carisma, para que crezca en ellos una comunión orgánica apta para favorecer el crecimiento y la eficacia apostólica de la misión específica de su carisma.

La gracia de unidad, entonces, no es ni una cosa estática, ni un dón sectorial, sino una energía englobante, que se expresa en la síntesis vivida entre los muchos elementos que componen la índole propia de un carisma: procede constantemente de la potencia del Espíritu, siempre presente en la Iglesia y en nosotros. Es la savia vital que alimenta y hace crecer esa caridad pastoral que asegura la fisonomía propia de la misión, y da a nuestro rostro espiritual su color de buena salud.

La gracia de unidad es en nosotros, en definitiva, el fruto y la presencia permanente de la consagración religiosa.

2. La consagración religiosa es presencia vivificante del Espíritu

La acción unificadora del Espíritu tiene su inicio generador (para nuestra vida salesiana) en el momento de la profesión religiosa, cuando el Padre nos consagra con una especial efusión de su Espíritu (cf. CO 3).

Hemos estado reflexionando bastante en estos años acerca del sentido propiamente teológico de esta "consagración" religiosa; y la *Lumen gentium* nos lo ha recordado con una expresión brevíssima, pero elocuente: le ha bastado el verbo "consecratur" en forma pasiva; supone, en efecto, la acción directa de Dios Padre (cf. LG 44).

La donación total de nosotros mismos a Dios a través de la profesión de los consejos evangélicos es ratificada por una presencia operante del Espíritu Santo, que nos envuelve con su amor unificador y nos vitaliza con su potencia transformadora, para que podamos realizar con generosa fidelidad el juramento emitido.

Esta presencia peculiar del Espíritu se vuelve la fuente viva de esa caridad pastoral, descrita en el texto de las Constituciones como el centro y el alma del proyecto evangélico del carisma del Instituto.

La gracia de unidad, como hemos visto, es esa energía de amor que, partiendo de la acción de vincular indisolublemente los dos polos de la caridad (Dios y el prójimo), crece más allá de este rol generador, para ir unificando los varios elementos de la "índole propia", para que sean expresiones connaturales de la caridad pastoral que vivifica el carisma.

El Espíritu Santo está presente entre nosotros, y nos acompaña diariamente, para que seamos de verdad, en esta hora de renovación eclesial, unos testigos "carismáticos" de la herencia del Fundador; es decir, unos consagrados que muestran a todos en el Pueblo de Dios en qué consiste y cómo actúa la potencia del Espíritu Santo hoy, en respuesta a los desafíos de los tiempos, y en beneficio de los destinatarios de la misión.

El sentido con que usamos aquí el término "carismáticos" es el de una interioridad apostólica muy consciente de la obra del Espíritu Santo en el corazón de los consagrados, de la centralidad de la caridad pastoral en todo el proyecto de vida, y de la fuerza orgánica de la gracia de unidad que va estructurando vitalmente la índole propia, objeto de la profesión religiosa.

3. El Espíritu da organicidad a la "índole propia"

La llamada "índole propia" comporta varios elementos distintos entre sí, y que se pueden encontrar de hecho separados en otras vocaciones. La gracia de unidad propia de la caridad pastoral que especifica nuestra vocación da la capacidad de unir en síntesis vivida orgánicamente esos varios elementos. Es la obra unificadora del Espíritu comunicada a través de la consagración en la profesión religiosa.

La multiplicidad de los elementos está descrita en las Constituciones. Su organicidad vivida es fruto de gracia.

Como hemos leído en el CGE, este tipo de organicidad "no es algo fijo y prefabricado, sino que es un proyecto en continua construcción. Su unidad no es estática; es más bien una unidad en tensión, con una continua necesidad de equilibrio, de revisión, de conversión y de adaptación".

Y ¿cuál es la multiplicidad de elementos que el Salesiano reúne en síntesis

vital con la presencia dinámica del Espíritu Santo?

Nos la proponen las Constituciones.

No se trata, simplemente, de normas ascéticas para una correspondiente "observancia". Son indicaciones de dinamismo de vida. Por ejemplo, los siguientes: el tipo de misión eclesial; sus variados componentes; la modalidad apostólica en la práctica de los consejos evangélicos; el proyecto comunitario de vida y de acción; las diferentes finalidades a que tiende el Instituto (cf. CO 6); la responsabilidad en la animación y crecimiento de la Familia Salesiana; los objetivos propios de la formación; los aspectos institucionales de fondo al servicio del carisma; la armonía de los distintos aspectos del espíritu del Fundador; la metodología de acción, que exige saber unir evangelización y promoción humana; la peculiar espiritualidad de renegarse a sí mismo, haciéndose amar; una sintonía intrínseca entre contemplación y acción, etcétera.

La gracia de unidad de nuestra consagración mueve y reúne todos estos elementos en una síntesis orgánica que constituye la índole propia de nuestro testimonio en la Iglesia. Aquí está el "carisma" salesiano de don Bosco: una organicidad de diferentes elementos vividos como expresión de la potencia unificadora del Espíritu Santo. ¡Entre nosotros será genuinamente "carismático" quien sepa vivir testimoniando este tipo de consagración apostólica!

Da gusto descubrir, meditando los cien años de historia y viajando por el mundo salesiano, cuanto afirma el primer artículo de las Constituciones: que el proyecto evangélico de nuestra vida no es la programación de la genialidad de un hombre, sino un fruto de la iniciativa de Dios, un auténtico carisma del Espíritu Santo. Produce una enorme alegría interior constatar que nuestra índole propia va siendo forjada constantemente en la Iglesia por el amor del Espíritu Santo, y no se logra comprender como haya hermanos desatentos a semejante iniciativa divina, y que huyan de casa para buscar lo carismático sólo en otros grupos. También ésa es una superficialidad espiritual, tanto más peligrosa, en cuanto sirve para favorecer una doble pertenencia impropia de la docilidad al Espíritu: la pertenencia formal a una institución que guarde las espaldas para vivir (desconociendo de

hecho los vínculos de la propia consagración con su riqueza carismática), y la pertenencia vital a otro movimiento elegido subjetivamente cual moda carismática de actualidad, como si la iniciativa del Espíritu hubiera ya terminado de vivificar la herencia dejada por el propio Fundador.

La índole propia es enriquecida continuamente por el Espíritu también con el dón constante de nuevas vocaciones. Cada persona que profesa, aporta al carisma común varios dones de proveniencia divina. Evidentemente, hay que saberlos discernir; pero las profesiones son una puerta abierta, por donde pasa el amor del Espíritu. Las Constituciones lo reconocen múltiples veces. Veamos algunos ejemplos:

— Hacen ver que Dios equipa a cada nuevo socio con dotes y gracias personales, para la actualización del carisma común (CO 22);

— Recuerdan que cada uno toma parte en la responsabilidad de la misión común con sus valores personales (CO 45);

— Indican que la comunidad favorece y espera el despliegue de las dotes de naturaleza y de gracia propias de cada uno (CO 52);

— Subrayan que la obediencia comporta el uso inteligente y generoso de la propia libertad, equipada con los dones del Señor (CO 67);

— Insisten en que cada uno, dócil al Espíritu Santo, desarrolla sus aptitudes y sus gracias con constante esfuerzo de conversión a favor del patrimonio espiritual y apostólico dejado por el Fundador (CO 99).

La índole propia, entonces, es una realidad viva, siempre nueva, porque carismática, y, por eso mismo, siempre fiel a los orígenes. Verdaderamente, la potencia unificadora del Espíritu Santo es fuente de una caridad pastoral que, a través de su gracia de unidad, va estructurando la peculiaridad distintiva de nuestra vocación en la Iglesia.

4. La dimensión "carismática" de los orígenes

El Espíritu Santo une y vivifica continuamente los varios elementos de nuestra

vocación; pero la hora de su intervención más significativa y definidora es la de la fundación.

Es una hora de confrontación para todo el tiempo subsiguiente; en don Bosco ha construido el modelo permanente de un nuevo carisma en la Iglesia.

Sabemos que los documentos del Magisterio han llamado "carisma" a una experiencia viva de Espíritu Santo, y "carisma del Fundador" a una experiencia viva de Espíritu Santo que ha sido suscitada para ser transmitida, desarrollada, defendida y acrecentada según el crecimiento del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (cf. MR 11). El carisma de don Bosco es cabalmente la herencia espiritual y apostólica que hemos recibido de él, como fruto de la presencia y de la iniciativa del Espíritu Santo.

Es fuente de gozo interior y de personalidad eclesial considerar en don Bosco el inicio mismo de esa gracia de unidad que viene estructurando desde más de un siglo la índole propia de nuestra vocación.

Nos ayudará la lectura de algunas afirmaciones de las Constituciones, que iluminan el sentido de nuestra verdadera dimensión carismática.

— "Con sentimientos de humilde gratitud —se lee—, creemos que la Sociedad de San Francisco de Sales no es sólo fruto de una idea humana, sino de la iniciativa de Dios. Para contribuir a la salvación de la juventud (la porción más delicada y valiosa de la sociedad humana), el Espíritu Santo suscitó, con la intervención materna de María, a san Juan Bosco. De esta presencia activa del Espíritu sacamos la energía para nuestra fidelidad y el apoyo de nuestra esperanza" (CO 1);

— Don Bosco es presentado como padre y maestro, nuestro modelo forjado por el mismo Espíritu Santo (CO 21);

— Por eso, "dóciles a la voz del Espíritu, nos proponemos realizar, en una forma específica de vida religiosa, el proyecto apostólico del Fundador: ser en la Iglesia signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes; especialmente, a los más pobres" (CO 2);

— Las Constituciones describen nuestra identidad apostólica como iniciativa "del Padre, que nos consagra con el dón de su Espíritu, y nos envía a ser apóstoles"

toles de los jóvenes", así como lo hizo con don Bosco (CO 3);

— Hablan de la interioridad de la unión con Dios, por la cual el salesiano "atento a la presencia del Espíritu y haciendo todo por amor de Dios, llega a ser, como don Bosco, contemplativo en la acción" (CO 12);

— Tratando de la radicalidad en la práctica de los consejos evangélicos, aseguran que así, imitando a don Bosco, "seguimos a Jesucristo..., y participamos más íntimamente en el misterio de su Pascua, en su anonadamiento y en su vida en el Espíritu" (CO 60);

— Hacen ver que la consagración es fuente permanente de gracia: la fidelidad y la perseverancia son fruto del Espíritu Santo (CO 95);

— Invitan a estar "atentos a los signos que el Espíritu Santo nos da a través de los acontecimientos", como solía hacer precisamente don Bosco (CO 64);

— Recordando la capacidad de discernimiento de don Bosco, afirman que el Salesiano descubre "los frutos del Espíritu en la vida de los hombres; especialmente, de los jóvenes" (CO 95).

La gracia de unidad tiene su explosión inicial en la caridad pastoral de don Bosco, como chispa primera y muy intensa de una misión juvenil y popular.

Aquí debemos saber encontrar la riqueza y la actualidad de nuestro carisma.

5. La mansión del Espíritu es el corazón

El Espíritu es amor, y la mansión del amor es el corazón. Es allí, en la interioridad, donde reside la gracia de unidad. De allí proceden todos los dinamismos de la caridad pastoral. Y la caridad pastoral es fuego.

En Pentecostés, el Espíritu descendió sobre los Apóstoles y María en figura de lenguas de fuego. El amor, en efecto, es como fuego que funde en una única realidad los distintos, y que desarrolla un poder energético capaz de transformar el mundo.

San Agustín, tan amante de la interioridad y de la contemplación, afirmó que "todo amor está dotado de una energía suya propia, y cuando se halla en un co-

razón enamorado, no puede quedarse sin operar: empuja necesariamente a la acción". (In Ps 121, 1; PL 37, 1618-1619.)

La operosidad apostólica es, ante todo, interioridad.

No podemos distraernos o sustraernos a esta verdad fundamental de toda vida consagrada. El Espíritu habita en los corazones; allí vibra la caridad pastoral, de allí procede toda la fuerza de la gracia de unidad. Está dentro para salir afuera. Pero se puede estar fuera sin haber salido de dentro: ésta es la tragedia de la superficialidad.

El amor de caridad vuelve a la persona orgánicamente activa; pero no toda actividad hace crecer orgánicamente a la persona: puede ser exterioridad dispersiva.

La reflexión acerca de la presencia unificadora del Espíritu nos obliga a preocuparnos de la formación del corazón. Ya hemos intuido que por la gracia de unidad no hay dualismo antitético entre interioridad y operosidad, sino que todo el secreto de la potencia del Espíritu está precisamente en la caridad pastoral, que con su fuego de amor funde ambos aspectos en la "interioridad apostólica", que produce el éxtasis de la acción.

6. Actual responsabilidad en la docilidad al Espíritu

Quienes tienen responsabilidad de animación y de gobierno en la Congregación, deberán repensar su ministerio y sus roles a la luz de las reflexiones que hemos venido haciendo.

Si somos "carisma" en la Iglesia, ¿cuáles serán las conclusiones de este hecho? Si vivimos una hora especial del Espíritu Santo, con fenómenos nuevos de su presencia y potencia, ¿podemos nosotros ser visitados y renovados por El, sin que nadie se dé cuenta? ¿Y cómo hacemos, no tanto para que se den cuenta, cuanto para testimoniar un verdadero carisma actual?

Yo quisiera concurrir a despertar hoy esta responsabilidad. La gracia de unidad —indisoluble armonía entre interioridad y operosidad—, el fervor y la inventiva de la caridad pastoral, no son realidades estáticas y sin creatividad. Renuevan la identidad de nuestra índole propia; construyen la comunión de un solo corazón y de un alma sola en la Congregación, con estilo de familia. Nos presentan en

la Iglesia como un nuevo dón de Dios, un carisma renovado por el Espíritu. En el Sínodo '87, cuando se habló de los "Movimientos", alguien hizo observar que hay movimientos *nuevos* y movimientos *renovados*. Algunos surgen hoy; otros habían nacido ya antes, y hoy son relanzados por el Concilio y por los signos de los tiempos. En este sentido, también la obra de renovación religiosa puede suscitar verdaderos "movimientos".

El artículo 5 de nuestras Constituciones habla de "un vasto movimiento"; pero el uso de esta palabra allí no tiene el mismo significado. Quiere indicar simplemente que, además de los grupos de la Familia Salesiana, existen numerosas otras personas que le tienen simpatía a don Bosco, que admiran su misión, que ayudan en alguna forma, sin entrar a formar parte oficial de la llamada Familia Salesiana. Pero aquí, con ese término, no se entiende sólo una indicación de mayor extensión cuantitativa: se quiere indicar una novedad cualitativa, a la cual aludía el Sínodo, al hablar de "movimiento eclesial".

¿Qué se entiende, entonces, por "movimiento eclesial"? Se quiere indicar la comunión de numerosas personas, convencidas acerca de un mismo ideal, entusiasmadas por una común misión, animadas por unas ideas-fuerzas que les dan espesor espiritual, y una capacidad de testimonio cristiano en la sociedad y en la Iglesia.

Si así es, ¿por qué no se aplica a nosotros esto? ¿Por qué, como consagrados, no podemos volvernos núcleo animador de muchas otras personas: de laicos, de educadores, de jóvenes? Tenemos muy claras unas ideas-fuerzas que no sólo nos mueven a nosotros, sino que atraen a nuestro alrededor a muchas otras personas. En varias partes del mundo se ha lanzado un "movimiento juvenil salesiano"; está bien, y está creciendo. Pero para que sea auténtico, se necesita que las comunidades de consagrados reboten de esa renovación "carismática" que hemos descrito antes, y que es verdadera docilidad al Espíritu Santo. ¡Cuánto cuesta echar a andar entre nosotros un auténtico movimiento eclesial de jóvenes, de laicos, de educadores!

Y bien; el ministerio de animación y de gobierno debe tender hacia esta meta, para testimoniar que creemos en el Espí-

ritu Santo; que la gracia de unidad que nos ha dado, es energía de comunión eclesial.

Por lo demás, eso mismo deberá verificarse antes en el crecimiento de nuestra Familia. El artículo 5 de las Constituciones asigna a nuestras Comunidades la responsabilidad de animación y coordinación dinámica de los grupos que la constituyen. Tenemos allí la ventaja de que hay grupos consagrados ya dóciles al Espíritu Santo, y laicos de primera categoría que, más de una vez, nos estimulan a nosotros mismos a ser auténticos discípulos del Señor, movidos por una especial presencia creadora del Espíritu Santo.

El Papa insiste en la importancia cristiana de algunas fechas que se acercan: el 2000, el inicio del Tercer Milenio. El Espíritu Santo va preparando a los fieles a ello, no como a una fecha apocalíptica con cataclismo del mundo, sino como un nuevo inicio que nos impele a mayor autenticidad evangélica; sobre todo, con los jóvenes. La nueva cultura está cambiando el estilo de ser hombre, y ¿cuál será el nuevo estilo de ser cristiano? Para saber dar una respuesta, nosotros debemos, ante todo, cuidar la interioridad apostólica, que nos vuelve atentamente dóciles al Espíritu del Señor. Esto es indispensable: la energía de la gracia de unidad procede, en efecto, de una Persona que está en nosotros, y con la cual tenemos que dialogar en amistad.

Pero, como la gracia de unidad viene de un Dios que nos envía a los hombres, debemos saber discernir qué cosa nos va sugiriendo el Espíritu Santo, hoy. Yo pienso que para la renovación de nuestra operosidad tenemos ya una respuesta del Espíritu en las Constituciones renovadas: el "criterio oratoriano".

Es un criterio que nos relanza entre la juventud según su exigente realidad, como lo hizo don Bosco en la ciudad de Turín del siglo pasado. El Oratorio es la iniciativa primera, de donde tienen origen las instituciones de nuestra operosidad. Debemos empezar a repensar las cosas partiendo de la juventud necesitada. Estamos en tiempos nuevos, diferentes de los de don Bosco, pero el criterio de intervención es el mismo: tener un corazón oratoriano.

A esta "caridad oratoriana" debemos agregar, inmediatamente después, el criterio apostólico de la colaboración del

mayor número posible de laicos; sobre todo, pertenecientes a los grupos de la Familia Salesiana. Hay lugares donde los Oratorios los dirigen los Cooperadores, porque han crecido y se han formado con el genuino espíritu de don Bosco. Movidos por estos dos criterios de renovación, podemos crear un movimiento eclesial para la juventud, que manifieste la actualidad e incisividad del carisma de don Bosco, renovado por la presencia vivificante del Espíritu.

El Espíritu del Señor nos invita fuertemente a renovar la originalidad del carisma de don Bosco. Es indispensable para esto que los responsables de la animación y el gobierno tomemos más en serio, con atención absolutamente prioritaria, el cuidado de la interioridad apos-

tólica, viendo en la gracia de unidad la energía que nos estimula a una convocatoria de fieles-laicos formados en la espiritualidad de nuestro Fundador.

Confiamos que también las Hijas de María Auxiliadora trabajen con nosotros, y se esfuercen por aumentar el número de laicos que sigan al Espíritu Santo como don Bosco. Entonces crecerá, desde nuestra Familia, un verdadero movimiento eclesial para y de la juventud.

La carta que el Papa nos ha escrito el 31 de enero exige fuerte capacidad comunicadora del carisma. Es como si nos dijera: "Explíquenles a los padres de familia, a los demás educadores y a tantos fieles laicos, por qué don Bosco ha tenido verdadera eficacia en la educación de la juventud".

III

LA PROFESIÓN RELIGIOSA, COMO PROYECTO UNITARIO

Continuamos reflexionando acerca de la gracia de unidad como energía vital que nos viene del Espíritu Santo. Hemos visto que la iniciativa creadora del Espíritu ha comenzado en el Fundador, en el cual la gracia de unidad ha ido estructurando un peculiar proyecto unitario de vida evangélica. Hemos comprobado así el inicio de una "índole propia", que va manifestando los contenidos peculiares del especial carisma del Fundador.

Siguiendo en esta línea de reflexión, pasamos ahora a analizar el acto personal con que nos incorporamos a ese carisma, para seguir testimoniando y desarrollando sus riquezas en la Iglesia. Ese acto es la emisión de la Profesión religiosa.

1. Profesión e "índole propia"

La Profesión religiosa es el acto libre, consciente, en el cual, conociendo el proyecto evangélico estructurado por la gracia de unidad donada a don Bosco, cada uno de nosotros se compromete a vivirlo, confiando en la potencia del Espíritu Santo, que infunde la fuerza para testimoniario con integridad.

Aquí no se trata de meditar sobre la Profesión religiosa en forma genérica. Queremos profundizar propiamente la Profesión "salesiana", analizando sus contenidos específicos. Así percibiremos como la energía de la gracia de unidad va uniendo en nuestra conciencia y en nuestra vida varios elementos, de suyo distintos, pero que en nosotros se expresan en una armónica síntesis vital. Nuestra Profesión no se identifica simplemente con la emisión de los tres votos, sino que comporta ex-

plícitamente la asunción del proyecto unitario de vida evangélica, que está descrito auténticamente en las Constituciones.

Lo dice la misma fórmula de la Profesión: "Hago voto de vivir obediente, pobre y casto, según el camino evangélico trazado en las Constituciones salesianas" (CO 24).

La "índole propia" de nuestro carisma tiene una vinculación muy íntima con nuestra Profesión religiosa. No por nada antes de emitir la Profesión hemos estado estudiando con atención y practicando con esmero "las Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales"; y no por nada toda Profesión religiosa comporta una especial pedagogía ascética descrita en una determinada Regla de vida. La superficialidad espiritual puede tocar también el acto central de nuestra existencia cristiana: la profesión religiosa. ¿Quién no ha oído frases reductivas, como las siguientes: "Yo he hecho voto de castidad, y no voto de comunidad"; o "Yo he hecho voto de obediencia, y no voto de asistencia"; o "Yo he hecho voto de pobreza, y no voto de petición de permiso", etc. O también, la expresión imprecisa, aunque común, cuando se dice "renovación de los votos", en lugar de hablar, con más propiedad, de "renovación de la Profesión".

En realidad, hace falta meditar mejor, y en relación con el proyecto de vida formulado por el Fundador, el significado "carismático" del acto tan concreto de nuestra Profesión religiosa.

El benedictino, el franciscano, el dominico, el jesuita, etcétera, prometen también con voto practicar los consejos evangélicos; pero no hacen una misma profesión religiosa, idéntica a la nuestra. En

efecto, en sus Institutos no viven nuestra misma "índole propia".

Entre Profesión e "índole propia" hay, pues, una inseparabilidad de opción evangélica.

2. La significativa fecha del 14 de mayo

Antes de individuar los elementos fundamentales que constituyen la índole propia de nuestro carisma, vale la pena hacer memoria del contexto histórico de la primera Profesión salesiana..., que todos los socios quieren reactualizar con solemnidad y fervor espiritual en este Centenario de la muerte de don Bosco.

El día de la primera Profesión salesiana fue el 14 de mayo de 1862: la emitieron 22 jóvenes junto al Fundador (MB 17, 161). La hicieron en Turín, capital de un Estado que se estaba volviendo laicista y combativamente anticlerical: perseguía y echaba de sus territorios a las órdenes religiosas, consideradas inútiles para la sociedad. Y bien; esos muchachos, que por otra parte sentían el influjo cultural de su época (poca simpatía por "los frailes"; tanto, que Juan Cagliero se decidió a profesar exclamando: "¡Fraile o no fraile, yo me quedo con don Bosco!"), tienen el coraje de iniciar una nueva Congregación religiosa, y hacen su Profesión con un entusiasmo extraordinario.

Una opción de vida que significaba estar con don Bosco, superando las graves dificultades del ambiente social y también diocesano: empezaban así un camino evangélico nuevo, caracterizado por una índole propia, que no coincidía con la modalidad general de las profesiones religiosas entonces conocidas. Iniciaban la vida de un carisma inédito. La teología de la vida religiosa, en efecto, nos enseña que sobre un fundamento de valores comunes se desarrollan las índoles propias de los múltiples carismas de vida consagrada. Podemos decir que, de hecho, lo que existe concretamente no es tanto "la" vida religiosa, cuanto los carismas de los diferentes Institutos (aunque hay valores comunes, acerca de los cuales se puede hacer una teología común).

Pues, en esa coyuntura histórica no favorable, cuando parecía que todo lo eclesial se estaba viniendo abajo junto con los Estados Pontificios; estos jóvenes,

llenos de fe y de esperanza, aceptan consciente y valientemente la propuesta de don Bosco presentada como proyecto que venía de Dios. Esa Profesión marca históricamente una originalidad carismática de caridad pastoral en favor de la juventud. Ellos estaban convencidos de poderlo hacer bien y de perseverar hasta el final, no obstante las fuertes circunstancias adversas.

3. Un acto definitivo de libertad

Ese 14 de mayo nos hace comprender la grandeza cristiana de la Profesión religiosa. No hay acto más elocuente para un proyecto de vida de discípulos del Señor. Las Constituciones nos dicen que es un acto supremo de libertad: "Es una de las opciones más elevadas para la conciencia de un creyente, un acto que renueva y confirma el misterio de la alianza bautismal, para darle una expresión más íntima y plena" (CO 23).

Es la opción fundamental por Cristo, determinada por la índole propia del carisma del Fundador, que da una orientación definitiva a las iniciativas futuras de la propia libertad. Es como el lanzamiento a una órbita espacial: inmensa posibilidad de navegación, pero en un proyecto eclesial inspirado por Dios.

Con la Profesión se renueva y se determina el alcance existencial del Sacramento de la fe, como si se dijera: "Mi Bautismo yo lo quiero vivir según este proyecto evangélico; mi manera de ser discípulo de Jesucristo es vivir la índole propia de ese carisma". La Profesión religiosa implica un acto consciente y programático de futuro para la ubicación de la propia existencia en el devenir de la sociedad y de la Iglesia: la de haber encontrado el significado de la propia vida en la historia, según un especial camino de seguimiento de Jesucristo.

La palabra "profesión" puede tener para nosotros un doble significado. Uno, derivado del verbo "profiteor", como proclamación pública del testimonio vivo de la propia opción de fe. Otro, en consonancia con cierta mentalidad común (aunque no sea su significado auténtico), es el de pensar que con ese acto litúrgico los religiosos escogen una especie de "profesión" social que los distingue de las otras numerosas profesiones humanas. Esto les

hace pensar que se habilitan a una profesionalidad que exige competencia en las cosas de Jesucristo y en la misión del Fundador.

En cualquiera de los dos significados se trata de un especial testimonio de fe, donde la gracia de unidad propia de la caridad infunde la capacidad de organizar en síntesis vital los varios elementos de un carisma.

Aquí también la reflexión nos lleva a afirmar que la Profesión religiosa nos hace "carismáticos" en fidelidad a una determinada índole propia. El documento *Mutuae relationes* recuerda algunas notas características de un carisma en la Iglesia: fidelidad al Señor, inteligente atención pastoral a la realidad y a los signos de los tiempos, comunión con la Iglesia, audacia creadora, constancia en la donación, humildad en los contratiempos, y experiencia del misterio de la Cruz; afirma, además, que las dotes personales (como ya hemos visto) sirven para enriquecer y rejuvenecer a la Congregación en que uno se incorpora, viviéndolas en armonía con el proyecto del Fundador (cf. MR 12).

4. La originalidad y los contenidos de nuestra consagración apostólica

¿Cuáles son los elementos fundamentales de la índole propia del Proyecto salesiano? Después de tres largos Capítulos Generales (unos quince años de trabajo), tenemos una respuesta clara, concentrada en el artículo 3 del nuevo texto de las Constituciones: "nuestra consagración apostólica".

¡Cuántas discusiones en el CGE entre los defensores del primado de la "consagración" y los que privilegiaban la incisividad existencial de la "misión"!

Algunos tenían una idea de "consagración" verdaderamente preconiliar e impropia: la identificaban con el acto subjetivo del que emite los votos (= se consagra a Dios), o con la misma práctica de los consejos evangélicos (= los votos son la consagración); excluían, en esta interpretación hoy superada, tanto la misión como la vida comunitaria. Como se ve, era una visión peligrosamente reductiva, que provocaba un sinnúmero de discusiones, y una estructuración no unitaria en la reelaboración del texto constitucional.

Finalmente se logró profundizar la famosa afirmación de la *Lumen gentium*: "consecratur", y se pudo hablar de "consagración apostólica", que está constituida en forma orgánica (a causa de la energía de la gracia de unidad que la fermenta) por cuatro elementos fundamentales: la *Alianza de Dios* (como vertiente de la gracia de unidad), la *Misión apostólica* (como fisonomía global), la *Comunidad fraterna* (como estilo de vida y de acción) y la *Práctica de los Consejos evangélicos* (como estructura radical de donación de sí). Estos cuatro elementos fundamentales se viven en un único movimiento de caridad.

Leamos el artículo: "Nuestra vida de discípulos del Señor es una gracia del Padre, que nos consagra con el dón de su Espíritu, y nos envía a ser apóstoles de los jóvenes (= Alianza).

"Por la Profesión religiosa nos ofrecemos a Dios, para seguir a Cristo, y trabajar con El en la construcción del Reino. La Misión apostólica, la Comunidad fraterna y la Práctica de los Consejos evangélicos son los elementos inseparables de nuestra consagración, vividos en un único movimiento de caridad hacia Dios y los hermanos.

"La misión da a toda nuestra existencia su tonalidad concreta, especifica nuestra función en la Iglesia, y determina el lugar que ocupamos entre las familias religiosas."

Me parece muy iluminante citar aquí el comentario que ha hecho el cardenal Anastasio Ballestrero, arzobispo de Turín y ex superior general de la Orden Carmelitana, predicando a los Inspectores de Italia. Es sabido que el cardenal Ballestrero participó personalmente en los trabajos del Concilio Vaticano II; en modo particular, en los textos referentes a la vida consagrada. Leo:

"Estamos (en este vuestro artículo 3º) en una perspectiva plenamente evangélica. Esa vida, empero, no es presentada como una opción que hacemos nosotros, sino como un dón que nos es dado. Es una gracia del Padre: es el Padre quien consagra.

"Aquí entramos en la teología de la consagración. Inmediatamente después de la publicación de los documentos conciliares, alrededor de aquel *consecratur* (LG 44), surgieron interpretaciones: el verbo, ¿era reflexivo o pasivo? Los religiosos, ¿se consagran o son consagrados?

No obstante una nota explícita de la comisión doctrinal (del Concilio), que había declarado que el verbo era pasivo, precisando *a Deo*; cierta teología ha seguido por sus caminos, debilitando la fuerza tan trascendente del *consecratur*, porque si me consagro yo, es una cosa; pero si me consagra Dios, es otra...

"Consagrados con el dón del Espíritu y enviados. La consagración es comprensiva del dón del Espíritu y del envío a los jóvenes. Esto forma parte de vuestro carisma. Este vínculo interior entre consagración por Dios y envío a los jóvenes es un elemento muy significativo de vuestra identidad espiritual y de vuestra vocación. Esta doble polarización a nivel de encarnación en una única gracia: la que me lleva a Dios en la fidelidad de la consagración, y la que me lleva a los jóvenes, no como cosa diferente de esa fidelidad, sino como coherencia con ella.

"No hay un movimiento alternativo: un poco para los jóvenes, un poco para Dios; sino la gracia de darse cuenta de que la manera concreta de moverse hacia Dios, para vosotros, es la de ir hacia los jóvenes. Ser fieles a la misión que cabalmente en el encuentro con Dios os viene continuamente repetida, continuamente recordada y también continuamente enriquecida de gracias, porque no vais en nombre vuestro, sino porque Alguien os envía. No se trata simplemente de un propósito generoso y valiente, sino también de un dón misterioso y gratuito que no se puede separar, evidentemente, del propósito y del compromiso; pero que, de todos modos, precede, en la dinámica de la gracia y de la santidad, el propósito.

"*Para seguir a Cristo*: una consagración, por lo tanto, que no os encierra en un nicho, sino que os pone en un camino. Es algo que caracteriza la conciencia de la naturaleza de la consagración, que no concluye algo, sino que da inicio: caminar, seguir, moverse; *sequela Christi*, expresión clásica en la consagración religiosa.

"*La misión apostólica* —dicen vuestras Constituciones—, *la comunidad fraterna y la práctica de los consejos evangélicos son los elementos inseparables de vuestra consagración*. Yo quisiera hacer una observación, a propósito de este texto. En la mentalidad corriente, también posconciliar, se habla de consagración a través de los consejos evangélicos, y después

vendría todo lo demás. Aquí, en cambio, estamos frente a un vuelco de perspectivas: la consagración pone en primer lugar, como contenido, la misión apostólica, la comunidad fraterna, y después, la práctica de los consejos evangélicos. Me parece particularmente iluminante y significativa esta colocación original de los elementos que constituyen la consagración. Encuentro que esto es extraordinariamente rico en consecuencias en la manera de caracterizar una vocación, un tipo de vida religiosa, y también, fundamentalmente, una espiritualidad." (A. Ballestrero, *Don Bosco, prete per i giovani*, LDC, Torino, 1987, págs. 39-43.)

Realmente, estas reflexiones del cardenal Ballestrero tocan explícitamente nuestro tema de la gracia de unidad.

Resulta interesante hacer notar que lo que proponen las Constituciones en el artículo 3, en forma de descripción afirmativa de los contenidos de nuestra consagración apostólica, lo presentan también en el artículo 24, pero en forma de donación orante para cada miembro de la Congregación: se trata de la fórmula misma de la Profesión religiosa:

"Dios Padre, Tú me consagraste a Ti el día de mi bautismo. *Como respuesta al amor de Jesús*, tu Hijo, que me llama a seguirlo más de cerca, y conducido por el Espíritu Santo, que es luz y fuerza (= Dios me consagra), yo con plena libertad *te ofrezco* todo mi ser, comprometiéndome a entregar todas mis energías a quienes me envíes, especialmente a los jóvenes más pobres (= *misión*); a vivir en la Sociedad Salesiana en comunión fraterna de espíritu y de acción (= *comunidad fraterna*)... Por esto, en presencia de mis hermanos, hago voto de vivir obediente, pobre y casto, según el camino evangélico trazado en las Constituciones salesianas" (= *práctica de los consejos*) (CO 24).

Podemos leer también otro artículo que, al indicar cuáles son los vínculos de unidad en la comunión fraterna, vuelve a insistir sobre los mismos elementos: "Dios nos llama a vivir en comunidad, dándonos hermanos a quienes amar. *La caridad fraterna, la misión apostólica y la práctica de los consejos evangélicos*, son los vínculos que forjan nuestra unidad y robustecen continuamente nuestra comunión. Formamos así un solo corazón y una sola alma para amar y servir a

Dios, y para ayudarnos unos a otros" (CO 50).

Es la energía de la gracia de unidad, que a través de la índole propia sigue ampliando el influjo de la potencia unificadora del Espíritu Santo.

Hay otro argumento más, muy fuerte, en favor de esta reflexión acerca de los contenidos fundamentales de nuestra índole propia, y es la consideración de la estructura misma del texto constitucional, contenido en la primera parte del "Comentario" a las Constituciones.

La forma como se ha estructurado el texto constitucional pone de relieve en modo admirable la organicidad de nuestra índole propia. Si ustedes comparan la estructura de las actuales Constituciones con las de don Bosco, o con las de 1921, o con las del CGE, encontrarán una diferencia cualitativa. En el CG 22 (de 1984) se estudió, se discutió y se votó con seriedad y esmero acerca de la estructura misma de las Constituciones, por tener una importancia no pequeña en la presentación de nuestra identidad. Allí se vio que había que dar un orden nuevo a los capítulos y a las partes.

Una "primera parte", sintética, presenta en forma germinal nuestra identidad en la Iglesia; en esta parte se encuentran el artículo 3 y el artículo 24. Se establece claramente quiénes somos en la Iglesia, cuál es la energía vital que nos anima, en qué consisten nuestra consagración apostólica y nuestro espíritu peculiar, cómo cada uno personalmente asume la índole común en plena libertad, a través de la Profesión religiosa. Es una primera parte que constituye la descripción global de nuestro carisma.

Después viene la "segunda parte", que, por su amplitud, se llamó (por los capítulos) "maxiparte", como lo indica la complejidad de su título: "Enviados a los jóvenes, en comunidad y siguiendo a Cristo". No se ha querido separar en varias partes los elementos constitutivos de nuestra índole propia, porque no es la sola misión, ni la sola comunidad, ni sólo los consejos que nos identifican, sino siempre los tres juntos: cada uno al interior de los otros dos. Se ha querido subrayar así la famosa energía de la gracia de unidad.

A veces escuchamos sermones, en los ejercicios espirituales, sobre la castidad, o sobre la misión, o sobre la comunidad, como si fueran elementos "a se", que po-

drían ser predicados indiferentemente por un jesuita o por un benedictino. También eso puede ser útil; pero en tal caso no se insiste en la índole propia de nuestro carisma, sino en valores comunes a toda vida consagrada.

En fin, vienen en el texto las otras dos "partes", que, a su modo, confirman esto mismo.

5. La dinámica interna a los cuatro elementos señalados

Considerando lo que afirman las Constituciones acerca de nuestra consagración apostólica (CO 3) y de nuestra índole propia, podemos detectar una dinámica al interior de ellas que gira alrededor de dos polos. La conciencia de esta dinámica ayuda a profundizar la gracia de unidad, y a hacer crecer sus frutos en la vida consagrada.

El primer polo está constituido por la Alianza especial con Dios. Comporta dos acciones que convergen en síntesis vital: la acción de Dios Padre, que consagra infundiendo la potencia transformadora del Espíritu Santo, y la acción del profeso, que se ofrece totalmente a Dios, para seguir a Cristo y trabajar por el Reino. Es un dinamismo de amistad que necesita conciencia permanente, diálogo cotidiano y actitud personal de amor. Es desde este polo de íntima Alianza que procede el "único movimiento" con que se vive esa caridad pastoral que está al centro de todo nuestro espíritu.

El segundo polo está constituido por la Misión apostólica, que "da a toda nuestra función en la Iglesia, y determina el lugar que ocupamos entre las familias religiosas" (CO 3). Si el primer polo es vertiente de unidad, este segundo polo es definidor de identidad. Son dos polos en mutua tensión, que se complementan en forma inseparable, y se vivifican el uno al otro en diferentes niveles.

En el polo de la Alianza se percibe la iniciativa de Dios en una visión teologal renovada del concepto de consagración.

En el polo de la Misión se descubre el aporte de la realidad en devenir con los continuos desafíos juveniles que interpe-lan la inventiva pastoral. El cuidado de uno solo de los dos polos rompería la identidad de nuestra índole propia.

La Alianza y la Misión no excluyen los otros dos elementos (Comunión y Conse-

jos), sino que los iluminan con luz específica, y los dinamizan con la novedad creadora del Espíritu y con la evolución novedosa de los signos de los tiempos.

Ciertamente, la profundización de esta dinámica resultará sumamente benéfica en la formación de las personas: tanto en la formación inicial, cuanto en la formación permanente.

Yo creo que no hay verdadera formación, si no se percibe el secreto orgánico de nuestra gracia de unidad. El proceder materialmente por suma de elementos, por más precioso que sea cada uno de ellos, no es inteligencia de fe, y no asegura, en definitiva, la superación del peligro de nuestra superficialidad espiritual.

6. Urgencia de una relectura salesiana de la profesión

Desde varios años ya, y por varios otros en el próximo futuro, la delicada tarea de animación y gobierno exige de los responsables una atenta relectura salesiana de la Profesión religiosa. Urge dedicarse a profundizar su naturaleza, su originalidad, su gracia de unidad, sus dinamismos espirituales.

Los responsables deben reflexionar, leer, estudiar y orar. Se trata de llevar a los

hermanos hacia un verdadero cambio de mentalidad, a valorizar la opción fundamental de la Profesión, a echar a andar en los canales de la meditación comunitaria una sabiduría teológica que ilumina nuestra específica consagración religiosa.

No faltan subsidios peculiares de casa: las Actas de los últimos tres Capítulos Generales, varias cartas circulares del Rector Mayor, la "Ratio institutionis", el Comentario a las Constituciones, etcétera.

No es al acaso como hablo de subsidios "de casa"; no sólo porque se trata de reflexionar sobre "nuestra" índole propia, sino también porque el Espíritu del Señor y la Virgen nos han privilegiado con atenciones y dones en estos años posconciliares. Es una verdadera riqueza de gracia. Generalmente, para aprender algo nuevo hay que salir de casa; aquí hay que entrar. Os invito a apreciar las hermosas y profundas cosas que tenemos. Esto nos hace sentir agradecidos, y nos da esperanza y confianza. El Espíritu del Señor nos ha visitado, y nos ha demostrado su amor. Sería ingratitud no saber aprovechar. Y sería dejadez en el ministerio sacerdotal de los responsables el no profundizar y el no comunicar la verdad de la Palabra de Dios acerca de nuestra vida consagrada.

IV

LA ALIANZA, COMO VERTIENTE DE LA GRACIA DE UNIDAD

"Nuestra vida de discípulos del Señor es una gracia del Padre, que nos consagra con el dón de su Espíritu" (CO 3).

El Concilio Vaticano II, con una sola palabra restituida a su profundidad teológica —el término "consagración"—, ha revolucionado el planteo de la Profesión religiosa, y nos ha restituido el secreto de la gracia de unidad.

Vamos a empezar ahora a reflexionar sobre los cuatro elementos constitutivos de nuestra índole propia. Empezamos con el primer elemento: *la Alianza, como vertiente de vida consagrada*.

1. La iniciativa de Dios

La acción consagratória del Padre es la fuente de la gracia de unidad, porque es la fuente primera del amor. Su iniciativa comporta la presencia del Espíritu Santo, que, con su potencia transformadora y unificadora, construye una particular Alianza con don Bosco y con cada uno de sus seguidores.

La primera consideración que nos cabe hacer es que el proyecto de vida que testimoniamos no es una iniciativa primariamente nuestra, sino un dón y un llamado que son iniciativa de Dios, de su amor de gratuita predilección. Esta su iniciativa da sentido y mueve nuestro especial género de vida. Leamos algunos textos bíblicos que han sido puestos como inspiración introductoria a los capítulos de las Constituciones. Han sido muy bien elegidos, y ofrecen momentos de reflexión y meditación muy eficaces.

Por ejemplo, el Salmo que introduce la visión conclusiva y sintética de las Constituciones como camino que conduce al

Amor, dice: "Corro por el camino de tus mandatos, porque me has ensanchado el corazón (S. 118, 32)" (CO, "Conclusión"). Nuestro estilo de vida, nuestra gracia de unidad, el proyecto de nuestra índole propia, los elementos constitutivos de nuestra Profesión religiosa han de ser mirados como radicados en la iniciativa de Dios: no soy yo quien comencé a correr, sino que es el Señor quien ensanchó mi corazón, sanó mis pulmones y robusteció los músculos de mis piernas, para que yo pudiera correr por este camino.

Otro texto, colocado al final de la famosa "maxiparte", recuerda la indispensabilidad del diálogo con Jesucristo. Es una cita de la Epístola a los Colosenses: "La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza: enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente. Cantad a Dios, dadle gracias de corazón con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús (Col 3, 16-17)". Indica el clima con que se hace posible la existencia salesiana, como vida de unión con Dios, en constante diálogo con Jesucristo, cual cotidiano ejercicio de fe, de esperanza y de caridad.

La iniciativa de Dios nos llama a cada uno por nombre, y nos invita a entablar personalmente con El una fuerte amistad. Las Constituciones, además, insisten sobre la iniciativa divina en nuestra vida consagrada. "La profesión religiosa —dice el artículo 23— es signo del encuentro de amor entre el Señor que llama, y el discípulo, que responde entregándose totalmente a El y a los hermanos."

Describiendo el espíritu salesiano, las Constituciones indican como su caracte-

rística fundamental la unión con Dios: "Al trabajar por la salvación de la juventud —dice el artículo 12—, el Salesiano vive la experiencia de la paternidad de Dios, y reaviva continuamente la dimensión divina de su actividad: *Sin Mí no podéis hacer nada*. Cultiva la unión con Dios, y advierte la necesidad de orar ininterrumpidamente en diálogo sencillo y cordial con Cristo vivo y con el Padre, a quien siente cerca de sí. Atento a la presencia del Espíritu y haciendo todo por amor de Dios, llega a ser, como don Bosco, contemplativo en la acción".

Y, hablando explícitamente de nuestra oración comunitaria como diálogo con el Señor, afirman: "La comunidad manifiesta, de forma visible, el misterio de la Iglesia, que no nace de voluntad humana, sino que es fruto de la Pascua del Señor. Del mismo modo, Dios congrega nuestra comunidad, y la mantiene unida con su invitación, su Palabra y su amor. Cuando ora, la comunidad salesiana responde a esta invitación, reaviva la conciencia de su relación íntima y vital con Dios y de su misión de salvación, y hace propia la invocación de don Bosco: *Da mihi animas, caetera tolle*" (CO 85).

Creo que ya está bien claro —aunque sean pocas las citas— que la vertiente de nuestra gracia de unidad es la iniciativa de Dios. Aquí es inútil que demos vuelta a las palabras: ésta es la fuente, la raíz; ésta es la vertiente de toda la vocación salesiana. De aquí dimana nuestro carisma, y nuestra razón de signo del amor de Cristo para los jóvenes. Si cada Salesiano no es testigo de su amistad especial con Jesucristo, no será nada en la Iglesia. Será fácil diagnosticar en él el cáncer de la superficialidad.

Es curioso: una de las acusaciones que han vuelto a repetirse en estos meses sobre don Bosco (como durante su proceso de canonización), es ésta: "Tanto trabajo, tanto movimiento, tantas preocupaciones, ¿y la oración? ¿Y su unión con Dios?" Nosotros, en cambio, sabemos que él fue un modelo excepcional de una manera peculiar de estar unido con Dios. De ello se daban perfecta cuenta todos los que vivían con él, o se le acercaban con inquietud espiritual. Don Achille Ratti, que había convivido tres días con él, siendo Papa resolvió la famosa objeción en su proceso de canonización: "¡Traten ustedes de probar cuándo don Bosco no oraba!"

Sabemos que nuestro Fundador quería que se realizaran bien las prácticas de piedad; pero no es éste el principal camino para descubrir su profunda unión con Dios. Es, en él, una actitud permanente de vida, que no se mide simplemente con la observancia de algunas prácticas. El famoso estudio de don Eugenio Ceria: *Don Bosco con Dio*, es un estudio clásico en este campo, aunque se remonte a más de cincuenta años atrás (SEI, Torino, 1929).

Es difícil encontrar un libro que penetre con mayor intuición y verdad en la interioridad apostólica de don Bosco. Nuestro Fundador fue testigo de permanente unión con Dios en su vida cotidiana, *en sus actitudes y reacciones, en su estilo de trabajo y en sus relaciones*. Todo lo que sucedía en él y alrededor de él fue interpretado siempre a la luz de la fe; incluso llegó a decir, acerca de su propia actividad apostólica que, de haber tenido más fe, hubiera podido hacer mucho más. A menudo habló de la intervención de la Virgen, como de una presencia que lo guiaba y lo movía.

El sistema educativo de don Bosco fue, sin duda, la expresión más reveladora de su personalidad. Pues bien; su pedagogía al servicio de la juventud popular, pobre y en peligro, es, en definitiva, una pedagogía de santidad juvenil. Díganme ustedes si hubiera podido inventar un sistema de educación a la santidad, quien no estuviera lleno de ella.

Todo su Sistema Preventivo es fruto de una fuerte gracia de unidad, no sólo en la síntesis vital de su personalidad de Santo, sino también en su metodología pastoral. En efecto, hace funcionar simultáneamente los valores humanos, los aportes del corazón en la convivencia familiar, y los grandes principios religiosos. Las columnas de su pedagogía son Cristo y María: Cristo en el sacramento de la Eucaristía y en el sacramento de la Reconciliación, y María en una devoción filial muy concreta.

Otro aspecto que manifiesta su unión con Dios es *el sentido de Iglesia*. No era simplemente una adhesión al Magisterio del Papa y de los Pastores, sino un afecto que caracterizaba su interioridad apostólica.

Cuando León XIII le pidió construir el templo del Sagrado Corazón en Roma, don Bosco tenía deudas que pagar; no

podía viajar, porque estaba mal de salud, viejito y casi consumido, y sin embargo, acepta, porque es el Papa quien se lo pide. Los suyos le dicen: "Pero, no; esto no es posible". Y don Bosco los convence de lo contrario.

¿Qué ventaja sacaba de todo esto? Era el espíritu de fe el que lo movía; dio vueltas, removió media Europa, y terminó la construcción. Este hecho es prueba de una extraordinaria interioridad. (¿Qué cosa valía más: decirle al Papa "yo rezaré mucho para que alguien lo construya", o comprometerse personalmente no obstante todas las dificultades?) Este hermoso ejemplo de su amor a la Iglesia lo he indicado aquí muy rápidamente; pero sería bueno analizar lo que le costó de hecho en su sufrida ancianidad.

Otra actitud, que nos habla de unión con Dios es *su fortaleza de espíritu*. Tenemos muchos ejemplos de ello en su vida: la tranquilidad que sabía conservar en medio de las contrariedades, de las oposiciones y de la persecución.

A esto podemos agregar también *una intensa práctica de la humildad*: vivía con verdadera sencillez, aun en medio de los milagros. Ustedes conocen numerosos ejemplos de verdadera heroicidad en este campo.

Otra actitud, fruto de interioridad, es *su lucha contra el pecado*. Podemos recordar como ejemplo su viaje a Bérgamo, para predicar a los seminaristas. Se sentó, dijo que hablaría del pecado, y comenzó a llorar sin poder decir palabra. Fue un testimonio más eficaz que un sermón. En su misión con los jóvenes hizo de todo para inculcar el sentido de pecado y la lucha contra él.

También *su bondad sacerdotal* es manifestación de interioridad. No es que don Bosco haya nacido con un carácter fácil y tranquilo. Lo sabemos por lo que él mismo ha confesado. Si hay una cosa que ha sobresalido en él, y que todos los que lo han conocido reconocen, es esta capacidad de ser bueno, de hacerse amar. Tenemos que meditar qué quiere decir en la espiritualidad salesiana "hacerse amar": es fruto de larga ascesis, y para eso se requiere una profunda interioridad.

En el trabajo estaba siempre unido a Dios. Allí se ve perfectamente que la cotidiana actividad era para él "éxtasis de la acción". Es interesante recordar sus expresiones a las Hijas de María Auxilia-

dora: "No Marta sola, no María sola, sino las dos juntas, como enseñaba también santa Teresa la grande".

Una irrefutable demostración de interioridad ha sido *su aceptación de los sufrimientos físicos y morales*. De sus sufrimientos morales recordamos, como ejemplo, el famoso conflicto con monseñor Gastaldi: tocó su corazón en lo más profundo, hasta llegar a las lágrimas, cuando el Arzobispo lo suspendió "a divinis". Tuvo que irse de Turín, para no mostrar que no podía confesar, porque el sacramento de la Reconciliación era una de sus maneras cotidianas de realizar su pedagogía de formación cristiana. No olvidemos que durante el Primer Capítulo General, don Bosco confesaba seis horas diarias.

De sus sufrimientos físicos debemos decir que han sido la manifestación casi sacramental de la presencia de Cristo en él. Esto impresiona cuando se consideran, sobre todo, los últimos años y los días finales de su enfermedad última, donde se intuyen también de forma evidente los muchos sufrimientos que soportó en la vida. Existe, en los archivos centrales, un opúsculo escrito a máquina por un médico. En 150 páginas examina las varias enfermedades de don Bosco. En todas esas situaciones de dolor, y no obstante el quehacer enorme que tenía entre manos, don Bosco nunca ha pedido sanar. Recuerden que hubo personas que ofrecieron su vida por él. Pero don Bosco afirmó con humildad: "Si yo supiera que con una jaculatoria pudiera conseguir que pasara este mal, no la diría, porque Jesucristo ha sufrido mucho más, ha sufrido por mí, ha sufrido por los pecados de los hombres".

Tenía esta gran adhesión al plan de Dios. Nosotros solemos pensar en don Bosco como si siempre hubiera tenido una salud vigorosa; pero deberíamos considerar, por ejemplo, los últimos cuatro años de su vida, para ver hasta dónde había llegado su interioridad. Naturalmente, este aspecto es para mayores. No podemos presentarla así, no más, a los jóvenes. Un historiador nuestro (don Francis Desramaut) está escribiendo la vida de don Bosco comenzando cabalmente desde sus últimos años. Pienso que es un método que permite descubrir en profundidad la verdadera personalidad de don Bosco, porque parte del ápice al que ha llegado en su madurez.

Además de eso, hay que agregar *su sentido de la mortificación*, que, como sabemos, ha sido constante desde sus años juveniles.

En una palabra, su manera de vivir aparece como un continuo diálogo con el Señor, con Jesús y María. Pensemos en el fervor con que participaba y administraba los Sacramentos. Si hay dos Sacramentos que don Bosco privilegiaba —digamos así— como lugar preferencial para entretenerse a conversar con Dios, son la Eucaristía y la Reconciliación, que han hecho de él uno de los ministros más competentes, más ardorosos y fervorosos de la Iglesia.

Es de este tipo de interioridad apostólica del que debemos hablar.

Nuestra Alianza con Dios descansa también sobre la fidelidad a unas prácticas, porque se requiere una pedagogía; sobre todo, cuando se trata de la comunidad. Pero, aquí, yo no me detengo en esto: mi conversación no es una conversación para exhortar a la observancia (que es importante), sino para las convicciones vitales, para que los animadores sepan cuáles son los valores de interioridad que debemos hacer funcionar entre los hermanos. De lo contrario, todo lo demás no funciona, porque allí está la raíz de nuestra vida apostólica.

2. La liturgia de la vida

Las expresiones de interioridad apostólica que hemos presentado en don Bosco, nos hacen pensar espontáneamente en lo que se suele llamar “liturgia de la vida”. Con profunda intuición y como expresión de su experiencia en el Espíritu, el apóstol san Pablo nos habla de esta liturgia vivencial: “Os exhorto —escribe a los Romanos— a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable” (Rom 12, 1); y a los Colosenses: “Todo lo que de palabra o de obras realicéis, sea todo en nombre de Jesús, ofreciendo la acción de gracias a Dios Padre por medio de El” (Col 3, 17).

Se trata del ofrecimiento de sí mismo al Padre; del aporte de participación personal a la celebración del misterio eucarístico, como dice el mismo texto litúrgico: “que El nos transforme en ofrenda permanente agradable a Ti” (III Plegaria eucarística).

Es lo que subrayan explícitamente las Constituciones. Cada hermano, porque consagrado apóstol, “se nutre de la caridad del Buen Pastor, cuyo testigo quiere ser... La necesidad de Dios, sentida en el trabajo apostólico, lo lleva a celebrar la liturgia de la vida, y logra «aquella laboriosidad incansable, santificada por la oración y la unión con Dios, que debe ser la característica de los hijos de san Juan Bosco»” (CO 95).

Sólo en esta perspectiva se percibe y se robustece esa gracia de unidad que, en el verdadero apóstol, une indisolublemente el trabajo y la oración. Así se puede comprender la famosa expresión de don E. Ceria: “La diferencia específica de la piedad salesiana (en cuanto apostólica) está en saber hacer del trabajo oración”.

Una ayuda especial para lograrlo la ofrece la propia comunidad orante.

La comunidad de vida consagrada apostólica es un conjunto de personas que comparten los mismos ideales, y que participan en una común pedagogía de oración. Quien elude estar en oración con la comunidad, difícilmente logrará la liturgia de la vida.

Pero no basta la comunidad. Si la persona no funciona, no funcionará la comunidad. “Sólo podremos formar comunidades que rezan —dicen las Constituciones—, si personalmente somos hombres de oración” (CO 93). Aquí nadie se escapa echándoles la culpa a otros; aquí soy yo. “Cada uno de nosotros necesita expresar en lo íntimo su modo personal de ser hijo de Dios, demostrarle su gratitud, y confiarle sus deseos y preocupaciones apostólicas” (CO 93).

Cuando un hermano dice: “He hecho las prácticas de piedad en común, y eso basta”, me presenta una observancia a la que le tengo miedo. No bastan las prácticas comunitarias: se requiere compromiso personal de oración; no necesariamente en la capilla: en cualquier parte; pero la actividad de la persona, la conciencia de cada uno debe percibir vitalmente su alianza con Dios, que lo ha llamado, le da la potencia de su Espíritu para vivir en la unidad del amor. Sin personas orantes no se construye una comunidad orante.

Una forma indispensable de oración personal es la oración mental. Ella no se identifica simplemente con la media hora diaria de meditación, que es, sin duda,

particularmente formadora; sino que es un hábito de cada persona que se acostumbra a contemplar y a discernir a la luz de la fe, a la cual agrega expresiones de amor fruto de la caridad pastoral. Esta actitud personal de intimidad con Dios "salva de la rutina, conserva libre el corazón y sostiene la entrega al prójimo. Para don Bosco es garantía de gozosa perseverancia en la vocación" (CO 93). Es en este estilo de interioridad, simultáneamente personal y comunitaria, en el que la misma actividad apostólica se vuelve oración.

Aquí quisiera insistir en la interioridad de cada persona. Las máquinas (y ayer los mulos) trabajan todo el día; pero el trabajo de ellas no es oración. Por desgracia, ¡cuánto trabajo de los hombres no es oración! Nosotros mismos podemos llegar a ser "changadores" de la Iglesia, pero no testigos de Dios. No es que el Señor necesite músculos y transpiración: nos mira el corazón. El trabajo del hombre es una acción; las acciones pertenecen a las personas, y están revestidas de sus intenciones y cualidades; el trabajo de una persona será apostólicamente eficaz y se volverá oración, si esa persona vive en intimidad con Dios. La interioridad apostólica no es auténtica, si no tiene intrínsecamente a la acción; pero la acción del apóstol no es oración, si no procede de su alianza consciente con Dios.

Un Salesiano que reza mucho y trabaja poco, no tiene la interioridad del *Da mihi animas*. Pero un Salesiano que se deshace en el trabajo y reza poco, descuida la unión con Dios, no tiene interioridad apostólica, y debilita su alianza con Dios. No se trata de poner antítesis, sino de asegurar la gracia de unidad.

La interioridad apostólica es una liturgia de la vida que lleva simultáneamente a Dios y a la acción. Lo hacía notar el cardenal Ballestrero hablando de nuestra consagración apostólica: mientras Dios nos consagra, nos envía. Esto no se puede separar, porque está muy adentro, en la constitución misma de nuestra consagración.

3. El centro motor de la Eucaristía

La fuente y el alimento de una liturgia de la vida es, sin lugar a duda, el misterio pascual de la Eucaristía.

En la Misa tenemos la reactualización de la hora suprema de Cristo, el aporte del amor de los creyentes a su sacrificio, y el lanzamiento de la energía de su resurrección a la historia.

— El amor de Cristo, Buen Pastor, ha tenido su intensidad suprema en la pasión, muerte y resurrección: ¡és la Pascua! Lo que Cristo ha pensado, ha realizado y ha perpetuado es el amor redentor de la Cruz. Esta actitud de inefable solidaridad humana permanece definitivamente en El, que, resucitado, está presente delante del Padre, para interceder continuamente en favor de los hombres. Allí está la psicología verdadera del corazón del Señor. Allí se sabe en qué consiste la caridad pastoral, y allí se aprende a amar. La Misa hace presente aquí y ahora esa vertiente de salvación.

— Y no sólo la hace presente, sino que aporta a ella (incorporando todo al único verdadero sacrificio de la Nueva Alianza) las acciones, las iniciativas y las expresiones de amor de sus seguidores a lo largo de los siglos, como hostia espiritual.

— Además, a través de la comunión sacramental la Misa lanza la energía de la resurrección de Cristo a la misión eclesial entre los hombres: la Carne y la Sangre del Señor construyen su Cuerpo Místico, que, como Pueblo de Dios (reunido de todas las razas), se vuelve fermento y sacramento de la salvación del género humano.

Debemos en realidad reconocer que la Eucaristía es el centro motor de toda la vida cristiana: vertiente y culmen de sus inagotables riquezas.

Por eso, hoy debemos saber recuperar con todas las fuerzas los valores de su misterio.

Pero no, repito, más allá de una preocupación de observancia, sino propiamente como constitutivo central de la mentalidad apostólica, de la interioridad, de la unión con Dios, de la centralidad de la alianza y de sus consecuencias pedagógicas.

No por nada, al comenzar este famoso año 1988 (y por petición de varios hermanos), yo me dediqué a escribir una circular sobre la Eucaristía, convencido de que tocaba allí un punto central de nuestra profundidad. Los animadores y predicadores encuentran en ella un abun-

dante y precioso material para conferencias y retiros.

La Eucaristía es un misterio formidable: se necesitaba un Dios hecho Hombre, para inventar una realidad tan inefable: uniendo lo más sencillo con lo más sublime. Es el testamento que nos ha dejado Jesucristo. Él mismo lo ha propuesto a nuestra fe como una novedad de presencia salvadora; quien la vive, llega a lo más profundo. Baste pensar que con la Eucaristía nosotros nos volvemos "Cuerpo de Cristo", que somos miembros suyos, que continuamos su misión en la historia, que construimos con Él un mundo nuevo, que somos portadores de escatología para rejuvenecer al mundo, que hacemos de la historia la civilización del amor; es decir, que la volvemos liturgia, para alabanza del Padre y para una convivencia de amor.

La vivencia de este misterio empieza en el interior de cada persona, nace dentro del corazón de nuestros muchachos. ¿Cómo se puede defender entre cristianos una pedagogía que no tenga en cuenta este centro motor? ¿No se habrá ido perdiendo, en esta famosa crisis cultural, la importancia de la Eucaristía para la interioridad de los consagrados, su significado fundamental para el discernimiento de los signos de los tiempos y su proyección pedagógica en la educación de la juventud?

Estoy hablando para que todos los días nosotros vivamos de Cristo, y para que nuestros jóvenes se den cuenta de que sin Eucaristía no van a poder ser verdaderos cristianos y hombres auténticos, porque en ella está la explicación y la fuente de todo el misterio de la Nueva Alianza. La Iglesia nace allí en la Eucaristía; no nace desde abajo, según categorías sociológicas: la Iglesia nace cotidianamente desde Cristo, realmente, a través de la Eucaristía. Por eso es el tesoro más grande de la Iglesia. El comer y beber el Cuerpo y la Sangre de Cristo construye una comunión orgánica y jerárquica, animada por el Espíritu Santo.

Es en la Eucaristía donde encontramos todos los grandes elementos de la construcción de la Iglesia, y la capacidad de diálogo directo y personal con Jesucristo; sobre todo, para los consagrados apóstoles, que son discípulos radicales de Jesucristo para el bien de los demás. Los que son presbíteros, están llamados por un

especial servicio sacramental a hacer funcionar el sacerdocio común de todos los cristianos, o sea hacer de la vida una eucaristía.

La interioridad apostólica realiza su diálogo con Cristo allí. Urge, urge, urge, amigos todos, reconquistar terreno en favor de la Eucaristía, sea en nuestra vida personal y comunitaria, sea en nuestro apostolado, para construir convicciones de vida: "Sin Mí —dice el Señor— nada podéis hacer" (Jn 15, 1-7).

4. La sabiduría y pedagogía de la conversión

La interioridad apostólica es acechada continuamente por nuestras debilidades y por el pecado. La inteligencia de la fe lleva a dialogar de esto personalmente con Cristo. Todos necesitan reconciliación y penitencia.

El misterio de la reconciliación nos lleva a contemplar la infinita misericordia del Padre: "El que está en Cristo —dice san Pablo—, es una criatura nueva; lo viejo ya pasó, y apareció lo nuevo. Todo viene de Dios, que nos reconcilió en Él por medio de Cristo, y nos confió el misterio de la reconciliación" (2 Cor 5, 17-18).

Se trata de concentrar la atención, ante todo, en Dios mismo, rico en misericordia. Los textos litúrgicos nos recuerdan cabalmente que el Padre manifiesta su grandeza y su omnipotencia sobre todo "parcendo et miserando" (perdonando y teniendo misericordia). En la Biblia el tema de la Alianza es una realidad dañada y olvidada de parte del hombre, pero continuamente buscada y reconstruida de parte de Dios. La interioridad requiere centrarse a menudo en este misterio. También porque un mundo que ha marginado el sentido de pecado, es urgente relanzar la profecía de la misericordia, en la catequesis y en la pedagogía. Debería ser familiar la reflexión de cuál será la gravedad y la malicia del pecado, si la misericordia infinita del Padre ha querido restablecer la alianza del hombre con Él a través de la pasión y la muerte de Cruz de su propio Hijo. Este misterio de reconciliación exige de parte del hombre todo un proceso de conversión, que se llama también penitencia.

Y aquí hace falta redescubrir la dignidad cristiana del "penitente". ¿Qué significa ser penitente? El análisis del corazón penitente muestra dos elementos que se compenetrán mutuamente: los actos del penitente (dolor, confesión, propósito y reparación), y la gracia terapéutica de Cristo que da la fuerza de participar personalmente en los eventos pascuales. La Palabra de Dios nos llama a una conversión continua. Toda interioridad apostólica está empapada de psicología de conversión.

"Conscientes de nuestra fragilidad —afirman las Constituciones—, respondemos con la vigilancia y el arrepentimiento sincero, la corrección fraterna, el perdón recíproco y la aceptación serena de la cruz de cada día" (CO 90).

Como se ve, la conversión tiene proyecciones sociales que se traducen en la vida comunitaria y apostólica. Los elementos que acabamos de indicar comportan un verdadero programa espiritual en nuestro estilo concreto de vida. Y el sacramento de la Penitencia lleva a su plenitud este programa de conversión: "Nos proporciona el gozo del perdón del Padre, reconstruye la comunión fraterna, y purifica las intenciones apostólicas" (CO 90).

Al salir de sí mismo para convertirse, el consagrado apóstol no sólo recupera y robustece su alianza con Dios, sino que da un aspecto más auténtico a toda su actividad: asegura la genuinidad de su interioridad apostólica.

Los tiempos fuertes de la vida comunitaria ofrecen una concreta oportunidad de intensificar la Alianza: "Estos momentos de gracia dan a nuestro espíritu unidad profunda en el Señor Jesús, y mantienen viva la espera de su venida" (CO 91).

Si se quiere que la índole propia de nuestra gracia de unidad mantenga vivo su vigor característico, es preciso asegurar un camino cotidiano de conversión que desemboque en la frecuencia del sacramento de la Reconciliación.

5. La participación convencida en la oración eclesial

La Iglesia, esposa de Cristo, tiene expresiones oficiales de alabanza y de súplica al Padre: todo en Cristo, con Cristo y por Cristo. Participar con gusto en ellas y ser fieles a sus exigencias es otra ma-

nera de vivir y alimentar la Alianza, como vertiente de la gracia de unidad. Se trata de vivir el misterio de Cristo en el tiempo con el ritmo mismo de la Iglesia.

En la circular sobre la Eucaristía he indicado la vinculación de la liturgia de las horas con el misterio eucarístico. ¿Qué valor de alianza tiene para cada uno el rezo del Breviario? Las racionalizaciones con que se intenta justificar una facilidad de prescindencia, no son, ciertamente, expresiones de profundidad y de interioridad. "La liturgia de las horas —recuerdan las Constituciones— extiende a los distintos momentos del día la gracia del misterio eucarístico"; y agregan: "Durante el año litúrgico, la conmemoración de los misterios del Señor hace de nuestra vida un tiempo de salvación en la esperanza" (CO 89).

Si los presbíteros, en modo particular, no toman en serio este ministerio de oración eclesial, alimentan la duda de que los peligros de la superficialidad espiritual tengan precisamente en ellos una de las causas del descenso de la interioridad apostólica. Ellos son los servidores de la Alianza, y, a veces, se dedican a otras cosas, dejando lo más incisivo en la pastoral. "No está bien que nosotros —leemos en los Hechos de los Apóstoles— abandonemos la Palabra de Dios por servir en las mesas... Nosotros perseveraremos en la oración y en el ministerio de la Palabra" (Hechos, 6, 2 y 4).

¡Cuánta responsabilidad comunitaria en los presbíteros que dejan lo suyo, para disfrazarse con otras funciones! Sería una desgracia histórica en la Congregación que los sacerdotes ministeriales no se dedicaran, ante todo, a hacer funcionar para todos la Alianza. Una de las causas de esta inconciencia de tantos presbíteros (principalmente, de los que son superiores) es el no prestarse con esmero al ministerio de las confesiones: se van acostumbrando a no penetrar más en el corazón personal de los destinatarios. Don Bosco fue confesor precisamente en cuanto educador y superior.

Don Felipe Rinaldi, que fue su discípulo fiel, ha recordado a menudo que el lugar donde se aprende la verdadera "paternidad espiritual" es el confesonario, donde el presbítero se vuelve muy concretamente ministro de la misericordia del Padre, dispensador de las gracias terapéuticas, y guía en el crecimiento de

la fe y en el discernimiento vocacional. Descuidando el ejercicio de este ministerio, se favorece peligrosamente en el ambiente la enfermedad de la superficialidad. ¿Por qué se ha hecho famoso el santo Cura de Ars? ¿Por qué don Bosco supo elaborar una pedagogía de la santidad juvenil?

El significado de "paternidad espiritual" se puede percibir, por ejemplo, en la actitud de un verdadero superior salesiano: si debe enfrentar a un hermano escandaloso sólo en el ámbito de las normas de la Regla de vida, con fidelidad jurídica a sus exigencias, tomará decisiones (a veces, indispensables), pero legales, sin tocar el corazón de su hermano, antes exasperándolo; pero si lo hubiera escuchado en confesión (Padre, pido perdón al Señor, he faltado gravemente, etcétera. ¿Qué puedo hacer ahora?), ciertamente la actitud y la decisión a tomar adquirirían una dimensión "paterna", y decidiría partiendo desde dentro de los dos corazones. ¿De dónde procede esta actitud diferente? ¡Del ejercicio del ministerio de la misericordia! Representa la bondad de Dios Padre, y experimenta la dignidad de penitente, crecida en su hermano por una especial gracia del Señor.

Don Bosco ha unido siempre la paternidad del superior con la paternidad del confesor; un superior que no confiesa nunca (¡y hay tanta gente que pide!), corre el riesgo de desnaturalizar su función eclesial de animador y guía de la Alianza personal con Dios.

6. La intimidad personal

Yo me he ido convenciendo cada año más de que hay que insistir mucho en la oración personal. Ya he aludido a ello. La persona es la fuente primera del amor. Toda comunión parte de iniciativas de las personas. Esto es particularmente verdadero en el ámbito de la alianza con Dios. La potencia del Espíritu del Señor pasa a través de cada corazón: el mío, el tuyo. Todo proceso de renovación espiritual tiene allí su secreto. El servicio de animación tiende cabalmente a mover y estimular a las personas. La Profesión religiosa la hace libremente cada persona. La oración, también la comunitaria y la litúrgica, es impensable sin el inte-

rés y el aporte de las personas. Toda la fe de la Nueva Alianza está fundada en un característico personalismo espiritual.

"Sólo podremos formar comunidades que rezan —reconocen las Constituciones—, si personalmente somos hombres de oración. Cada uno de nosotros necesita expresar en lo íntimo su modo personal de ser hijo de Dios, demostrarle su gratitud, y confiarle sus deseos y preocupaciones apostólicas" (CO 93).

El evangelista Mateo encuentra en la interioridad personal un remedio fundamental a la hipocresía: "Tú, cuando ores, entra en tu habitación, y, habiendo cerrado la puerta, ora a tu Padre que está presente en el secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará" (Mt 6, 6). Dejar de orar personalmente significa debilitar la gracia de unidad que sostiene y alimenta la caridad pastoral. En cambio, en el cuidado de la oración personal se encuentra el primero y más poderoso remedio a la superficialidad espiritual.

La alianza de la Profesión religiosa exige un constante ejercicio de oración personal, que exprese cotidianamente la amistad de filiación y la conciencia del propio compromiso de la misión.

¿Cómo se podría hablar de la unión con Dios en don Bosco, si no se considerara la constante actitud personal de su corazón?

7. Los obstáculos a la gracia de unidad

Podemos usar el término "mística" aludiendo a la interioridad apostólica de don Bosco. Sí, es verdadera mística, porque se trata de profunda vida en el Espíritu que lleva al éxtasis de la acción. Será, si se quiere, una mística sencilla, realista, ministerial; pero es una verdadera plenitud de fe, de esperanza y de caridad. Don Ceria la describe citando a un estudioso francés, De Montmorand: "Los verdaderos místicos son personas prácticas y de acción, no de razonamiento y de teorías. Tienen el sentido de la organización, el dón de guía, y se revelan dotados de óptimas cualidades para las realizaciones. Las obras fundadas por ellos son vitales y duraderas; en concebir y dirigir sus iniciativas demuestran prudencia y audacia, y esa visión certera de las posibilidades que es la nota del buen sentido. En efecto, parece en verdad que el buen sentido sea

su dote predominante: un buen sentido no perturbado por exaltaciones morbosas o por imaginaciones desordenadas, y unido a una no muy común capacidad de discernimiento".

Según esta descripción, podemos decir que don Bosco es un "místico del apostolado". Mirando su figura histórica, y considerando los aspectos que la actual crisis religiosa contrapone a su mística, podemos individuar como graves obstáculos a la interioridad de la Alianza los siguientes: el olvido de la iniciativa de Dios y de la potencia del Espíritu en nuestra vida; la distracción práctica de la consideración cotidiana del misterio de la Iglesia proclamado en el Concilio; el descuido

de la centralidad de la Eucaristía; la pérdida del sentido de pecado y de la indispensabilidad de la conversión; la decadencia de la oración personal, y, en definitiva, el desconocimiento de la naturaleza misma de la Profesión religiosa, como proyecto unitario de encuentro de alianza. Todo esto hace que se pierda, de hecho, el tesoro fundamental de la liturgia de la vida, y que el trabajo se vuelva horizontalista, alejado de su intrínseca dimensión apostólica.

No es poca cosa.

A eso lleva la superficialidad espiritual.

Hace falta, con urgencia, relanzar toda la riqueza de la Alianza, como vertiente fecunda de nuestra gracia de unidad.

V

LA MISIÓN APOSTÓLICA, COMO FISONOMÍA GLOBAL

Hablamos de la Misión partiendo desde la óptica de la gracia de unidad. Consideramos la Misión cual segundo polo de nuestra consagración apostólica, que "da a toda nuestra existencia su tonalidad concreta, específica nuestra función en la Iglesia, y determina el lugar que ocupamos entre las familias religiosas" (CO 3). Como decíamos, si el polo de la Alianza es vertiente de unidad, este otro es definidor de identidad.

Nos mantendremos dentro de la brevedad de una conversación cronometrada, porque de suyo este tema podría ocupar una semana de reflexión.

1. Dimensión teológica de la Misión

La primera observación de fondo que nos interesa aquí es que la Misión es elemento intrínseco de la consagración apostólica. La acción divina con la cual el Padre nos consagra, contiene en sí misma el envío apostólico a los destinatarios. Somos consagrados para ser apóstoles: no hay antítesis ni mutuo freno, para nosotros, entre ser religioso y ser misionero de la juventud. Antes al contrario, ambos aspectos se enriquecen y se robustecen mutuamente. No más dualismo entre consagración y misión. No se puede considerar la primera, sólo a nivel teológico, y la segunda, sólo a nivel sociológico; una interna y eclesial, la otra externa y social; una de contemplación, la otra de acción; una principal, la otra secundaria.

¡No, no! Se trata de la misma gracia de unidad que nos hace apóstoles, porque somos religiosos, y que nos hace religiosos, porque Dios nos quiere apóstoles. Es una dualidad de tensión en una única gracia.

Las Constituciones preconciliares hablaban, con respecto a nuestra vida salesiana, de "fin primario" y de "fin secundario". Con el CGE se abandonó felizmente esa terminología más bien filosófica, sustituyéndola con las terminologías bíblicas de "misión" y de "consagración". Así se llegó, después de mucho reflexionar y discutir sobre el "consecratur" de la *Lumen gentium* y sobre el n. 8 del *Perfectae caritatis*, a la visión orgánica y a la nomenclatura vitalmente sintética de la expresión "consagración apostólica".

Nuestra misión, en efecto, es participación consciente y responsable en el misterio de la Iglesia en la historia, y se remonta nada menos que a las misiones del Verbo y del Espíritu Santo, propias del misterio trinitario. Sólo partiendo de allí se puede captar su naturaleza genuina y eclesial. Cristo nos ha dicho: "Como el Padre me ha enviado, así Yo también os envío a vosotros" (Jn 20, 21). La misión depende toda de la iniciativa del Padre, tiene su expresión típica en la obra salvadora de Cristo, es animada y encarnada entre los hombres por la vitalidad pentecostal del Espíritu, y es realizada en la Iglesia y con la Iglesia como Sacramento universal, que colabora a la edificación, a través de los siglos, del Reino de Dios.

Por lo tanto, la Misión "no puede consistir nunca (simplemente) en una actividad de vida exterior, porque el compromiso apostólico no se puede absolutamente reducir a la simple, aunque valedera, promoción humana, por la razón de que cada iniciativa pastoral y misionera está radicalmente fundada en la participación del misterio de la Iglesia. La misión de la Iglesia, en efecto, por su propia naturaleza, no es sino la misión del mismo

Cristo continuada en la historia del mundo; y por lo mismo, ella consiste, ante todo, en la condivisión de la obediencia de Quien (cf. Hbr 5, 8) se ofreció a Sí mismo al Padre para la vida del mundo" (MR 15).

Se desprende de esto toda una interioridad apostólica, que trae consigo la conciencia explícita y permanente de la presencia del Padre que consagra y envía, y la disponibilidad operativa para ser dóciles portadores del proyecto de su amor a los destinatarios.

La misión, en su aspecto operativo, llena de concreción histórica la dimensión contemplativa del consagrado. Esta unión con Dios trae consigo el ardor del *Da mihi animas*, según el estilo incansable de don Bosco. Como dicen las Constituciones: "Al leer el Evangelio, somos más sensibles a ciertos rasgos de la figura del Señor: su gratitud al Padre por el dón de la vocación divina a todos los hombres; su predilección por los pequeños y los pobres; su solicitud en predicar, sanar y salvar, movido por la urgencia del Reino que llega; su actitud de Buen Pastor, que conquista con la mansedumbre y la entrega de sí mismo; su deseo de congregar a los discípulos en la unidad de la comunión fraterna" (CO 11).

Así la gracia de unidad adquiere el aspecto vivo de la "caridad pastoral".

2. Misión y pastoral

La misión sigue, en Cristo y con Cristo, la ley de la encarnación; se hace presente en la multitud de los pueblos y en la variedad de las culturas. No cambia nunca de naturaleza, pero se reviste de diferentes modalidades prácticas, según la geografía y la historia.

Aquí aparece inmediatamente la importante distinción que es indispensable saber captar entre "Misión" y "Pastoral", en cuanto la Pastoral es la concreción práctica de la Misión. La Misión es una sola, inmutable en el tiempo y en las situaciones. La Pastoral es múltiple, adaptada a las culturas y a las necesidades concretas. Se da, así, una verdadera unidad de Misión, aunque se realice en una multiplicidad de modalidades pastorales. Lo que importa es que la Misión se encarne, y que las diferentes pastorales traduzcan verdaderamente en práctica toda la identidad de la misión.

Es ésta una tarea muy delicada, que mide la vitalidad de la gracia de unidad. Por un lado se vuelve indispensable —sobre todo, en un período de acelerada transformación sociocultural como el nuestro— el poseer atenta sensibilidad a los signos de los tiempos, a la renovación conciliar, a las orientaciones de los Pastores. El ardor de la caridad pastoral supone y requiere inventiva apostólica, docilidad al Espíritu creador, comprensión de las necesidades y urgencias, discernimiento de la realidad, reconsideración de criterios, valentía de decisión y humildad de revisión.

La acción consagratória del Padre, mientras nos enriquece con tantos dones de su Espíritu, toma en cuenta y asume también las dotes de nuestra persona: la inteligencia, la fantasía, el coraje, la intuición, el equilibrio, el atrevimiento, el sentido común; o sea, cuenta con nuestra concreta responsabilidad histórica.

Aquí se abre un panorama estimulante de espiritualidad apostólica que, para conservarse en la autenticidad de la consagración, necesita sentirse radicada continuamente en la gracia de unidad de la índole propia.

3. Multiplicidad de aspectos en la índole propia

La misión de los SDB es clara y bien definida; no se pueden tergiversar los contenidos. Antes de enumerar los varios aspectos que la componen, conviene captar bien su alcance global. El envío divino es "a ser apóstoles de los jóvenes" (CO 3); a "ser en la Iglesia signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes" (CO 2); "fieles a los compromisos heredados de don Bosco, somos evangelizadores de los jóvenes, especialmente de los más pobres" (CO 6). En efecto, "para contribuir a la salvación de la juventud —la porción más delicada y valiosa de la sociedad humana—, el Espíritu Santo suscitó, con la intervención materna de María, a san Juan Bosco" (CO 1). Cada Salesiano, en su Profesión religiosa, se compromete "a entregar todas sus energías a quienes *Dios lo envíe*, especialmente a los jóvenes más pobres" (CO 24).

La potencia del Espíritu que envuelve al Salesiano en su consagración apostólica, su seguimiento radical de Cristo y su dedicación histórica a la edificación del

Reino, están concentrados operativamente en esta misión. Es en ella en la que "Don Bosco, inspirándose en la bondad y celo de san Francisco de Sales, nos dio el nombre de *Salesianos*, y nos enseñó un programa de vida en la máxima *Da mihi animas, caetera tolle*" (CO 4).

En las Actas del CGE hay varios números dedicados al tema de la misión, que ponen de relieve su densidad teológica: su naturaleza, sus objetivos, su espiritualidad y su sentido eclesial (cf. CGE nros. 24, 25, 26, 27 y 28).

Pero este aspecto teológico de la misión, que subraya su radicación en la gracia de unidad, está necesariamente vinculado con su praxis operativa, así como lo fue también en la misión del Verbo encarnado. Desde allí, en la máxima gracia de unidad de Cristo (llamada "unión hipostática") no se puede separar la misión divina de una praxis histórica; no se trata de antropocentrismo, sino de una original novedad antropológica en la operosidad apostólica de Cristo. Es, en efecto, una misión que se reviste necesariamente de una dimensión de practicidad humana que tiene sus destinatarios, su tarea específica y sus criterios de acción.

Por eso se encuentra en la misión salesiana una multiplicidad de aspectos que hay que conocer y promover, evitando toda tentación de reduccionismo, de unilateralidad, de consideración, de exageración de alguna de sus componentes en desmedro de las otras.

Leyendo las Constituciones, vamos a ver cuáles son los aspectos principales: son conocidos, y han sido puestos en práctica por más de un siglo, sin demasiados exámenes anatómicos. También en la vida cotidiana procedemos así: ¡pobres de nosotros, si antes de hacer cualquier cosa tuviéramos que examinar el funcionamiento de todos los órganos del cuerpo! La vida no necesita un continuo examen; pero sí la medicina necesita atentos conocimientos, no sólo anatómicos, sino de las funciones y constitución propia de todos los órganos. También en un tiempo fuerte del espíritu resulta provechoso analizar más a fondo la misión, para cuidar de no iniciar un camino de caída o de infidelidad.

Empiezo con la lectura de una página del CG 2: La misión "no se caracteriza simplemente a partir de los destinatarios o por el típico modo comunitario de realización, sino también por la particular

organización de sus contenidos, de sus objetivos, y por el estilo con el cual se hace presente entre los jóvenes" (CG 21, n. 80). Es una afirmación altamente valiosa y de especial actualidad, porque han surgido interpretaciones que han acentuado algún aspecto, dejando en la sombra los demás, desfigurando así la identidad misma de la misión.

¿Cuáles son, pues, los aspectos sobre los cuales concentrar nuestras miradas, para que funcionen armónicamente en nuestras pastorales? Las Constituciones indican los siguientes:

— *Los destinatarios* (CO 26-30): Es evidente como el Sol que son los jóvenes, con prioridad preferencial para los más necesitados, de los ambientes populares, del mundo del trabajo, de los que ofrecen posibilidades vocacionales.

Es claro, pues —repito—, que nuestros destinatarios son los "jóvenes". No se los puede, por lo tanto, substituir con "el pueblo"; esta palabra hoy se repite con acento mesiánico en algunos ambientes: el pueblo protagonista de la historia, el proyecto popular, la popularización de todo... Hay quienes quisieran presentar así al pueblo, como el sujeto primero de nuestra misión. De aquí nacen fácilmente expresiones de tipo ideológico que llevan a otra cosa, y alejan la misión salesiana de lo que es su autenticidad específica. Nuestra caridad preferencial va siempre a los jóvenes; a los jóvenes más necesitados, a los jóvenes del mundo del trabajo, a los jóvenes con posibilidades vocacionales.

Ustedes comprenden que al destacar sobre todo este último aspecto, se amplía el horizonte de la juventud, con la que debemos trabajar. Es tarea importante para nosotros descubrir y formar vocaciones cristianas de sacerdotes ministeriales, de religiosos, de religiosas, de fieles laicos trabajadores, de padres de familia, de políticos que trabajen para los pobres, etcétera. Es importante dedicarse a los pobres evitando cierta moda pauperista, que se vuelve demagogia sin concretos efectos sociales para el futuro.

— Otro aspecto de nuestra misión es *la tarea de evangelización a través de un concreto compromiso educativo* (art. 31 a 37): "Educar evangelizando, evangelizar educando". Si estuviéramos entre los destinatarios sin evangelizar educando, no cumpliríamos con la misión salesiana. Las

Constituciones nos indican cuáles son las varias facetas de este aspecto: la formación integral, la promoción personal, la dimensión social, la responsabilidad y conciencia eclesial, la iniciación en la vida litúrgica, la orientación vocacional.

De entre esos artículos vale la pena recordar el 33, porque expresa una actitud de coraje y de equilibrio que no son fáciles; sobre todo, en ciertas situaciones: se refiere a la dimensión social. Debemos tomar en cuenta seriamente el actual proceso de liberación (sobre todo, en determinadas regiones), porque es uno de los grandes signos de los tiempos actualmente en acelerado crecimiento.

Los signos de los tiempos constituyen también una especie de invitación del Espíritu Santo, que nos anima a despertarnos y a buscar una respuesta a tantos desafíos urgentes. El proceso de liberación, por ejemplo, ha traído en Medellín y en Puebla una opción preferencial de parte del episcopado latinoamericano a favor de una pastoral profundamente renovada; es decir, toda una acción de la Iglesia en favor de los pobres, para abrirles horizontes de dignidad, y para ayudarles a cambiar las situaciones de injusticia, guiados por criterios cristianos.

Paralelamente a esa renovación pastoral, ha nacido una búsqueda interpretativa por obra de algunos pensadores, que se llama "teología de la liberación". Es una expresión que se aplica a ensayos diferentes, algunos de los cuales (tal vez, los más conocidos y seguidos) han acusado desviaciones realmente peligrosas para toda la misión de la Iglesia. Esto ha venido creando una situación muy delicada, en la cual ha debido intervenir el Magisterio de la Iglesia. Naturalmente, el artículo de las Constituciones no entra en este debate; pero subraya algunos aspectos muy iluminadores, que caracterizan la dimensión social de nuestro tipo de actividad apostólica.

Don Bosco vio con claridad el alcance social de su obra; nos ha fundado, nada menos, para ayudar a mejorar la sociedad civil; nos pide no tener miedo en abrirnos a los valores temporales, a la laicidad, a lo social; semejante apertura es clarísima en don Bosco. ¡Es notable ver hoy como los mismos laicistas, los que miran a los Santos desde una óptica más bien mundana, se entusiasman con don Bosco, y hasta le preparen manifestaciones y acu-

ñen medallas, como diciendo: "Este Santo entendió las cosas"!

Nuestro artículo afirma explícitamente: "Trabajamos en ambientes populares y en favor de los jóvenes pobres. Los educamos para las responsabilidades morales, profesionales y sociales, colaborando con ellos, y contribuimos a la promoción del grupo y del ambiente. Participamos, desde nuestra condición de religiosos, en el testimonio y compromiso de la Iglesia por la justicia y la paz. Manteniéndonos independientes de toda ideología y política de partido, rechazamos cuanto favorece la miseria, la injusticia y la violencia, y cooperamos con quienes construyen una sociedad más digna del hombre. La promoción, a la que nos dedicamos con espíritu evangélico, realiza el amor liberador de Cristo y es signo de la presencia del Reino de Dios".

Evidentemente, es muy poco leer simplemente el artículo; pero ahora que ha salido la encíclica *Sollicitudo rei socialis*, encontramos en ella una descripción muy concreta de la doctrina social de la Iglesia: es una parte de la teología moral, y, por lo tanto, viene a ser uno de los sectores indispensables de nuestra evangelización educadora. Don Bosco estudió mucho la Moral, para llevar la fe hacia la praxis; en la tarea educativa, la Moral desempeña un papel de extraordinaria importancia. Por desgracia, hoy la Moral está en crisis; pero nosotros debemos adquirir recta competencia, para llegar a ser educadores válidos para el mañana.

— Nuestra misión comporta también otro elemento: "*un especial método educativo*" (CO 38 y 39). La Carta del 31 de enero del Santo Padre nos ha hecho un favor inestimable, al profundizar precisamente este aspecto. Al interior del "Sistema preventivo" vibra también la gracia de unidad. En efecto, se presenta siempre —y el Papa lo dice muy bien— con los tres polos de valores que ha indicado don Bosco: la razón, la religión, la amabilidad. Son tres polos que entran en tensión "juntos", y no cada uno por su cuenta. No simples valores humanos (horizontalismo); tampoco, sólo valores religiosos (espiritualismo); ni sólo valores de amabilidad (sentimentalismo); sino los tres polos juntos, dentro de un clima de bondad, de trabajo, de alegría y de sinceridad, que asegura el funcionamiento de la gracia de unidad en la acción educativa.

— Otro aspecto es *el criterio permanente de renovación*: un criterio precioso para un momento de tránsito cultural y social como el presente. Se trata del “corazón oratoriano”, como criterio pastoral permanente para los Salesianos (CO 40). De ello vamos a hablar después con un poco más de detención.

— Otro aspecto es *la pluralidad de formas en nuestra actividad* (CO 41 y 43). Nosotros no somos enemigos de ninguna estructura; pero, eso sí, no debemos conservar las estructuras que ya no sirven para la misión. Lo que interesa es que la estructura —cualquiera sea, según las posibilidades— sirva realmente a la misión. Los artículos citados ponen diferentes posibilidades. Las actuales Constituciones han evitado reportar lo que tenía el texto anterior, o sea la lista de las obras, justamente porque estamos en un cambio, y porque ciertas obras no tienen ya el valor apostólico que tenían antes; además, habría que catalogarlas según un orden de prioridad misionera. Por eso se han pasado a los Reglamentos, que son susceptibles de adaptación y ajuste en cada Capítulo General.

Pero aquí, en estos artículos, es importante subrayar que nuestra acción apostólica se realiza con pluralidad de formas. Así, elaborar un proyecto que se encarna en una sola forma, sería reductivo (a menos que haya que adecuarse a alguna violencia política): sólo parroquias, o sólo centros juveniles, o sólo escuelas, o sólo inserción geográfica, o sólo ideales sin obras (esto último se vuelve un verdadero cáncer de la misión, porque suprime el compromiso concreto): es no tomar en serio la pluralidad de formas. Ellas deben ser determinadas, en primer lugar, por las necesidades de aquellos a quienes somos enviados.

— Otro aspecto delicado es *el proyecto comunitario* (CO 44 y 47). “El mandato apostólico, que nos confía la Iglesia, lo reciben y realizan, en primer lugar, las comunidades inspectoriales y locales. Sus miembros tienen funciones complementarias, con incumbencias todas ellas importantes. Son conscientes de que la cohesión y la corresponsabilidad fraterna permiten lograr los objetivos pastorales” (CO 44).

Los Salesianos realizamos la misión con estilo comunitario. Es cierto que se deben evitar el mito de la comunidad y el

democraticismo de la prescindencia de la autoridad; pero para nosotros la comunidad (guiada por el Superior y dinamizada por la corresponsabilidad) es el sujeto primero de la misión. Esto exige simultáneamente convergencia comunitaria e iniciativa personal. Un poco como dijimos para la oración: la comunidad orante es fundamental, pero la oración personal es absolutamente indispensable.

Se requiere, pues, en la misión el proyecto común, y la inventiva y dedicación de cada uno: impulsar el espíritu comunitario, y saber usar la fantasía, la creatividad. La comunidad no puede ser la prisión de las personas: Don Bosco, como se dijo, dejaba mucho aire alrededor del voto de obediencia. Pero es evidente que tiene que haber una convergencia de comunión operativa y la elaboración común de un proyecto, ya que formamos esta comunidad para ser corresponsables en su finalidad pastoral concreta.

El proyecto exige una cierta planificación pastoral, determinación de objetivos, tiempos de revisión y evaluación; un conjunto de inteligentes preocupaciones pastorales que reúnen a los miembros de la comunidad para pensar en común y apostólicamente en lo que corresponde hacer en cada lugar y situación. La experiencia enseña que este empeño resulta muy fecundo, sea para la realización de la misión, sea para la renovación de la comunidad. En efecto, pretender hacer comunidad prescindiendo de la misión es ingenuo artificio, que invita a repetir la famosa expresión: “*Mea maxima poenitentia, vita communis*”. Ciertamente, nuestra vida de comunidad tiene sus exigencias ascéticas; pero su centro es la misión, y su belleza es sentirse miembros de una familia que vive y realiza el mismo ideal apostólico.

— Y, por último, hay otro aspecto importante en nuestra misión, que consiste en tener y aplicar a la acción *una clara “conciencia de Iglesia”*: “La Iglesia particular es el lugar donde la comunidad vive y realiza su compromiso apostólico. Nos incorporamos a su pastoral, que tiene en el Obispo su primer responsable, y en las directrices de las conferencias episcopales, un principio de acción de mayor alcance. Le ofrecemos la aportación de la obra y la pedagogía salesiana, y de ella recibimos orientaciones y apoyo” (CO 48).

Es un aspecto que trae consigo muchas exigencias prácticas, como ya se percibe en las palabras del artículo. No vamos a entrar ahora en sus contenidos. Aquí nos interesa hacer ver cuáles son los varios aspectos que debemos considerar en la misión, si queremos vivirla según la gracia de unidad de nuestra índole propia. El cuidado orgánico de los varios aspectos hace evitar los peligros de reductivismo que, a la larga (con el pretexto de ser más auténticos en la misión), arruinan la identidad de nuestra interioridad apostólica y el equilibrio de su acción.

4. El criterio oratoriano

Entre los aspectos de nuestra misión que acabamos de enumerar, está el "Oratorio", como estilo original de realización pastoral. Es tan importante su prioridad histórica, que lo ha vuelto —por lo que tiene de iniciativa apostólica en favor de los jóvenes— criterio permanente de renovación de la pastoral salesiana (CO 40). Más que a la estructura misma de cualquier Oratorio (aun en los orígenes), se mira al "corazón oratoriano" de don Bosco; es decir, a sus criterios pastorales, a su opción por los jóvenes, a su realismo en la consideración de sus concretas necesidades, a su metodología llamada "preventiva", a su espiritualidad y ascetismo del "hacerse amar", a su cotidiana preocupación de educación integral. Hoy día, después de más de un siglo, este criterio exige revisar muchas presencias y todo un estilo de compromiso apostólico.

No se trata de cerrar obras, sino de repensarlas; y obliga, además, a nuevas iniciativas y, más de una vez, a una exigente reubicación social. Podemos decir que el primer Oratorio de Valdocco es como el "lugar teológico" de nuestro carisma: de allí nació toda la pastoral juvenil de don Bosco. No meditemos nunca suficientemente acerca del significado y de la perspectiva profética de la primera chispa pastoral de la Familia apostólica de don Bosco; es allí donde prendió el grande incendio; allí hay que establecer el punto de visión de toda su óptica apostólica.

Este Oratorio no es antiinstitucional, aunque exija una revisión de las actuales instituciones; es, más bien, la fuente y medida de cualquier institución en favor de la juventud. Cuando, en una presencia cualquiera, ese patrón no tenga ya posi-

bilidad de aplicación, convendrá dejar o repensar esa obra radicalmente.

A más de cien años de existencia, no habrá que extrañarse si tenemos que hacer lo que les sucedió a otras Congregaciones y Órdenes en la historia. Nosotros estamos llamados a hacerlo a la luz del criterio oratoriano.

Es una perspectiva pastoral que —según afirman las Constituciones— comprende cuatro polos valorativos: "casa", con espíritu de familia; "parroquia", para la maduración de la fe; "escuela", para la promoción cultural, y "patio" (o sea espacioso lugar de juegos), para la alegría, la amistad y la creatividad juveniles.

Los valores simbolizados en estos cuatro polos deben ser tomados en cuenta "juntos", y no separadamente. Hasta allí llegan las consecuencias de nuestra gracia de unidad. Una presencia salesiana que sea sólo "casa" de convivencia, no realiza el criterio oratoriano; y tampoco la que sea sólo "parroquia", o sólo "escuela", o sólo "patio". Por desgracia, se dan varios casos de peligrosa inconsecuencia pastoral salesiana.

Puede ser útil hacer notar también que, en este criterio, tres de los cuatro polos indican aspectos de valoración directamente humana ("casa, escuela, patio"); uno solo está centrado directamente sobre la tarea más caracterizante de la misión, que es la trascendencia de la fe ("parroquia").

Esto me parece significar dos cosas: la primera, que en cada uno de esos polos de valor debe estar presente la visión de fe en el aprecio y en el desarrollo de los valores humanos vinculados con la educación de los jóvenes; la segunda, que la presencia y la importancia de la evangelización no se juzgan materialmente por la cantidad de prácticas piadosas, por las horas de religión o catequesis, y por otras iniciativas de tipo espiritual y apostólico, sino por su calidad, por su influjo, por su incisividad en la formación de las convicciones cristianas. Es evidente que si se suman las actividades que se refieren a los polos "casa, escuela, patio", se obtiene una cantidad de cosas materialmente superiores a las de la "parroquia"; pero estas últimas deben tener una calidad tan vital y permanente, que den su sentido calificado y global a todo el proceso, transformando en "pastoral" toda la actividad oratoriana.

Considero urgente, hoy, aplicar este criterio de renovación a todas nuestras obras apostólicas, para que sean verdadera realización de la misión de don Bosco.

5. El Evangelio desde dentro

Esa modalidad cualitativa y permeante de la fe en la actividad apostólica oratoriana está descrita en una hermosa página de la Carta que ha escrito el Santo Padre para el Centenario de don Bosco; podemos ver en ella también una alusión a esa gracia de unidad que está al centro de nuestras reflexiones. El Santo Padre afirma que don Bosco ha logrado donarse a los jóvenes en forma tan elevada y fecunda, "gracias a una singular e intensa caridad"; es decir, una fuerza de energía interior, que une inseparablemente en él el amor de Dios y el amor del prójimo. Él así alcanza a establecer una síntesis entre actividad evangelizadora y actividad educativa.

Su preocupación de evangelizar a los jóvenes no se reduce a la sola catequesis, o a la sola liturgia, o a aquellos actos religiosos que piden un explícito ejercicio de la fe y a ella conducen, sino que se mueve en todo el vasto sector de la condición juvenil. Se sitúa, pues, por dentro del proceso de formación humana, concedor de su deficiencia; pero, no obstante, optimista acerca de la progresiva maduración, con la convicción de que la palabra del Evangelio debe ser sembrada en la realidad del quehacer cotidiano, para llevar a los jóvenes a comprometerse generosamente en la vida. Puesto que ellos viven una edad peculiar para su educación, el mensaje salvífico del Evangelio los deberá sostener a lo largo del proceso educativo, y la fe llegar a ser elemento unificante e iluminante de su personalidad... El educador se preocupará de ordenar todo el proceso educativo a la finalidad religiosa de la salvación. Todo esto exige mucho más que la simple inserción en el camino educativo de algunos momentos reservados a la instrucción religiosa y a la expresión cultural; trae consigo el compromiso mucho más profundo de ayudar a los educandos a abrirse a los valores absolutos, y a interpretar la vida y la historia según las profundidades y las riquezas del Misterio" (IP 15).

Esta hermosa cita es más que suficiente para iluminar un aspecto tan característico de la pastoral juvenil de don Bosco. Por otro lado, es precisamente connatural a la pedagogía "preventiva" la voluntad educativa de centrar los esfuerzos en hacer crecer el bien. El criterio oratorio privilegia el arte de educar en positivo, proponiendo y dando realce a valores que atraen la atención y los ideales de los jóvenes; es decir, el arte de hacer crecer en los jóvenes el Evangelio "desde dentro", moviendo su libertad, iluminando su inteligencia y entusiasmado sus corazonas.

6. Desafíos pastorales y discernimiento de identidad

Nuestra misión es comunión y participación en la más amplia misión de la Iglesia. Se sigue de ello que también nuestra pastoral deberá ser comunión y participación en la pastoral de las Iglesias particulares en las cuales operamos. Esto querrá decir que, de hecho, la pastoral de la Iglesia en cada territorio tendrá un horizonte global grande, en el cual deberá insertarse la pastoral juvenil de nuestras presencias. Todo esto exige una constante atención a los desafíos pastorales que surgen del propio territorio, siguiendo las orientaciones y tomando en cuenta las prioridades indicadas por los Pastores responsables, y al mismo tiempo la capacidad de un inteligente discernimiento de identidad, para ayudar a responder a los desafíos según las exigencias del propio carisma renovado, en estos años posconciliares, con la reflexión mundial de todo el Instituto. A veces hay quienes interfieren sin estar calificados para ello, o también hay grupos internos de presión que se guían más por interpretaciones de moda que por competencia en la índole propia.

Aquí yo nombro simplemente algunos desafíos pastorales para recordarles que nos interpelan, y que debemos saber afrontar salesianamente (aunque no pueda alargarme al respecto), para despertar la responsabilidad de un serio discernimiento de identidad (no nos faltan, gracias a Dios, los subsidios para ello), y evitar así el enrolarnos ingenuamente en modas desviantes.

He aquí, por ejemplo, cuatro temas de desafío pastoral: "opción por los pobres",

"inserción", "inculturación", "popularización". De hecho, cada uno suele comprender también los otros tres, cambiando de tipo de perspectiva, pero conservando la misma visión hermenéutica de fondo.

Ciertamente, la misión salesiana está llamada a dar una oportuna respuesta a estas urgencias pastorales, pero no necesariamente en el modo presentado por algunos pensadores apresurados y no exentos de ideologías.

Veamos: lo que Puebla llamó "la opción preferencial por los pobres" es presentado por algunos como una lectura sociológica vinculada con ese tipo de "teología de la liberación", que ha sido criticado y rectificado nada menos que por dos Instrucciones de la Congregación de la Doctrina de la Fe.

A su vez, la llamada "inserción" en las poblaciones marginales la describen en forma reductiva y genericista, tanto como para que llegue a ser la praxis de decodificación del actual estilo de vida religiosa, y la condición indispensable de un nuevo modo de formación a la vida consagrada. No tanto como iniciativa de reubicación social, cuanto como nueva óptica para interpretar de otro modo la consagración y la misión.

También la "inculturación" es presentada con un concepto de cultura no objetivo, que hace olvidar como Cristo al encarnarse e inculturarse ha tenido que contrastar a tantos aspectos culturales de su tiempo, como para incluir en su proceso de encarnación nada menos que la persecución, la pasión y la muerte.

En fin, por "popularización" algunos suelen hablar del "pueblo" como protagonista de la historia, con un proyecto propio de liberación y con una sensibilidad mesiánica de su porvenir. Es una visión nebulosa e ideológica que no toma en cuenta la actual complejidad de la sociedad, y la necesidad de la colaboración mutua de todos los estamentos que constituyen, en realidad, el pueblo de un país.

Bueno; aquí no estamos tratando estos desafíos pastorales (que son complejos y exigentes, y que debemos tomar muy en cuenta), sino que, desarrollando el tema de la gracia de unidad, estamos reflexionando acerca del aporte de la misión en la síntesis viva de nuestra consagración apostólica. Hemos querido indicar algunos peligros de moda para insistir en el

relieve que debe ir adquiriendo hoy el constante discernimiento de nuestra identidad. Pero sería falsear su naturaleza, si este discernimiento se ejercitara sólo para criticar los peligros, y no para responder a los desafíos, aunque se presenten, a veces, con ropaje discutible.

Ciertamente, la misión salesiana está nativamente vinculada con una verdadera opción preferencial por los pobres, con una preocupación de ubicación social entre ellos, con una ductilidad cultural de profunda consonancia, y con una dimensión popular que nos distingue existencialmente en la Iglesia de otras vocaciones de tipo (en algún modo) aristocrático: nuestra extracción, nuestras presencias y nuestra acción han sido calificadas siempre de insertas en medios juveniles y populares en un sentido muy concreto, no coloreado con ideologías.

7. La luz y la guía de los Pastores

La misión se traduce en pastoral. La pastoral es guiada por los Pastores. Jesucristo es el inventor de la pastoral; El ha instituido a los Pastores, y los acompaña continuamente con su Espíritu de verdad.

En la actual aceleración de los cambios culturales hace falta más que nunca la orientación y la guía de los Pastores. En efecto, se ha difundido una desorientación intelectual y moral (personal y social) verdaderamente preocupante.

Por eso, el Magisterio de los Pastores se ha intensificado desde el Concilio a los Sínodos, desde las Conferencias a las cartas pastorales, desde las alocuciones papales a los viajes pastorales del Santo Padre en todo el mundo.

Hay riqueza y concreción de orientaciones; por desgracia, no siempre hay suficiente atención y sintonía en varios operadores de la pastoral.

Don Bosco nos enseña, en cambio, a guiarnos constantemente con las directivas calificadas de los Pastores. Es, ésta, una característica indispensable en nuestra manera de realizar la misión.

No olvidemos nunca que la gracia de unidad está constitutivamente vinculada con la dimensión explícita y concreta de "eclesialidad" en la realización de nuestra misión: un solo Cuerpo fundado sobre Pedro y los Apóstoles, y sobre sus sucesores.

VI

LA COMUNIDAD FRATERNAL, COMO ESTILO DE VIDA Y DE ACCIÓN

Desde la óptica de la gracia de unidad cambia la manera de reflexionar sobre la comunidad fraterna: no tanto acerca de los temas clásicos (que, por supuesto, conservan su valor y exigen siempre atenta consideración), sino en vista de la búsqueda de los dinamismos que deben construir y fortalecer la comunión en todo lo que se refiere al propio carisma. La comunidad, entre nosotros, no es pensada en sí misma como la de un monasterio, sino que es considerada como una componente de la síntesis vital de la índole propia; es decir, como un aspecto vivo de una realidad orgánica más amplia, que incide de múltiples modos sobre la misma dimensión comunitaria (y también viceversa).

Vamos a reunir algunas observaciones al respecto: la comunidad vista como fruto y defensa de la gracia de unidad.

1. Un estilo de convivencia y de actividad

Nosotros vivimos la Alianza y la Misión en Comunidad fraterna. La gracia de unidad proyecta sus energías en construir un ambiente propicio para compartir en comunión los valores de la Alianza y de la Misión. Según nuestra consagración apostólica, se mide la autenticidad religiosa de la Comunidad por la capacidad de poner y vivir en común los elementos que proceden de los dos polos que dinamizan desde dentro nuestra índole propia: la amistad de la alianza, y la pastoral como determinación concreta de la misión. La fraternidad crece respirando "juntos" estos valores. La comunión se vive,

se manifiesta y se transmite en la Comunidad, forma concreta de agregación, construida con relaciones visibles y estables.

—Partiendo del polo de la Alianza, se percibe enseguida la absoluta centralidad de la caridad: formamos un solo corazón y una sola alma, no por la carne o la sangre, sino por la potencia del Espíritu del Señor. Por eso, sin continua referencia a Dios de parte de todos, se corre el riesgo (más de una vez constatado) de prescindir de la comunión fraterna. San Pablo lo recuerda explícitamente: "La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente. Cantad a Dios, dadle gracias de corazón con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús" (Col 3, 16-17).

Cuando se descuida la comunidad orante, decrece consecuentemente la comunión fraterna. En efecto, todo el dinamismo de la gracia de unidad parte de un consiente y creciente amor de Dios. Allí está la verdadera fuente de ese espíritu de familia, tan característico en la escuela espiritual de don Bosco, que construye, a la luz de la fe vivida en estilo popular, la unión espontánea de los corazones: "En un clima de mutua confianza y de perdón diario, se siente la necesidad y la alegría de compartirlo todo, y las relaciones se regulan, no tanto recurriendo a la ley, cuanto por el movimiento del corazón y por la fe". Y las Constituciones agregan: "Un testimonio así suscita en los jóvenes el deseo de conocer y seguir la vocación salesiana" (CO 16).

—Y partiendo del polo de la Misión, se entiende enseguida de qué modalidad va a tener que revestirse la comunidad: no un monasterio o un convento (por muy valiosos que sean para otros Institutos de vida consagrada), sino una comunidad apostólica caracterizada por su compromiso en una misión juvenil y popular. “Vivir y trabajar juntos es para nosotros, Salesianos, exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación. Por eso nos reunimos en comunidades, en que nos amamos hasta compartirlo todo en espíritu de familia, y construimos la comunión de las personas” (CO 49).

La renovación de nuestra conciencia en la misión y de nuestra creatividad pastoral tiene uno de los secretos de éxito cabalmente en revitalizar nuestra dimensión comunitaria a nivel de profundidad en la Alianza, y a nivel de responsabilidad pastoral en la Misión.

—Pero el aspecto comunitario toca en profundidad e incide vitalmente también en la Práctica de los Consejos evangélicos. Los tres votos son dinamismos vivos y cotidianos de nuestra comunión fraterna, y están caracterizados existencialmente por la índole propia del carisma de don Bosco. Esto significa que están vinculados en forma peculiar con los dos polos de la Alianza y de la Misión que mueven interiormente la consagración apostólica. La gracia de unidad los toca a ellos también, dándoles un rostro típicamente salesiano.

El mismo orden con que las Constituciones y la Profesión se refieren a los tres consejos, dando prioridad a la obediencia (distinguiéndose en eso de la enumeración corriente), no es simplemente un detalle de fidelidad al uso seguido por el mismo don Bosco, sino una indicación profunda del especial espíritu apostólico propio de nuestra consagración: la obediencia subraya, en efecto, la intensidad de la unión con el Padre en la Alianza, y la concreta y total disponibilidad a la Misión. Como en Jesucristo, Apóstol del Padre, lo central es la intimidad de su filiación y la docilidad al proyecto paterno de salvación.

Toda nuestra consagración es, ante todo, interioridad de alianza, y es generosa actividad y responsable creatividad de hijos obedientes.

Evidentemente, esta característica de nuestra radicalidad se expresa en una forma peculiar de vida comunitaria propia de consagrados apóstoles: valoriza la corresponsabilidad en el proyecto pastoral, y reconoce la importancia del servicio de la autoridad, en un ambiente de espíritu de familia. Así, en nuestra comunidad “el servicio de la autoridad y la disponibilidad para la obediencia son principio de cohesión y garantía de continuidad” (CO 65). Todos obedecen —también el Superior—, desempeñando funciones distintas, porque todos buscan juntos, con espíritu religioso, la realización más eficaz de la misión.

“Cada uno pone sus cualidades y dones al servicio de la misión común. El Superior, ayudado por la comunidad, tiene una responsabilidad especial en el discernimiento de tales dones, y en favorecer su desarrollo y recto ejercicio” (CO 69). Se ve, pues, claramente la importancia que tiene para la comunión fraterna una actitud radical de filiación obediente.

También la pobreza y la castidad son concebidas en la consagración como poderosos dinamismos de vida comunitaria apostólica.

La pobreza es exigida por la Alianza y por la Misión “como desprendimiento del corazón” en relación con los bienes terrenos, para participar “con espíritu emprendedor en la misión” (CO 73). Testimoniamos así el genuino espíritu del Evangelio: “A ejemplo de los primeros cristianos, ponemos en común los bienes materiales...; en la comunidad, el bien de cada uno es bien de todos” (CO 76). Y todo esto, no para pasarlo bien, sino para dedicarse más generosamente a la juventud necesitada: “El espíritu de pobreza nos lleva a ser solidarios con los pobres, y a amarlos en Cristo” (CO 79).

En fin, la castidad da el tono de simpatía y de atracción a un amor familiar y pedagógico, que nos debe caracterizar como hermanos que viven en alegría, y como amigos y padres de los jóvenes, sin concesiones a las mil insinuaciones de la concupiscencia: “Nuestra tradición siempre ha considerado la castidad como virtud radiante y portadora de un mensaje especial para la educación de la juventud” (CO 81).

La comunidad es considerada como el hogar donde cada uno concentra su afecto de alteridad, y donde multiplica su ardor

apostólico para, desde ella, lanzar su amor (vivificado por la gracia de unidad) en un tipo de apostolado pedagógico en el cual es necesario "hacerse amar" para hacer crecer a Cristo en los demás: "La castidad consagrada, signo y estímulo de la caridad, libera y potencia nuestra capacidad de hacernos todo para todos. Desarrolla en nosotros el sentido cristiano de las relaciones personales, favorece amistades auténticas, y contribuye a hacer de la comunidad una familia" (CO 83).

Así la autenticidad de la dimensión comunitaria se vuelve, de hecho, un metro de la vida en castidad, la cual comporta evangélicamente un verdadero crecimiento en la capacidad de amar: el amor del apóstol es un amor casto. "La casa salesiana se convierte en familia cuando el afecto es correspondido, y todos se sienten acogidos y responsables del bien común. En un clima de mutua confianza y de perdón diario, se siente la necesidad y la alegría de compartirlo todo" (CO 16).

La práctica de los Consejos evangélicos, entonces, ayuda fuertemente a vivir la Alianza y la Misión en profunda comunión fraterna al interior de una Comunidad cotidianamente orante y creativamente pastoral. Se trata, pues, de un original estilo de convivencia y de actividad, que asegura y multiplica la interioridad apostólica, con atenta preocupación de saber responder evangélicamente, con don Bosco, a los continuos desafíos de los tiempos.

2. Complementariedad de comunión

La comunidad está compuesta de miembros diferentes por dotes personales (cf. CO 22; 69), por funciones (cf. CO 55, director; 178, consejo local), por características vocacionales (presbítero o coadjutor: cf. CO 44, 45), por modalidades de edad (cf. CO 46), de sensibilidad y de formación. Ser joven o anciano, ser director o encargado de la economía, ser tirocinante presbítero o coadjutor, etcétera, comporta una nota importante y un quehacer que necesita "complementariedad".

Las diferencias se interpretan atendiendo a la comunión. Desde este punto de vista no son un peligro de individualismo, sino un enriquecimiento de la comunidad y, por lo tanto, de todos.

Persona y comunidad, iniciativa y obediencia, responsabilidad individual y pro-

yecto común, ministerio sacerdotal y sacerdocio bautismal, espiritualidad presbiteral y espiritualidad laical, se compenetrarán mutuamente en el "espíritu salesiano" como clima y mentalidad compartidos de toda la comunidad. Evidentemente, esto no se produce mágicamente, requiere la inteligencia, el esfuerzo y la constancia de cada uno, del animador y de todos en conjunto, sin desanimarse por las fallas o por las resistencias de alguno.

La comunidad no está nunca hecha: está siempre en construcción. Se requiere una formación fundamental de iniciación muy sensible a la dimensión comunitaria, y también una adecuada formación permanente que insista al respecto. Tenemos hoy toda la eclesiología conciliar que ha relanzado cabalmente el aspecto de "comunión". Urge ejercitarse en ella; sobre todo, en las comunidades de consagrados, que debieran aparecer en el Pueblo de Dios como "expertos en comunión". Nuestra gracia de unidad florece en la Comunidad: "La caridad fraterna, la misión apostólica y la práctica de los Consejos evangélicos son los vínculos que forjan nuestra unidad, y robustecen continuamente nuestra comunión. Formamos así un solo corazón y una sola alma, para amar y servir a Dios, y para ayudarnos unos a otros" (CO 50).

La expresión bíblica de "un solo corazón y una sola alma" tiene una aplicación especial en la complementariedad entre los socios presbíteros, los coadjutores o Salesianos laicos y los tirocinantes. La importancia y especial significación de los Coadjutores están no sólo en el hecho de que en cualquier comunidad religiosa hay muchas tareas de orden temporal que pueden ser desempeñadas por socios laicos, sino en la característica misma de la misión salesiana, que es simultáneamente promoción humana y evangelización, educación y crecimiento en la fe, introducción al mundo del trabajo y corresponsabilidad eclesial. La pastoral salesiana, en efecto, debe hacer crecer el Evangelio desde dentro de la maduración personal y social. El sujeto que debe realizar esta pastoral es la comunidad, y por eso, en ella debe haber diferencias de competencias, y mentalidades laicales y presbiterales que se complementen en el corazón mismo y en el alma de cada socio, en vista de una acción específicamente "pastoral". El Salesiano presbítero debe tener

una connatural sintonía con la competencia y mentalidad de su colega coadjutor; y éste, a su vez, debe saber armonizarse interiormente con la competencia y la mentalidad de su hermano presbítero. Crece así, en un mismo espíritu, esa criteriología pastoral unitaria ("evangelizar educando") que es característica del apostolado salesiano.

Todo esto tiene particular incisividad en la formación inicial para la dimensión comunitaria, aunque implique una cierta formación diferente, de competencias específicas y de sensibilidad espiritual propia. El presbítero, porque es miembro de una comunidad con una misión peculiar, debe sentir y cultivar en sí mismo la dimensión laical del coadjutor, como aspecto propio también de su ser salesiano; y viceversa, el coadjutor debe sentir y cultivar en sí mismo la preocupación pastoral como aspecto complementario de su competencia de trabajo salesiano.

Repito: no es que todo esto se pueda entregar terminado; es una tarea en continua edificación. Me parece que esto se va realizando; cuanto más haya en cada uno de espíritu de simplicidad, de fraternidad, de corresponsabilidad en la misma misión, tanto mayor comunión.

Entonces, en cada Comunidad hay diferencias vocacionales, personales y funcionales: la comunión consiste en poder volver complementarias todas las diferencias. La complejidad vital es la característica de un organismo que es tanto más perfecto, cuanto más diferenciado; por eso mismo queda habilitado para hacer muchas cosas.

La comunión no está hecha para aplastar y volver unidimensional, sino para hacer circular el mayor número de valores. Ésta es la gran tarea: poner en circulación las dotes, las funciones y las vocaciones.

En este campo hay que esforzarse por hacer entrar en circulación los indispensables valores de la Alianza con Dios: he aquí la comunidad en diálogo con Cristo. Y además, hay que poner continuamente en circulación los valores de la Misión, concretizados en el proyecto pastoral y experimentados en las vicisitudes cotidianas.

Sabemos que la actividad apostólica da el tono a todo, y por eso, la comunión debe centrarse, sobre todo, en lo que la constituye y la desarrolla. Conozco comu-

nidades que una vez a la semana se reúnen para realizar el trabajo pastoral en comunión: la preparación y buena conducción de estas reuniones confiere vitalidad a la dimensión comunitaria. Es reciente esta iniciativa tan fecunda, y conviene intensificarla y perfeccionarla.

3. La dimensión comunitaria:

Síntesis viva de la consagración

Por obra de la gracia de unidad, cada uno de los elementos que componen la consagración religiosa contiene, desde su ámbito, los otros tres: así la especial Alianza, así la peculiar Misión, así la Práctica característica de los Consejos evangélicos, y así, en particular, la Comunidad fraterna.

En esta luz, la dimensión comunitaria se presenta, para nuestra vida apostólica, como la síntesis viva y global de la consagración. No es auténtica, si no es a la vez expresión de la Alianza, de la Misión y de la Práctica de los Consejos. Es una óptica de conjunto que mide la genuinidad salesiana de cada elemento de nuestra Profesión: de allí se juzga la oración, la pastoral, el método pedagógico, la práctica de cada uno de los votos, la sinceridad salesiana de cada vocación, la eficacia de la formación, la renovación del carisma: un testimonio concreto de caridad pastoral que "refleja el misterio de la Trinidad" (CO 49); "anima todos los momentos de la vida: el trabajo y la oración, las comidas y los tiempos de distensión, los contactos y las reuniones" (CO 51).

Es por eso que será tarea prioritaria y muy provechosa dedicarse a incrementar cotidianamente esta dimensión: cada "hermano se compromete a construir la comunidad en que vive, y la ama aunque sea imperfecta: sabe que en ella encuentra la presencia de Cristo" (CO 52).

Si bien es cierto que la misión le da su tono peculiar, la comunidad no se puede reducir a un simple "equipo de trabajo": así no comprendería los otros valores de los grandes aspectos de nuestra consagración.

Le pregunté una vez a un hermano: "¿Cuántos son en tu comunidad?" "Somos siete; pero algunos de mucha edad; no hacen nada." ¡Miren qué respuesta! ¡Cómo si fueran un peso! ¡Ya te llegará a ti también! Los sufrimientos de los an-

cianos y de los enfermos deben volverse un tesoro apostólico.

Evidentemente, estamos en comunidad para trabajar, porque se trata de una comunidad en misión. Pero es, ante todo, comunión de caridad; es una familia, compuesta de los que están sanos, de los que están enfermos, de los que son jóvenes, de los que son ancianos: los que colaboran con su sufrimiento, con su inhabilidad a la acción inmediata, ofrecen un aporte inapreciable a la pastoral. Sabemos que el sufrimiento ha sido en Cristo la expresión máxima de la redención.

Es importante no reducir la comunidad solamente a un equipo de trabajo. Tiene que existir en ella alegría, fraternidad, comprensión, ayuda mutua, exquisita sensibilidad para con los enfermos: de ellos don Bosco decía que son la bendición de nuestras Casas. La inteligencia del Director y de los hermanos trabajadores consiste en hacer participar en la misma tarea apostólica a los hermanos que ya no pueden actuar directamente.

Es éste un testimonio de alta eficacia pastoral. Por lo demás, la esencia de nuestra comunidad es la comunión apostólica. En ella deben convenir, en forma diferenciada, todos sus miembros. La opción comunitaria es una nota carismática propia de nuestra identidad en la Iglesia.

4. Núcleo creador de pastoral

Hemos considerado ya la distinción entre "misión" y "pastoral". La pluriformidad pastoral está ligada directamente a las comunidades locales: la comunidad inspectorial (o provincial), que es local en el sentido de que agrupa un conjunto de presencias apostólicas en una misma región o país, y la comunidad de casa local, ubicada en un territorio definido, con una finalidad pastoral específica (oratorio, centro juvenil, escuela, parroquia, etcétera). Son la comunidad inspectorial y local que constituyen (en mutua armonía) el núcleo generador de adaptaciones pastorales en respuesta a los desafíos concretos de cada territorio. Es el Inspector con su consejo, y es el Director con los hermanos de su casa, que están llamados a formular un proyecto educativo-pastoral que traduzca la misión en una praxis apostólica adecuada al lugar, a los destinatarios concretos, a su cultura y a su

situación sociopolítica. Aquí se mide la interioridad apostólica y la autenticidad del espíritu de don Bosco. En efecto, la comunidad local ha sido enviada a un territorio determinado, con un tipo especial de presencia apostólica, para volverse en él núcleo dinámico capaz de crear pastoral.

Sus miembros deben ejercitarse, por efecto de su misma consagración, en un constante y calificado discernimiento pastoral. Esto implica hacer funcionar apostólicamente la dimensión comunitaria, poniendo en común las fuerzas de la inteligencia y de la fe, los análisis pastorales de la realidad, el conocimiento de los desafíos, las urgencias y las prioridades, las posibilidades concretas y las capacidades del personal según la finalidad propia de la presencia, la elaboración de un proyecto educativo-pastoral como proyección metodológica de la misión. Como se ve, el discernimiento pastoral requiere agudeza de observación apostólica, inventiva para programar respuestas, ardor de Alianza y entusiasmo operativo en fidelidad a la propia Misión.

Dinamizar así nuestra dimensión comunitaria es hacer obra fundamental de renovación. Las comunidades se habían sentado, con una actitud de repetición rutinaria que no respondía adecuadamente a los requerimientos de la juventud. La urgencia de una nueva evangelización viene a despertar a cada comunidad apostólica, para dar nuevo sentido evangelizador a su comunión fraterna, como revitalización de su profesión religiosa.

5. Comunidad abierta y animadora

La renovación misionera de la comunidad trae consigo para sus miembros toda una fecunda tarea animadora, que abre la comunidad a horizontes apostólicos más amplios.

El ser núcleo creador de pastoral comporta para la comunidad, como consecuencia natural, la necesidad de volverse "animadora".

¿Animadora de quiénes? De otros que no son simplemente sus miembros. Baste pensar en la "comunidad educadora", que incluye a tantos colaboradores en las diferenciadas tareas educativo-pastorales; no parece que este aspecto haya llegado ya a un funcionamiento satisfactorio. Pen-

semos en la Familia Salesiana (cf. CO 5), hacia cuyos grupos la comunidad tiene especiales responsabilidades: Galileo tal vez diría "eppur si muove"; pero la tarea que queda por hacer —sobre todo, con respecto a los fieles-laicos (si es que se mueven)— está sólo en sus inicios (y esto, por desgracia, no en todas partes). Estamos esperando el documento pontificio sobre el tema del último Sínodo de los Obispos (1987): nos ayudará a mejorar e intensificar la animación.

Aquí lo que importa percibir es que esta animación forma parte vital de nuestra comunión apostólica; es decir que sin ella la comunidad no hace fructificar su gracia de unidad en la realización de la misión. No se trata, simplemente, de un artículo de los Reglamentos o de las Constituciones, sino de un aspecto vital de la consagración salesiana.

Nuestra dimensión comunitaria no está encerrada en casa, porque procede de una gracia de unidad que nos enriquece con una caridad pastoral que es capacidad de convocar, de comunicar, de envolver a otros. Siempre fue así, desde los tiempos de don Bosco. Ha sobrevenido un período de demasiada institucionalización escolar o de genericismo parroquial, que ha reducido el significado comunal (en una misma Alianza y en una misma Misión), y ha frenado la corresponsabilidad apostólica en la misión juvenil y popular, dejando languidecer las Asociaciones de los Cooperadores y de los Exalumnos. Y pensar que la misión salesiana es tan grande hasta volverse imposible sin un número incalculable de colaboradores. Don Bosco se sintió como investido por el Señor de una misión universal para toda la juventud necesitada. Era magnánimo, soñador, buscador incansable de vocaciones y de colaboradores. No podemos quedarnos tranquilos, como si comunidad religiosa significara para nosotros prescindencia de concreta animación de la Comunidad educadora, de la Familia Salesiana, de muchos fieles-laicos. Debemos saber contagiar espiritualmente y ofrecer perspectivas apostólicas a tanta gente que tiene buena voluntad, y espera que alguien la invite a trabajar y le muestre campos concretos de acción.

Hay quien se defiende de este estímulo grave y urgente lamentándose de que falta personal. No hay duda que el personal es hoy insuficiente; pero lo que falta, en

verdad, es la interioridad apostólica y el ardor inventivo de la caridad pastoral.

Yo no diría —como alguien se ha atrevido a afirmarlo— que hoy la falta de personal es como una gracia de Dios para despertar a los consagrados dormidos (para algunos puede también que lo sea), sino que es como un llamado del Señor a tomar en serio la eclesiología del Concilio, según la cual los fieles-laicos no son el arma secreta en caso de falla del clero y de los religiosos, sino protagonistas junto con ellos de la realización en el mundo de la misión del Pueblo de Dios.

Para ello, sin embargo, la comunidad animadora debe renovar su ritmo de vida, revisar sus capacidades pastorales, adquirir o profundizar competencias de formación espiritual y apostólica para tantos operadores, que el Espíritu del Señor pone a disposición como un nuevo vasto sector vocacional de seguimiento de Cristo y de corresponsabilidad apostólica.

Urge reelaborar en este sentido el proyecto educativo-pastoral.

Las reestructuraciones de las obras (a nivel provincial y local), ¿han tomado en cuenta este llamado? Y hay tantas y tan claras indicaciones de parte de los Capítulos Generales y del Rector Mayor (por ejemplo, ACG, n. 317, 318 y 321).

¿A quiénes se suele designar como delegados para la animación de los Cooperadores? ¿Y a quiénes (diferentes), para la de los Exalumnos? Los dos grupos tienen, en verdad, que recorrer órbitas diferentes. Tenemos casi mil parroquias en el mundo; pero vayan a ver qué tipo de asociaciones tienen; no se ha sabido revitalizar los aspectos carismáticos de nuestra índole propia. Y donde haya delegados válidos, ¿qué participación y apoyo hay de parte de la comunidad misma? Y, sin embargo, es ella el sujeto primero de nuestra alianza y de nuestra misión.

Aquí nos encontramos con un verdadero reto para la identidad de nuestra comunidad apostólica.

Entonces, una comunidad salesiana "abierta"; abierta a los colaboradores, a la Familia Salesiana, a los fieles-laicos; abierta también a los signos de los tiempos y a la sociedad. En particular, cada comunidad local abierta a la comunidad provincial, donde reside la primera responsabilidad directa de la pastoral. En cada Inspectoría (o Provincia) está el proyecto global de cada una de las obras

en su pluriformidad de intervención; así, en cada obra es necesario el vínculo con el proyecto global para poderlo realizar y adecuar continuamente a las situaciones cambiantes. Por lo demás, nuestra comunidad originaria es precisamente la Inspectoría. Con la profesión religiosa nosotros nos incorporamos a la Congregación (se lo decimos al Rector Mayor en la fórmula) a través, de hecho, de una comunidad inspectorial.

Conversando una vez con un Padre benedictino, me decía:

—Nosotros tenemos el voto de estabilidad, estamos vinculados definitivamente con un monasterio; para cambiar de monasterio necesitamos un permiso de la Sede apostólica.

—Nosotros, en cambio —le agregaba sonriendo yo—, tenemos más bien una especie de voto de movilidad; nuestra obediencia es así: no entramos a una casa local, sino a una comunidad más amplia, la de la provincia, para así formar parte de la comunidad mundial; el Provincial puede cambiar de una casa a otra, y el Superior general, de una provincia a otra; la obediencia nos hace disponibles a la misión con ductilidad de destinación.

Esta abertura no es un cuento, y es muy interesante; exige una interioridad que le dé un sentido muy concreto a la comunión fraterna.

6. Organicidad y eclesialidad de la dimensión comunitaria

La comunión fraterna implica igual dignidad, y mutua estima y comprensión entre cada uno de sus miembros; la base de esta igualdad es la común profesión religiosa. El espíritu de familia da sentido de hogar y de mutua cordialidad a la convivencia y a todas las expresiones de comunión. Esta hermosa y alegre fraternidad no se traduce en un falso democraticismo desconecedor de las mediaciones orgánicas necesarias para la vida de comunidad. Lo que hemos reflexionado acerca de la complementariedad de las funciones tiene aquí su aplicación. En particular, desarrolla un papel verdaderamente vital (de interpretación concreta de la gracia de unidad y de las exigencias de la caridad pastoral) el primer animador de la comunidad, que es el Director:

¡anima y gobierna! En su función de servicio está el secreto principal del crecimiento en la comunión fraterna. Debe poseer corazón pastoral, competencia animadora, sentido agudo de la misión concreta de la obra, conocimiento y amistad con las personas de sus hermanos, preocupación por la comunidad educadora, por la Familia Salesiana, por la promoción de los Cooperadores y de los Exalumnos, sensibilidad constantemente renovada de la realidad pastoral de la Iglesia local. Debe saber estimular y mover la comunión fraterna en todas direcciones; sobre todo, debe sobresalir en él la característica de la eclesialidad, para que sea vivida por todos sus hermanos como la vivió don Bosco.

En efecto, la comunidad debe estar abierta, sobre todo, a la Iglesia local, donde se elabora la pastoral concreta de un territorio. Nuestra misión es, por definición, participación en la misma misión de la Iglesia. Por consiguiente, cada una de nuestras presencias apostólicas debe ser pensada como una manera salesiana de participar en la tarea pastoral de la Iglesia particular en que se inserta una obra, como portadora del carisma de don Bosco.

Y como en la Iglesia el aspecto de "particularidad" es inseparable del de "universalidad" (son dos aspectos siempre unidos en cualquier porción de la Iglesia: no existe ni existió nunca una Iglesia universal que no fuera también particular, y viceversa), nos corresponde testimoniar en cada lugar algunos elementos específicos que subrayan la universalidad de la Iglesia: en especial, el fundamental ministerio petrino, y la comunión mundial más allá de las culturas locales.

Todo esto no es abstracto, sino que se encarna en determinados aspectos pastorales que son característicos de la metodología apostólica de don Bosco, como la adhesión convencida al Sucesor de Pedro, la importancia orientadora dada al magisterio de los Pastores, el aspecto eclesial de la devoción a María, la disponibilidad a las iniciativas interculturales.

Son todas notas que indican la abertura de una comunidad salesiana, en la cual la animación de la comunión fraterna debe adquirir siempre más características auténticamente eclesiales, en plena sintonía con los dos aspectos de Iglesia particular y de Iglesia universal.

7. El Director de la Comunidad

Reflexionar sobre el servicio del Director desde la óptica de la comunidad fraterna es centrar con exactitud su función pastoral. La gracia de unidad requiere, a nivel comunitario, este servicio, para hacer circular en la comunidad fraterna los valores de la Alianza, de la Misión y de los Consejos evangélicos. La pastoral debería resultar como fruto de esta comunión, en respuesta a los desafíos de la realidad. El Director "es padre, maestro y guía espiritual"; está dedicado a animar una comunidad apostólica; sigue a cada hermano en su compromiso vocacional y pastoral; "representa a Cristo, que une a los suyos..., extiende su solicitud a los jóvenes y los colaboradores, para que crezcan en la corresponsabilidad de la misión común" (CO 55).

Le ayuda y lo sostiene en su función el Inspector con su Consejo. Las Constituciones afirman con claridad que "el Inspector y el Director, como animadores del diálogo y la participación, guían el discernimiento pastoral de la comunidad, para que camine unida y fiel en la realización del proyecto apostólico" (CO 44).

Es, pues, una función muy importante la del primer animador de la comunidad; está enraizada en la constitución misma de la índole propia, porque está al servicio del funcionamiento de uno de los aspectos de la misma consagración apostólica: la vitalidad de la comunión fraterna. El Director es un especial servidor de la gracia de unidad a su nivel de práctica pastoral. No puede ser un factótum de la comunidad, metido en todos los quehaceres (aunque es ciertamente un servidor), sino que debe tener la inteligencia de hacer funcionar pastoralmente a sus hermanos, despertar en todos el "corazón oratoriano", y guiarlos en la elaboración

y en la realización del proyecto educativo-pastoral.

Para ello debe también reflexionar y estudiar, conocer las orientaciones vivas del Magisterio y de la Congregación, participar en determinadas reuniones de preocupación pastoral.

En particular, entre nosotros, debe cultivar y desarrollar una verdadera interioridad presbiteral. En efecto, don Bosco ha querido que entre nosotros (como hemos visto) la comunidad apostólica fuera animada y guiada por alguien que viva con intensidad la gracia y los carismas de la ordenación sacerdotal. "La autoridad, en la Congregación —dicen las Constituciones—, se ejerce en nombre y a imitación de Cristo... Las comunidades tienen como guía a un socio sacerdote que, por la gracia del ministerio presbiteral y la experiencia pastoral, sostiene y orienta el espíritu y la acción de los hermanos" (CO 121).

Así entra en la función del primer animador la triple preocupación pastoral del "ministerio de la Palabra", del "cuidado de la santificación" y de la "responsabilidad de la conducción", para que la comunión de los hermanos se vuelva de verdad un núcleo generador de pastoral juvenil y popular.

¡María, que guió a don Bosco en su peculiar modo pastoral de realizar la misión, obtenga luces y energía para renovar la función del Director en las comunidades salesianas!

Sólo así la comunión fraterna será expresión verdadera de nuestra profesión.

La comunidad es, en efecto, elemento constitutivo de nuestra consagración: no es simplemente un objetivo pedagógico de observancia. Su característica es la comunión que hace circular los grandes valores de nuestra índole propia; es el hogar en que se inserta, vive y se desarrolla la gracia de unidad.

VII

LA PRÁCTICA DE LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS, COMO TOTAL DONACIÓN DE SÍ

Hemos llegado a la consideración del cuarto elemento de nuestra consagración apostólica: la Práctica de los Consejos evangélicos (CO 3). Es impropio afirmar que está en el último lugar; es tan importante como los otros elementos, y debe ser vivido en sintonía con ellos: no en forma genericista, sino como lo vivió don Bosco.

La Práctica de los Consejos consiste en la donación total de sí a Cristo a través de una radicalidad de obediencia, pobreza y castidad, según el proyecto evangélico de don Bosco.

Consideramos esta Práctica como la estructura portante que da fuerza, sostiene y defiende la gracia de unidad con sus frutos. Es elemento constitutivo de la misma consagración.

Naturalmente, aquí no reflexionamos sobre cada uno de los votos en particular, sino que trataremos de dar de ellos una visión de conjunto en el cuadro global de nuestra interioridad apostólica.

Empecemos recordando las palabras del apóstol Pablo a los Filipenses: "He dejado de lado todas estas cosas (independencia, riqueza, matrimonio) con el fin de ganar a Cristo, porque yo mismo he sido conquistado por El" (Flp 3, 8-12).

Esta explosiva expresión nos hace tocar el punto central de nuestra opción de vida: hemos optado radicalmente por Jesucristo. La Práctica de los Consejos nos conduce con seguridad por el camino del seguimiento del Señor. Este camino lo hemos empezado en el Bautismo, y lo hemos llevado a su expresión de totalidad en la Profesión religiosa. La emisión de los votos según las Constituciones asegura el crecimiento de la gracia de unidad, alejando los obstáculos que pueden fre-

nar la perfección de la caridad. Nosotros queremos ¡hacerlo todo "desde Cristo"!

1. El inmenso aporte de la Práctica de los Consejos

La primera observación que nace espontánea de la consideración de este elemento es que en él viven y crecen los otros. Es un fruto muy benéfico de la gracia de unidad. Es esta gracia que hace que cada uno de los cuatro elementos esté contenido en los otros, cada uno robustezca y caracterice los otros desde su especificidad, cada uno tenga sentido concreto en intercomunicación con los otros.

En este sentido, la Práctica de los Consejos aporta vitalidad y riquezas especiales. Es, en efecto, el testimonio existencial permanente, visible y radical de la opción por Cristo. Comporta un estilo de vida que no se explica sino por Su misterio. Da un tono especial, o sea muy original y distinto de toda otra motivación humana (parental, afectiva, cultural, política, humanitaria, etcétera), porque juzga, proyecta y actúa partiendo siempre desde Cristo, asimilando su verdad, compartiendo su visión e imitando su metodología de intervención.

— La Práctica de los Consejos enriquece inmensamente todo el ámbito de la Alianza: la obediencia profundiza la intimidad de la filiación, la pobreza desarrolla el sentido de la trascendencia de la confianza y de la disponibilidad, la castidad asegura la autenticidad del amor y la generosidad del corazón. Así la unión con Dios, fruto de la Alianza, se vuelve existencialmente continua, y hace repetir con con-

vicción al consagrado: "Estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni presente, ni futuro, ni criatura alguna, podrá apartarme del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Rom 8, 38-39).

— La Práctica de los Consejos enriquece también la *Misión*: la obediencia precisa el ámbito de la acción apostólica, empeñando las iniciativas de una libertad totalmente entregada a ello; la pobreza orienta al servicio de los pobres, y desarrolla la solidaridad con ellos, y la castidad reviste de atracción y de simpatía el método pedagógico-pastoral de la bondad. Así la pastoral, fruto de la Misión, se vuelve, para los destinatarios, dedicación generosa y creativa, preocupación realista de los más necesitados, y convivencia familiar de diálogo salvador: "Los Consejos evangélicos, al favorecer la purificación del corazón y la libertad de espíritu, hacen solícita y fecunda nuestra caridad pastoral: el Salesiano obediente, pobre y casto, está en condiciones de amar y servir a quienes le confíe el Señor; sobre todo, a los jóvenes pobres" (CO 61).

— En fin, la Práctica de los Consejos enriquece vitalmente la *Comunidad fraterna*: la obediencia sustenta la organicidad apostólica, y crea un clima de convivencia en la realización del proyecto educativo-pastoral; la pobreza facilita la total comunión de bienes y la alegría de la igualdad, y la castidad destierra los individualismos, y convoca a ser familia con un solo corazón y un alma sola. Así la convivencia familiar, fruto de la comunión fraterna, y la cohesión comunitaria en la acción pastoral, quedan robustecidas en gran manera. "La profesión de los Consejos —aseguran las Constituciones— nos ayuda a vivir la comunión con los hermanos de la comunidad religiosa, como en una familia que goza de la presencia del Señor" (CO 61).

Las Constituciones precisan más detalladamente el aporte inestimable de la Práctica de los Consejos.

Ella trae consigo una peculiar participación en el evento pascual de Cristo, que es el centro de la historia de la salvación: "Participamos más íntimamente en el misterio de su Pascua, en su anodamiento y en su vida en el Espíritu" (CO 60).

Hace más convincente e incisiva la obra de evangelización: "En un mundo tentado por el ateísmo y por la idolatría del placer, de la posesión y del poder, nuestro modo de vivir testimonia —especialmente, a los jóvenes— que Dios existe, y su amor puede llenar una vida; y que la necesidad de amar, el ansia de poseer y la libertad para decidir de la propia existencia, alcanzan su sentido supremo en Cristo Salvador" (CO 62).

La Práctica de los Consejos hace, además, que el consagrado se vuelva "un signo de la fuerza de la resurrección" (CO 63); es decir, un testigo y un fermento de la escatología cristiana, que mueve la esperanza a mejorar y a transformar continuamente las condiciones del orden temporal con el compromiso y el horizonte de un dinamismo cristiano, que tiende al definitivo Reino de Dios: "Los Consejos evangélicos, al orientar todo su corazón (del consagrado) hacia el Reino, le ayudan a discernir y a acoger la acción de Dios en la historia; y en la sencillez y laboriosidad de cada día lo transforman en educador que anuncia a los jóvenes *un cielo nuevo y una tierra nueva*, y, de ese modo, aviva en ellos los compromisos y el gozo de la esperanza" (CO 63).

2. Contestación evangélica de actualidad

La Práctica de los Consejos evangélicos infunde en la consagración los valores de un testimonio existencial que interpela al mundo circundante. Al considerar el tipo de vida y la calidad de la acción de una comunidad consagrada, cualquier observador está como obligado a buscar una explicación a un fenómeno tan poco en consonancia con los instintos humanos; y los destinatarios con quienes la comunidad convive, deberán llegar pronto o tarde a plantearse la cuestión del misterio de Cristo.

La gracia de unidad florece así en una consagración apostólica que se vuelve provocación y fermento en la vida de los hombres, en su cultura, en sus vicisitudes, en el discernimiento de los valores y de los disvalores que acompañan los signos de los tiempos. Por desgracia, en efecto, se vuelven moda no pocos disvalores que distorsionan el válido crecimiento en humanidad traído por estos signos de los tiempos; y los Consejos evangélicos aparecen

como una pacífica y formidable contestación, que toca los resortes más profundos de aquellas inclinaciones humanas que favorecen los disvalores en circulación.

Y si no fueran contestación evangélica los tres votos de los consagrados (que se cuentan por centenares y centenares de miles), ¿qué otra cosa sería contestación en el cristianismo? Y bien; la gracia de unidad, a través de esta práctica, infunde el coraje de una sabia y terapéutica contestación frente a las desviaciones y a ciertas modas pecaminosas en los ambientes de la actual sociedad; sobre todo, en relación a los jóvenes.

Los actuales procesos socioculturales traen una abundante novedad de problemas. Son impulsados por los signos de los tiempos, los cuales necesitan atento discernimiento, porque traen, de hecho, valores y disvalores. Cada uno de ellos, siendo ambivalente, comporta en la práctica, para la vida sociocultural, no pocas desviaciones.

Podemos pasar en reseña las principales:

El *proceso de secularización* desarrolla una madurez crítica y una capacidad científica; pero cae en un secularismo muy dañino y ciego, porque no reconoce la presencia y la intervención del Espíritu Santo en la historia; en definitiva, niega la importancia de Jesucristo. De esto se sigue un cúmulo de desviaciones, que exigen nada menos que toda una nueva evangelización. En semejante clima, los Consejos evangélicos son para el mundo una contestación muy concreta.

El *proceso de personalización*, impulsado por el progreso de las ciencias antropológicas, pone de relieve tantos elementos positivos: la importancia de la persona, el Yo profundo, los resortes de la libertad, la metodología de maduración, etcétera; pero favorece un crecimiento de antropocentrismo que hace de la persona humana un absoluto; así se desvía de la interpretación cristiana de la naturaleza del hombre y de su libertad; la realización de la persona es mirada sólo en la línea horizontal de sus inclinaciones; y así no se puede entender a Jesucristo, cuando dice: "No se haga mi voluntad, sino la tuya". Y, en cambio, es precisamente esta actitud de la libertad la que está al centro de la Práctica de los Consejos. Esto es muy importante recordarlo

—sobre todo, en los años de formación—; hacerles entender a nuestros jóvenes, imbuidos del clima circundante, que la contestación evangélica de los votos ennoblecce la libertad, desarrolla la persona en el amor, y la abre a un servicio de bien para los demás.

El *proceso de socialización* nos habla de participación, de comunión, de corresponsabilidad, de protagonismo: bendito sea Dios, que ha llegado este proceso de mayor participación y comunión. Pero hay que tener cuidado con las interpretaciones de tipo democrático o colectivista, o sea de tipo ideológico. Basta que miremos los dos polos opuestos de las ideologías que guían a las grandes sociedades de hoy: crece la conflictualidad, y se acaba el misterio. La comunidad religiosa se puede volver una corporación o una pequeña democracia horizontal, sin funciones complementarias, sin jerarquización, sin organicidad. Eso no está en sintonía con el misterio de la Iglesia. No interpreta, en especial, esa célula del misterio de la Iglesia que es nuestra comunidad religiosa, centrada toda sobre la obediencia de la fe. Los Consejos evangélicos son una contestación a semejante mentalidad ideológica, mientras enaltecen en otra forma, más profunda, más duradera y más incisiva, la comunión y la participación.

El *proceso de liberación* despierta a los pueblos que están en situaciones de dependencia, de injusticia, para llevarlos a un nivel de fraternidad mundial y de participación en los bienes que Dios ha creado para todos. Vemos, empero, que hay interpretaciones de tipo no cristiano y de signo ateo, que excluyen a Dios y desprecian la metodología del Evangelio; el motor de la historia sería lo contrario de lo que dijo Jesucristo: no el amor, sino el odio, la lucha violenta, la guerra. Además, lo político-económico sería el valor supremo para juzgar las actividades y las opciones. La Práctica de los Consejos, mientras promueve tantos valores de este proceso, contesta evangélicamente sus peligrosas desviaciones.

El *proceso de inculturación* abre grandes horizontes positivos en favor de lo auténticamente humano en la tradición de cada pueblo; pero tiene el peligro de absolutizar las culturas así como son. La cultura no es un absoluto: la cultura es fruto de la actividad de los hombres, y

evidentemente, cuanto más antigua, menos tiene de Evangelio, y también menos de sensibilidad a los signos de los tiempos. No existe ninguna cultura sin defectos y sin errores; absolutizarla, quiere decir adecuarse en todo sin discernimiento, encerrándose en ella como en una jaula. No puede ser ésa la verdadera inculturación. Si uno practica los Consejos evangélicos, se da cuenta de que, en la cultura donde vive, debe discernir: asumir todo lo positivo; pero, además, aporta la luz de Jesucristo para purificar, sembrar, desarrollar.

Es importante y actual, entonces, el coraje de la contestación evangélica de los Consejos frente a la aceptación, por un lado, de los signos de los tiempos, y por otro, de una crítica de las desviaciones que los acompañan.

Como hemos visto, la Práctica de los Consejos es signo de la energía de la resurrección, fruto de la Pascua en nosotros. Con ellos podemos proclamar la presencia del Espíritu Santo, y construir concretas profecías de renovación para los jóvenes.

3. Estructura portante y discreta

La Práctica de los Consejos es inherente a toda vida religiosa, como seguimiento radical de Cristo. Comporta toda una metodología ascética, que caracteriza las comunidades de consagrados; ellas se centran totalmente en Dios, "amado sobre todas las cosas", con el compromiso de "llevar una forma de vida íntegramente fundada en los valores del Evangelio" (CO 60). Lo dejan todo por amor de Cristo (cf. Mc 10, 28). Lo siguen como a único Maestro indispensable (cf. Mt 19, 21; Lc 10, 42), auscultan atentamente su palabra (cf. Lc 10, 39), y se dedican generosamente a las tareas del Señor (cf. 1 Cor 7, 32).

Todo esto viene a reforzar la primacía de la interioridad apostólica que brota de la gracia de unidad. Evidentemente, el aspecto ascético de renuncia, por voto, tiene un espesor no pequeño en este tipo de vida; pero de ello hablaremos aparte.

El Concilio Vaticano II afirma explícitamente que "la profesión de los Consejos evangélicos, aunque trae consigo la renuncia a bienes ciertamente muy apreciables, no se opone al verdadero desarrollo de la persona humana, sino que por su misma naturaleza le es de extraordinaria ayuda. En efecto, los Consejos profesados

voluntariamente según la vocación personal de cada uno, aportan mucho a la purificación del corazón y a la libertad espiritual; mantienen permanentemente encendido el fervor de la caridad, y, sobre todo, infunden la energía de conformar mejor al cristiano con el género de vida virginal y pobre, que Cristo el Señor escogió para sí, y que su Madre, la Virgen, abrazó. Ninguno piense que los religiosos, con su consagración, se vuelvan extraños a los hombres o inútiles en la ciudad terrena" (LG 46).

El aspecto de renuncia es, sin duda, efectivo y exigente; pero es dinamizado por algo muy positivo, que es el objeto propio de un testimonio tan radical.

Y viene aquí una reflexión particularmente interesante que nos ofrece don Bosco mismo. La gracia de unidad requiere en nuestra índole propia que la práctica de los votos sea de verdad una fuerte estructura portante de nuestra consagración; pero es una estructura, no de fachada, sino de sostén, casi escondida, como el esqueleto que sostiene nuestro organismo. Nosotros no hacemos alarde de renuncia, pero la practicamos. Estamos llamados a hacer alarde de fe, de esperanza y de caridad, de trabajo y de templanza. En la conmemoración centenaria del sueño de los diez diamantes me ha tocado predicar al Capítulo General de las HMA; me pidieron comentar el sueño; salió de ello un libro, y lo creo útil para todos nosotros.

Sabemos que entre los sueños de don Bosco hay que hacer más de un discernimiento; pero no pocos de ellos tienen, de hecho, mensajes iluminadores y proféticos. Por ejemplo, los sueños misioneros; yo he podido comprobar su misteriosa validez dando vueltas por el mundo. No bastan las explicaciones oníricas de Freud o de algunos estudiosos; hay que pensar en el significado de los sueños de la Biblia. De este sueño, en particular, digo que tiene un especial valor para la interpretación de nuestro espíritu; don Bosco estaba convencido de ello, y nos dice con él cómo tenemos que considerar nuestra vida espiritual. Si en lugar de ser un sueño fuera una simple conferencia, sería igualmente importante; pero es un "sueño" de don Bosco, que les interesó mucho a él y a las primeras generaciones.

Don Rinaldi ha dado una explicación profunda, con especiales perspectivas para

nuestra interioridad. La Práctica de los Consejos evangélicos (en su aspecto de renuncia) no está puesta, digamos así, en el frontispicio de nuestra vida consagrada para que todos la miren. En el frontispicio de nuestras Casas debería estar escrito: aquí vive gente buena, generosa, amiga de los jóvenes, trabajadora; aquí vive gente dedicada a amar y a servir. Frente al mundo deben brillar los diamantes que están en el pecho del personaje del sueño: "fe", "esperanza" y "caridad", junto a mucho "trabajo y templanza". La estructura portante de los votos debe, sobre todo, hacer brillar el diamante de la caridad puesto sobre el corazón; la luz que ilumina y atrae debe ser proyectada por la caridad pastoral.

Es hermosa esta visión; en ella se describe nuestro rostro "social". Nuestro testimonio apostólico necesita que los jóvenes y la gente nos vean como a personas normales, atrayentes, llenas de amor e ilusionadas por Cristo, que se dan a los demás; que trabajan todo el día; personas que saben dominar sus pasiones, entusiasmadas en la evangelización y educación de la juventud.

Hemos visto que la gracia de unidad está íntimamente vinculada con la caridad pastoral. Lo que se pone, digamos así, en vitrina (por este sueño), son los diamantes de las virtudes teologales, acompañadas de mucha actividad apostólica y de dominio de sí. Por supuesto, los otros diamantes son también absolutamente indispensables; si uno cree que porque no se exhiben en el rostro, pasan a ser secundarios, se equivoca. Sin ellos, en efecto, no existe o no es duradera la luz del amor; son estructura portante, aunque desempeñan su papel indispensable en modo discreto, pero plenamente evangélico y eficaz.

Es una originalidad del sueño de don Bosco. En la disposición de los diamantes, puestos en la parte posterior, se ve un cuadrilátero que parece una fortaleza: asegura y defiende la totalidad de la visión. Un cuadrilátero que tiene en el centro, como diamante rector hacia el cual convergen los rayos de los demás, el de la obediencia. Se habló de que don Bosco tenía la obsesión de la castidad; vean, en cambio, cómo don Bosco pone en el centro de la estructura portante la obediencia.

En una reciente y ponderosa obra de von Balthasar sobre los estados de la vida cristiana, se encuentra una valiosa justificación doctrinal de la centralidad de la obediencia en Cristo, explicación de toda su psicología filial.

En el cuadrilátero del sueño la obediencia está acompañada por la castidad y la pobreza, junto con la mortificación y el ayuno; es decir, toda una conducta ascética que implica cuidado cotidiano y práctico del amor; un conjunto de renunciaciones e iniciativas de dominio de las pasiones que aseguran el aspecto de vitalidad de las virtudes teologales.

Además, en el sueño, se agrega a estos aspectos la conciencia cotidiana del premio: sabemos que también en la pedagogía de don Bosco la visión escatológica del Paraíso era particularmente familiar en una mentalidad de fe capaz de trascender las realidades terrenas (cf. Egidio Viganó, *Un progetto evangelico di vita attiva*, Torino, LDC, 1982).

Les voy a regalar a cada uno copia de este libro. Mientras tanto, les leo una paginita, para hacer captar mejor en qué sentido hablamos de los votos como estructura portante y discreta:

"Nosotros hemos nacido en la Iglesia, no para aparecer como *frailes y monjas* (NB.: ¡en el sentido de la mentalidad corriente de la gente!) —he aquí una de nuestras originalidades—, sino para ser un grupo de consagrados públicamente en la Iglesia, con características insertadas en una sociedad en proceso avanzado de secularización. Consideremos las palabras que Pío IX dijo a don Bosco, cuando lo orientó en la obra de fundación de nuestra Sociedad Salesiana; se encuentran en el tomo XIII de las *Memorie biografiche*, págs. 82-83: «Creo de revelarles un misterio —dijo el Papa a nuestro Fundador—. Yo estoy seguro de que esta Congregación ha sido suscitada en estos tiempos por la Providencia divina, para mostrar la potencia de Dios: estoy seguro de que Dios ha querido tener escondido hasta ahora un secreto importante, desconocido en otros siglos y en otras Congregaciones antiguas. Su Congregación es la primera en la Iglesia, de tipo nuevo, hecha surgir en estos tiempos en tal forma que pueda ser una Orden *religiosa y secular*, que profese el voto de pobreza y al mismo tiempo posea, que tome parte en el mundo y en el claustro, cuyos miembros sean

religiosos y seculares, claustrales y libres ciudadanos... Ha sido instituida para que se vea y sea posible dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César»." (E. Viganó, obra cit., pág. 46.)

Se trata de expresiones dichas en el siglo pasado, y que deben ser releídas hoy dentro de la nueva órbita conciliar, pero que expresan a la vez la indispensabilidad de la Práctica de los Consejos evangélicos, y una verdadera novedad de estilo en la manera de testimoniarlo en el actual devenir sociocultural.

4. Una radicalidad totalmente empapada de caridad pastoral

Nuestra manera peculiar de practicar los Consejos evangélicos no es de suyo fácil: exige una concreta y constante metodología de fidelidad, que va unida a una robusta interioridad.

Las reflexiones que estamos haciendo acerca de la gracia de unidad nos llevan cabalmente a subrayar la fecunda circulación interior entre la caridad pastoral, que dinamiza positivamente los votos, y la práctica de ellos, que robustece y concretiza la caridad pastoral, y la concentra vitalmente en el misterio de Cristo. Sin caridad pastoral, nuestros votos no son expresión de consagración apostólica; y sin los votos, no es auténtica ni perseverante, en nosotros, la caridad pastoral.

No se pueden separar entre ellos (como ya hemos visto) los varios aspectos de nuestra consagración; pero la acción del Espíritu, que es la fuente permanente de la gracia de unidad, tiene una peculiar manifestación en la mutua compenetración entre Alianza y Práctica de los Consejos, entre Misión y Práctica de los Consejos, entre Comunión fraterna y Práctica de los Consejos. El amor de caridad es el alma de todo: motiva la emisión de los votos; su puesta en práctica conduce a la intensificación del amor (cf. LG 44). El amor es la plenitud de la ley (cf. Rom 13, 10) y el vínculo de la perfección (cf. Col 3, 14); por el amor nosotros pasamos de la muerte a la vida (cf. Jn 3, 14). El decreto conciliar sobre la renovación de la vida religiosa afirma que "la consecución de la caridad perfecta con los Consejos evangélicos tiene su origen en la doctrina y en los ejemplos del Maestro divino, y se muestra cual signo muy claro del Reino de los cielos" (PC 1).

¿Qué se deduce de ello? Puesto que la Práctica de los Consejos es una cosa muy concreta y cotidiana, se deduce que podemos medir la intensidad de nuestra caridad pastoral con la autenticidad de nuestra práctica evangélica de la obediencia, de la pobreza y de la castidad. Si la verdad de nuestro amor está en el seguimiento de Cristo, es evidente que la radicalidad de los Consejos mide el camino que se va recorriendo con El día a día. Y es paradójica la expresión máxima del amor proclamada por la Epístola a los Filipenses: Cristo, "en su condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz" (Flp 2, 8).

La explicación de los votos, como renuncia y vaciamiento de sí, es la afirmación máxima del verdadero amor cristiano: la obediencia es amor filial, la pobreza es amor fraterno, la castidad es amor de corazón indiviso. La Práctica de los Consejos evangélicos es manifestación máxima de caridad pastoral: cuanto más se intensifica la conciencia de esta caridad, tanto más resulta coherente la consagración apostólica. Aquí está el verdadero secreto de ese anonadamiento que el mundo no comprende: la Alianza es tanto más profunda, cuanto mayor amor filial expresa; la Misión es tanto más generosa, cuanto más es animada de amor obediente; la Comunidad fraterna tanto más favorece la comunión, cuanto más prescinde de la carne y de la sangre.

Francamente, la Práctica de los Consejos evangélicos testimonia, de manera la más excelsa después del martirio, "el precioso dón de la gracia divina, concedido por el Padre a algunos (cf. Mt 19, 11; 1 Cor 7, 7), de dedicarse solamente a Dios con mayor facilidad y con un corazón sin divisiones (cf. 1 Cor 7, 32-34) en la virginidad o en el celibato" (LG 42).

Se trata, pues, de amor; y más específicamente, de esa caridad pastoral que don Bosco sintetizaba en esa frase tan expresiva y tan repetida por san Francisco de Sales: *Da mihi animas, caetera tolle*.

5. Peligros de desestabilización en la práctica de los consejos

Vivimos en una época de intensos cambios culturales, que inciden profundamente en el estilo de vida. Entre las cosas que cambian, está también la metodología

ascética de los consagrados; pero los discípulos de Cristo no podrán nunca prescindir, en ninguna nueva visión antropológica, del misterio central de la Cruz. El anonadamiento del amor no tiene otro camino.

Ha surgido una crisis, y no pocos han considerado obsoletas muchas prácticas de mortificación y de renuncia. Ciertamente, hay que revisar este aspecto de la praxis cristiana. Pero todo lo que debilita, de hecho, la autenticidad de la Práctica de los Consejos evangélicos, va en desmedro del amor, y frena y daña la fecundidad de la caridad pastoral. Quienes están llamados a animar a otros en la consagración apostólica, deben asegurar una visión cierta de la Práctica de los Consejos: la disminución de la obediencia, de la pobreza y de la castidad, hiere en su raíz la gracia de unidad.

Creo que urge hoy enfrentar con más coraje los peligros de desestabilización en este aspecto, porque, si no funciona la Práctica de los Consejos, se resiste a la gracia de unidad, se cae en la superficialidad. Podrán permanecer algunos elementos —a primera vista, más llamativos—, pero el carisma de don Bosco no será fecundo ni duradero. El debilitamiento y la inautenticidad en la práctica de los votos afectan gravemente la caridad pastoral, y dañan en forma mortal la consagración.

¿Cuáles son estos peligros? Señalo algunos que he visto, y sobre los cuales he pensado:

Ante todo, *no darle ninguna importancia a la disciplina religiosa*: La vida religiosa no comporta una disciplina de cuartel, pero sí una disciplina de convicción en el seguimiento de Cristo. ¿Serán posibles una obediencia sin disciplina, una pobreza sin disciplina, una castidad sin disciplina? No nos hagamos ilusiones.

Otro peligro es *el espejismo de ciertas modas ideológicas*: Se va dando más relieve a unos valores humanos que crecen ofuscando el panorama de los Consejos evangélicos, como si fueran algo obsoleto. Por ejemplo, cuando se habla de la justicia y de la liberación, exigencia de tanta gente pobre, ¿qué interés pueden seguir teniendo la obediencia y la castidad frente a la gravedad del desafío social? Las modas ideológicas llevan, sin que nos demos cuenta, a dar importancia a los pro-

blemas horizontales que guían la opinión pública o la opinión de grupo, y no a aquello a que ha dado importancia Jesucristo, que se ha encarnado y nos ha enseñado cuáles son los valores permanentes para todos los siglos. Así no se piensa seriamente en la praxis de la Iglesia, para la cual la vida consagrada ha sido siempre una praxis de ascesis en el seguimiento de Cristo, no para convertir a los discípulos en unos faquires, sino para enseñarles a vivir de verdadero amor.

Otro peligro actual es *la interpretación democrática de la fraternidad religiosa*: La comunión fraterna prescindiría de la autoridad religiosa, y, por consiguiente, de la especial obediencia de la vida religiosa. Esto ha hecho daño en varios institutos, hasta llegar a crear que es inútil la presencia del Superior en una comunidad local. Y eso, sea de parte de los hermanos, que prescinden de hecho de su función, sea de parte del mismo "Superior", que se va considerando a sí mismo como uno cualquiera entre los demás. Pero ¿y la responsabilidad de su función?

Se corre el peligro de perder la organicidad pastoral de la comunidad y la intensificación espiritual de la comunión. Con semejante criterio, el Director no se preocupará de estudiar y discernir; no rezará en la forma particular de su cargo; no profundizará los problemas; no buscará cuáles son los modos de hacer crecer a la comunidad en la caridad pastoral; no animará la formación permanente; no se dará importancia a la elaboración, a la puesta en práctica y a la revisión del proyecto educativo pastoral.

Un peligro especial encuentro yo en una especie de *soberbia intelectual*. Para seguir a Cristo con la Práctica de los Consejos evangélicos es preciso vivir de humildad, porque los Consejos evangélicos llevan por el camino del vaciamiento de sí, en referencia a ciertas actitudes de fondo de las tendencias humanas. El que (aunque sea inconscientemente) cultiva actitudes de soberbia intelectual, encerrado en su modo de ver (que llama conciencia); el que hace de la llamada "objeción de conciencia" la ley y la norma de todo su actuar, sin sospechar que la conciencia tiene que ser recta en el ámbito de la propia Regla de vida; el que prescinde y hasta desprecia el Magisterio vivo de la Iglesia, va excluyendo poco a poco

el concepto mismo de consagración religiosa (cf. CGE, nros. 640-641).

Otro peligro lo constituyen *las concesiones a la concupiscencia*. Evidentemente, todos tenemos defectos en este campo, y por eso nos confesamos; pero cuando las concesiones se vuelven hábitos y crecen; cuando la concupiscencia es robustecida por la soberbia intelectual (sumando así la concupiscencia de la carne a la concupiscencia del espíritu); cuando no existe una seria revisión personal, y se dejan correr las cosas, y el Director es tan ingenuo o despreocupado, que no se da cuenta de nada, y no es capaz, como amigo y hermano, de llamar la atención; entonces, la carne hace estragos. Considerando el cuadro de las defecciones en la gran crisis de los últimos decenios, podemos encontrar varias motivaciones; pero las salidas que siguen produciéndose hoy, pasan casi todas por el camino de las concesiones a la concupiscencia de la carne. La caída de la custodia del corazón en este campo está en el origen de dolorosas traiciones.

Otro grave peligro es *la prescindencia de la oración*, la pérdida del entusiasmo místico, el descuido de la Alianza con Dios: es causa y efecto, simultáneamente, de tantas crisis irreparables.

En fin, *la comodidad, el aburguesamiento y la flojera* (o sea el olvido de la templanza y del trabajo) son un verdadero cáncer que afecta la gracia de unidad. Nosotros, Salesianos, creemos de ser en la Iglesia grandes trabajadores; pero cuando miramos cómo trabajan muchos laicos, vemos que al lado de ellos quedamos chiquitos. No nos creamos los grandes héroes del trabajo, aunque deberíamos serlo. Hay gente que trabaja más que nosotros. Consideremos siempre imprescindibles esos dos famosos diamantes del sueño de don Bosco: el trabajo y la templanza; sin ellos se cae el manto, con todos los demás diamantes.

Como se ve, la desestabilización en la Práctica de los Consejos evangélicos arruina toda nuestra consagración apostólica.

Todos conocemos la objeción que se suele hacer hoy en desmedro de la vida religiosa activa: las actividades que ella realiza, pueden ser llevadas a cabo sin una especial consagración; para dedicarse

a los jóvenes, para educar, para defender la fe del pueblo, etcétera, no hace falta la radicalidad de los votos. ¡Es falso! Ciertamente, los fieles laicos tienen enorme importancia en la misión de la Iglesia; más aún, ha llegado hoy su hora, y debemos promover su protagonismo. Pero la importancia eclesial de la vida religiosa activa, el significado y el alcance profundo de su misión, no se juzgan simplemente por la materialidad externa de su acción, sino por su interioridad apostólica. Ella es un verdadero tesoro para la Iglesia. Sin ella decae el nivel de la autenticidad de la caridad pastoral, y se abre, poco a poco, el camino hacia una superficialización secularista.

Así, por ejemplo, ¿cómo permanecerían auténticos el espíritu de don Bosco y el nivel apostólico de todos los grupos de la Familia Salesiana, sin un nutrido núcleo animador y dinamizador de personas consagradas, que fermentan todo el conjunto, y lo orientan en la genuina misión juvenil y popular asignada por el Espíritu al Fundador?

¡Bendita sea la Práctica de los Consejos evangélicos de los consagrados, que aseguran a toda la gran Familia de don Bosco los tesoros de la Alianza, de la Misión y de la Comunión! En verdad, los Consejos evangélicos, al favorecer la purificación del corazón y la libertad de espíritu, hacen solícita y fecunda la caridad pastoral de todos.

6. Una praxis testimoniada con medios adecuados

La Práctica de los Consejos evangélicos se vuelve imposible sin una especial metodología cotidiana de vida. Es necesario formar hábitos y actitudes, y usar medios que aseguren su recto desarrollo en la persona.

Podemos aplicar a los tres Consejos, considerados unitariamente, cuanto las Constituciones afirman con respecto a la castidad: no son "conquista que se logra de una vez para siempre: tienen momentos de paz y momentos de prueba. Son un dón que, a causa de la debilidad humana, exige esfuerzo diario de fidelidad" (cf. CO 84). Son, pues, una realidad viva en desarrollo continuo, vinculada con la cronistoria de la persona, de su edad, de la situación en que vive, de las circuns-

tancias que cambian, del cargo que ocupa, de los destinatarios con quienes trata, de las dificultades que van surgiendo, de las inclinaciones permanentes y de las debilidades, de los obstáculos que intervienen, etcétera. Es un "tesoro que llevamos en vasijas de barro" (2 Cor 4, 7), que comporta un quehacer nunca terminado. No son una especie de paquete cerrado en el día de la profesión, sino una tarea que dura toda la vida. Sólo la caridad pastoral da razón de ello; en efecto, la práctica de los votos es "un camino que conduce al Amor" (cf. CO 196).

La fidelidad en esta práctica "es una respuesta, constantemente renovada, a la especial Alianza que el Señor ha sellado con nosotros. Nuestra perseverancia se apoya totalmente en la fidelidad de Dios, que nos ha amado primero, y se alimenta con la gracia de su consagración. La sostiene también nuestro amor a los jóvenes, a quienes somos enviados, y se expresa en la gratitud al Señor por los dones que nos ofrece la vida salesiana" (CO 195).

Estas afirmaciones constitucionales nos indican, en forma densa y sintética, la metodología a seguir.

Aquí resulta útil recordar, aunque sea rápidamente, qué aspectos cuidar, para asegurar nuestro estilo de vida de consagrados apóstoles.

Ante todo, la unión con Cristo, como fuente viva de la caridad pastoral y alimento cotidiano de la gracia de unidad. Esta actitud crece con la escucha de la Palabra de Dios, con la participación cotidiana al misterio de la Eucaristía, con la purificación frecuente del sacramento de la Reconciliación, con la oración personal y comunitaria.

Además, la preocupación constante por la problemática juvenil, el contacto directo con los jóvenes pobres, y su promoción humana y cristiana; el esfuerzo por formar en ellos una conciencia recta a la luz del sentido de pecado según el Evangelio; la donación práctica de sí mismo y de las propias dotes y competencias, en una constante actitud de trabajo y templanza, que no deja espacio al aburguesamiento; el discernimiento personal y comunitario de los desafíos que proceden concretamente del territorio en que se está ubicado; la revisión constante del aspecto pastoral de la propia actividad; el sistema preventivo como modo de vivir y actuar; la mirada constantemente fija en

don Bosco, quien "no dio un paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud" (CO 21).

También el cuidado constante de la comunión fraterna asegura día tras día la dinámica del amor con respecto a los afectos y a las relaciones: el aporte a la fraternidad con servicios y atenciones concretas, la inteligencia de comprensión, la capacidad de perdón, la puesta en común de los valores vocacionales, el diálogo pastoral alargado a los varios operadores apostólicos, el coloquio con el Director, la dirección espiritual comunitaria, el interés cotidiano por el bien común, son todos medios prácticos que inciden en el estilo de vida del consagrado.

A ello hay que agregar las determinaciones específicas de la disciplina religiosa indicadas explícitamente en la Regla de vida: la observancia no es el alma de la consagración, pero es un medio eficaz, íntimamente ligado a ella, según el espíritu del propio Instituto.

Las Constituciones hablan, además, de la práctica de la mortificación (¡no ha pasado de moda, queridos hermanos!), de la guarda de los sentidos, de la discreción y prudencia en el uso de los instrumentos de comunicación social, y del cuidado de los medios naturales que favorecen la salud física y mental.

Nuestro Fundador insistía, además, en el cultivo de una fuerte devoción mariana, capaz de establecer con la Madre de Dios un tipo de relaciones intensas como con persona viviente y presente. El Salesiano, en efecto, "acude con filial confianza a María Inmaculada y Auxiliadora, que le ayuda a amar como amaba don Bosco" (CO 84).

7. La tarea de los animadores

Los animadores de la comunidad religiosa apostólica —particularmente, los Directores— están llamados a profundizar continuamente los grandes valores de los Consejos evangélicos, y a combatir valientemente los peligros que acechan su puesta en práctica.

¿Cuáles serán hoy las urgencias a que deben dedicar con más esmero sus servicios de orientación y guía de los hermanos?

Recuerdo las más fundamentales:

Primero: Urge renovar los conocimientos doctrinales de los Consejos evangélicos. Después del Concilio Vaticano II se han hecho interesantes progresos en este campo. Uno de los sectores de la doctrina espiritual que ha avanzado más en la teología de la vida religiosa es el de la consagración apostólica. Hay nueva bibliografía y escritos muy buenos al respecto; algunos de valor general, en cuanto tratan de la realidad fundamental del seguimiento de Cristo, y otros específicos, que profundizan la índole propia del Fundador. Pues bien; es preciso meditar, es necesario entrar en la órbita conciliar. Alguien ha recordado ya con insistencia que cada Director no puede prescindir de una mesita de estudio y de un reclinatorio de oración. Entiendo que en el apostolado hay mucho que hacer; pero esta reflexión del animador es para poder trabajar más y mejor, estimulando a los hermanos en el cuidado de los centros vitales de la gracia de unidad.

Segundo: El Director debe tener clara conciencia de que su primer deber es el de promover la dirección espiritual comunitaria; es decir, el de ejercer el ministerio de la Palabra dentro de su comunidad. Esto no significa hacer conferencias todos los días, cosa imposible; pero exige saber crear un clima donde haya riqueza de valores espirituales, y donde los hermanos pongan en común tantas orienta-

ciones eclesiales, congregacionales y comunitarias del Espíritu del Señor.

Le corresponde, además, privilegiar en la comunidad la intensificación de los dinamismos de la alianza; es decir, en particular, la oración comunitaria, la Eucaristía, la Reconciliación.

Hay comunidades cuyos miembros no pueden estar todos los días juntos en la celebración de la Eucaristía (no hablo de las comunidades de formación); pero deben buscar una manera de volverla centro de su vida común; por ejemplo, fijando un día a la semana que privilegia la dimensión eucarística y fraterna de su convivencia.

Resulta también muy importante el buen uso de los "tiempos fuertes", para una revisión de vida acerca de la Alianza o de la Misión o de la Comunión fraterna o de los Votos o de la observancia de nuestra Regla de vida.

Tercero: La experiencia enseña que es concretamente muy provechoso concentrar la atención de la comunidad sobre el aspecto específicamente pastoral del proyecto educativo-pastoral: su elaboración, aplicación, revisión. La óptica auténticamente pastoral obliga a una profundización de síntesis concreta y vivida de la propia identidad religiosa apostólica, asegurando así la vitalidad de la gracia de unidad.

El ideal de todo animador es el de saber promover y dinamizar nuestra consagración apostólica.

VIII

LA ASCESIS, COMPAÑERA INDISPENSABLE DE LA PROFESIÓN

Una consagración religiosa sin ascesis se vuelve utopía. No hay radicalidad evangélica sin la Cruz: "El que quiere venir en pos de Mí —dice el Señor—, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mc 8, 34). San Pablo afirma: "Me complazco en mis padecimientos por vosotros, y en compensación completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1, 24).

Don Bosco nos dice: Nos hemos hecho religiosos, "no para apegarnos a las criaturas, sino para practicar la caridad hacia el prójimo, movidos por el solo amor de Dios; no para vivir una existencia cómoda, sino para ser pobres con Jesucristo, padecer con él sobre la tierra, y hacernos dignos de su gloria en el cielo" (MB 17, 17); "cuando empezarán entre nosotros las comodidades y el bienestar, nuestra Sociedad ha terminado su curso" (MB 10, 652, nota 1).

Son palabras severas; una amonestación para asegurar el futuro. Aunque tengamos vocaciones, si prescindimos de la Cruz, no habrá porvenir.

No es una afirmación masoquista, sino profundamente evangélica. Es la paradoja del misterio proclamada por el Apóstol: "Nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles; pero poder y sabiduría de Dios para los llamados, judíos o griegos. Pues la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios más fuerte que los hombres" (1 Cor 1, 23-24).

1. El dón del martirio

La gracia de unidad es amor; el amor florece en testimonio, y el testimonio tiene

su expresión plena en el martirio. Hay una continuidad de fondo entre testimonio y martirio. Y para hablar de auténtico martirio, hay que referirse siempre a Cristo: Él es "causa y modelo de todo martirio" (Liturgia). En Él y con Él el martirio es la máxima prueba del amor de caridad.

El Concilio afirma que el martirio es un dón excepcional, y no una programación personal (cf. LG 42), pero que en cada bautizado surge como un instinto martirial inherente al compromiso de proclamación de su fe. Se da así un tipo de testimonio que se suele llamar "martirio incruento"; don Bosco lo llamaba "martirio de caridad y de sacrificio por el bien de los demás". En su testamento espiritual, nuestro Padre escribió una frase que se ha vuelto famosa: "Cuando acontezca que un Salesiano sucumba y cese de vivir trabajando por las almas, entonces podréis decir que nuestra Congregación ha alcanzado un gran triunfo, y sobre ella descenderán abundantes y las bendiciones del cielo" (MB 3, 315-316; 17, 273).

Lo que sobresale en el martirio no es la "acción", sino la "pasión". Se percibe así con claridad que la nota que mejor caracteriza el testimonio no consiste sólo en la intensidad del trabajo apostólico, sino en su radicación en una consciente disponibilidad interior a los designios del Padre; por eso, junto a la acción, a la creatividad, a la continua actividad, tendrán su importante lugar también los sufrimientos, las incomprensiones, las enfermedades, las situaciones de inactividad, de mortificación y de pasión. Don Bosco aceptó conscientemente y vivió ampliamente también este segundo misterioso aspecto.

Como la gracia de unidad está radicada en la caridad pastoral, y como la caridad pastoral comporta el vaciamiento de sí para realizar con autenticidad la misión salesiana, resulta indispensable una ascesis de camino largo para tratar de despojarse de sí mismo. Si miramos al martirio, por ejemplo, de nuestros hermanos monseñor Versiglia y don Caravario como a la expresión suprema de la caridad pastoral, veremos con absoluta claridad que el amor al prójimo comporta un dón de sí que llega hasta el dón total de la vida. Es bueno recordar que la opción del Bautismo, inicio sacramental de la fe, es una opción por Cristo que en nosotros madura en radicalidad. En el Bautismo nace en el cristiano una inclinación connatural hacia el martirio. Llega a ser dón extraordinario para algunos, y para los demás se vuelve un estilo de testimonio que permanece durante toda la vida. Los Santos confesores son, de hecho, mártires incruentos. En efecto, vivir el Bautismo, en palabras de san Pablo, quiere decir negarse a sí mismo, "hasta que en mí viva Cristo: *Mihi vivere Christus est!*" No se trata, repito, de una especie de masoquismo; es todo al revés: se trata de tener un entusiasmo y un amor tan grande hacia la persona de Cristo, que la nuestra queda olvidada.

Y como no es tan sencillo decir que queda olvidada, hay que tener metodología y hacer ejercicio para que así sea. Eso se llama ASCESIS: una inteligente metodología o un adecuado entrenamiento para ser fieles a la caridad pastoral.

A don Bosco algunos lo han acusado de no haber testimoniado a fondo el misterio de la Cruz; pero resulta que no conocen mayormente su vida ni su exigente espiritualidad, que, para vivir con los jóvenes en alegría y simpatía, requiere cotidianamente muchas renunciaciones escondidas, y el cuidado de difíciles virtudes sociales opuestas al egoísmo.

Su afirmación, tan severa, de que "cuando empezarán entre nosotros las comodidades y el bienestar, nuestra Sociedad ha terminado su curso", viene en práctica a indicar que entonces se estará muriendo la gracia de unidad. Don Bosco ha puesto en la actitud ascética el método práctico de fidelidad a nuestra vocación. Quiere que seamos mártires incruentos en el permanente testimonio del carisma que nos ha regalado el Espíritu del Señor.

2. Trabajo y templanza

Un primer aspecto de la ascesis salesiana está expresado (como ya hemos indicado) en el lema "trabajo y templanza": un binomio para nosotros inseparable, que acompaña, defiende y traduce en la práctica la vitalidad de la gracia de unidad.

Es un tipo de ascesis original, particularmente vinculado con la vida activa; se vuelve expresión de caridad pastoral, inherente a nuestra consagración apostólica. Don Bosco lo ha testimoniado en forma heroica; no se puede hablar de su santidad prescindiendo de este aspecto. Él mismo estaba convencido de que, cuando en un hermano o en una comunidad decae este aspecto, se acaba la vitalidad de la Alianza, de la Misión, de la Comunión y de la Práctica de los Consejos.

Volvamos a considerar el sueño de los diez diamantes.

Don Rinaldi hace notar el lugar privilegiado de los diamantes del Trabajo y de la Templanza. Los demás diamantes están colgando de un manto sostenido por estos dos; es decir, si se acaba entre nosotros la ascesis del trabajo y de la templanza, se acaba todo.

—*El Trabajo*. Hemos dicho, hablando de la oración, que el trabajo es oración, pero que eso depende de la interioridad de una persona unida con Dios. Lo cual significa que se trata de un trabajo ordenado al cumplimiento de la misión. Don Bosco decía a los jóvenes que querían quedarse con él: "A la Congregación salesiana se entra para trabajar: los holgazanes no son para nuestros noviciados". Esto está muy claramente testimoniado en toda nuestra tradición, y es uno de los elementos que nos han librado (en estos años de crisis) de volvernos ideólogos, y de dividirnos en grupos de fanatismo polémico. Si se trabaja mucho y apostólicamente, no digo que no queda tiempo para pensar, pero sí que no queda tiempo para inventar ideologías, o entusiasmarse con alguna de ellas.

Nuestro trabajo, que no tiene medida: o, si se quiere, tiene la medida del buen sentido ardorosamente apostólico; un trabajo que no se limita a un horario burocrático. En particular, para el Salesiano el sábado y el domingo (o sea el famoso fin de semana) son días de especial intensidad apostólica, porque la pastoral tiene

especiales exigencias en esos días. Lo mismo tratándose de vacaciones: Don Bosco decía que nosotros las haremos en el paraíso, y que se descansa cambiando de trabajo. Y lo que él decía para los niños, por desgracia se ha vuelto aplicable hoy también a los religiosos: que las vacaciones son "la vendimia del diablo". ¿Quién no conoce a algún "vivo" que en verano desaparece de su comunidad, y que, si puede conseguir un coche a su disposición, va andando hasta donde llega el Continente?

Entonces, ante todo una ascesis de trabajo apostólico intenso, ordenado al cumplimiento de la misión, y a cosas útiles para la vida de la comunidad y de la obra. Esta ascesis continuada comporta la formación de la persona al espíritu de sacrificio, al dón de sí a los demás en forma práctica y cotidiana, a la habilitación a posibilidades concretas de servicio.

— *La Templanza*. Se trata de un permanente dominio de sí, no reducido simplemente al beber poco o al comer mesurado (evidentemente, sin excluirlos). La templanza es una virtud cardinal que se refiere, sobre todo, a la guarda del corazón, al señorío sobre las propias pasiones, inclinaciones e instintos que todos tenemos. Es, en particular, dominio de la concupiscencia y capacidad de equilibrio en las reacciones, o sea un tipo de ascesis que ayuda vitalmente las actividades de la caridad pastoral en forma continuada. No es fácil dominar el amor propio en medio de una juventud que puede hacer perder fácilmente la paciencia, sin reacciones en forma descontrolada, y siendo capaces, en todo caso, de volver atrás confesando humildemente los excesos.

La templanza exige muchas virtudes que influyen constantemente sobre la conducta, para presentar a los destinatarios una personalidad que se hace amar; asegura la observancia en la vida de oración personal y comunitaria; acompaña siempre la actividad como expresión de equilibrio apostólico; robustece la fraternidad en la vida de la comunidad; ejerce un continuo señorío sobre las pasiones en la práctica de los votos. Ayuda, en particular, a renovar cotidianamente la autenticidad de la fraternidad, para que haya realmente en la comunidad un solo corazón y un alma sola, porque favorece el aporte de todo un "clima de mutua confianza y de per-

dón", promoviendo ese espíritu de familia que "suscita en los jóvenes el deseo de conocer y seguir la vocación salesiana" (CO 16).

Hemos dicho que la comunidad no es "nuestra máxima penitencia"; pero sabemos que cualquier prolongada convivencia con personas de diferente temperamento, edad y formación requiere inteligente y virtuoso cuidado de las relaciones cotidianas.

La templanza está vinculada íntimamente con la humildad y radicada en ella; es un dominio de sí que guía la marcha cotidiana en el camino del vaciamiento de los egoísmos y de las reacciones de la soberbia.

"Trabajo y templanza", entonces, que "harán florecer la Congregación" (MB 12, 466), y que, como ha enseñado don Bosco, hacen que el Salesiano esté "dispuesto a soportar el calor y el frío, la sed y el hambre, el cansancio y el desprecio, siempre que se trate de la gloria de Dios y de la salvación de las almas" (CO 18).

El secreto de toda esta ascesis es el amor que se manifiesta en el éxtasis apostólico de la vida activa. "La vida salesiana considerada en su actividad —afirma don Rinaldi— es trabajo y templanza vivificados por la caridad del corazón." No hay que olvidar nunca que el Salesiano "enviado a los jóvenes por Dios, que es todo caridad, es abierto, cordial, y está dispuesto a dar el primer paso, y a acoger siempre con bondad, respeto y paciencia (...) capaz de suscitar correspondencia de amistad" (CO 15).

3. La mortificación de los sentidos

Nosotros somos en la Iglesia pedagogos; es decir, religiosos expertos en metodología. Lo debemos ser no sólo en las tareas educativo-pastorales, sino también en nuestro propio crecimiento espiritual. El cuidado y el desarrollo de la gracia de unidad nos pide seguir un especial método de vida consagrada.

Por eso don Bosco, además del trabajo y de la templanza, nos habla y nos da ejemplos de explícita mortificación de los sentidos.

La mortificación se diferencia de la templanza, por cuanto agrega al dominio de sí, al equilibrio y a la maduración social,

todo un ejercicio de renunciaciones y sacrificios según razón, que no sólo los vuelve posibles y los robustece, sino que los proyecta más allá en la generosidad de un amor que quiere participar siempre más en la pasión salvífica de Cristo, o sea en el camino del martirio.

Pensemos que el mismo Jesucristo, antes de iniciar su vida pública, se dedicó a un largo ayuno.

Se trata, en este campo, sobre todo de iniciativas personales, inteligentes, más bien escondidas, que comportan la privación de algunas cosas o la soportación de otras, sin hacer "propaganda", o más bien —como dice el Evangelio— echándose perfume.

Es cierto que nuestro Padre aconsejó cierta prudencia a favor de la salud; pero en su famoso sueño, que hemos recordado, da importancia a un diamante especial, llamado "Ayuno".

Son mortificaciones pedagógicas, al servicio de una espiritualidad de quien se hace amar; acompañan la actitud de un apóstol que "está siempre alegre, porque anuncia la Buena Noticia, (que) difunde esa alegría, y sabe educar en el gozo de la vida cristiana y en el sentido de la fiesta: sirvamos al Señor con santa alegría" (CO 17).

Es preciso no olvidar ninguno de los dos aspectos: que debemos testimoniar la alegría de la fe, pero que lo hacemos con un constante entrenamiento de auténtico espíritu de mortificación.

La vida de don Bosco y la tradición salesiana presentan una riqueza enorme en este campo: ningún cambio cultural la puede reducir o marginar, so pena de una superficialidad espiritual que daña peligrosamente la metodología para la interioridad. Conocemos a hermanos muy simpáticos y beneméritos (misioneros y superiores), que han dejado extraordinarios testimonios en este campo. Puedo, por ejemplo, recordar a dos: monseñor Versiglia —misionero mártir— llevaba el cilicio en determinadas situaciones y dificultades de su día; don Fascie —culto Superior— lo hacía también: me ha tocado participar en sus funerales siendo estudiante de filosofía en el Rebaudengo; don Alberto Caviglia hizo en la basílica de Valdocco un discurso fúnebre muy solemne; a un cierto punto, con maravilla de parte de todos, reveló este escondido espíritu de mortificación de don Fascie.

Don Bosco en marzo de 1874 pidió a todos los hermanos, para la famosa aprobación de nuestra Regla, tres días de "riguroso ayuno", y "aquellas mortificaciones que cada uno juzgara compatibles con sus fuerzas y con los deberes del propio estado" (MB 1, 763).

El diamante del Ayuno se extiende, según la interpretación de don Rinaldi, a todo el sector de la mortificación de los sentidos. Y observando que este diamante está colocado debajo del de la Castidad (que en nuestro espíritu brilla con una luz toda particular, que atrae la mirada de los jóvenes como el imán atrae el hierro), hace pensar que el género de mortificaciones más necesario es el que se refiere a los peligros de la concupiscencia. Nuestra ascesis, pues, como la de toda persona consagrada, no podrá prescindir de tener constantes iniciativas al respecto.

4. La disciplina de la Regla de vida

La vida religiosa ha sido siempre una praxis concreta de seguimiento de Cristo; se trata de una conducta cotidiana asumida libremente, pero profesada con seriedad y con compromiso personal proclamado públicamente. Sería una contradicción profesar de querer ser "discípulo" de un Fundador, y después prescindir, en la práctica, de una "disciplina" que indica la modalidad individual y comunitaria de vivir, en la práctica, la metodología propuesta auténticamente en la Regla para lograr el propósito profesado.

El proyecto evangélico de un Instituto religioso se llama apropiadamente "Regla de vida", porque contiene no sólo la descripción de la propia identidad espiritual y apostólica, sino también la normativa práctica de la conducta religiosa, o sea un método concreto de disciplina de vida para seguir en la práctica cotidiana al Señor.

En la crisis sobrevenida en estos últimos decenios ha ido perdiendo valor, en la conciencia de no pocos religiosos, el significado claramente evangélico y la indispensabilidad pedagógica de una praxis de vida concretamente guiada por una disciplina empapada de tradición cristiana. Ha habido una supervalorización de los valores del proceso de personalización, sin fijarse y tomar atentamente en cuenta las ambigüedades que lo acompañan y las

desviaciones secularistas que lo suelen seguir, marginando prácticamente el misterio de la Cruz.

Nuestra ascesis exige, evidentemente, tomar en serio la Regla de vida. Ya les he hablado de ello en algunas circulares.

Aquí baste recordar, ante todo, las afirmaciones de cuatro Sucesores de Pedro, que insisten en los valores de vida de una razonable disciplina eclesial y religiosa:

El papa Pío XI, hablando de la corresponsabilidad y de la colaboración, afirma que "la unión hace la fuerza, pero que la disciplina hace la unión";

Pablo VI decía a los miembros de un Capítulo General: "El amor a la disciplina, que un concepto desviado quisiera hacer aparecer hoy como limitación, y no, por el contrario, como garantía y apoyo del apostolado, sostenga, como roca que no se cae, los ideales de la oración, de la vida religiosa y de la actividad de ministerio y de formación";

Juan Pablo I, en su alocución inaugural a los Cardenales y también en un discurso al Clero de Roma, habló, no de una "pequeña disciplina" de formalidad, sino de la "grande disciplina" eclesial: ella "existe tan sólo si la observancia externa es fruto de convicciones profundas, y si es proyección libre y gozosa de una vida vivida en unión íntima con Dios. Semejante disciplina grande requiere un clima apto";

Y el actual papa Juan Pablo II, en su primer mensaje radial, insiste en este mismo concepto: "La fidelidad significa, todavía hoy, cuidado de la disciplina grande de la Iglesia. Ella, en efecto, no tiende a reducir, sino a garantizar el recto ordenamiento propio del Cuerpo místico, casi para asegurar la articulación regular y fisiológica entre los miembros que lo componen" (cf. ACG, "La disciplina religiosa", n. 293, julio-setiembre de 1979).

En mi circular sobre "Proyectar de nuevo, juntos, la santidad", recordaba el estilo de don Bosco y la tradición vivida constantemente en la tradición salesiana, indicando los principales artículos de las Constituciones y de los Reglamentos generales que nos piden determinadas observancias (cf. ACG, n. 303, enero-marzo de 1982, págs. 25-26).

Se trata de una disciplina concreta, revisada en los últimos Capítulos Generales,

y por lo tanto, evidentemente válida para estos tiempos nuevos.

Se requiere un proceso de interiorización que acompañe la sinceridad de nuestra profesión. Prescindir de ello sería un ir desmantelando las defensas ascéticas de la gracia de unidad. Nuestro amor a la Regla de vida no puede quedarse en el nivel simplemente afectivo: debe desembocar en una conducta práctica de todos los días. Esta sinceridad de conducta forma parte del mismo pacto de alianza de la profesión; es expresión vivida del ofrecimiento total de sí según el proyecto constitucional, que nos hace verdaderos discípulos de Cristo según nuestra índole propia.

Las Constituciones afirman explícitamente que "la vida y la acción de las comunidades y de los hermanos se rigen por el derecho universal de la Iglesia y por el derecho propio de nuestra Sociedad. Este último está formulado en las Constituciones —que son nuestro código fundamental—, en los Reglamentos generales, en las decisiones del Capítulo General, en los directorios generales e inspectoriales y en otras determinaciones de las autoridades competentes" (CO 191).

Este artículo no hay que leerlo sólo con óptica jurídica, para determinar cuál es nuestro "derecho propio", sino que va meditado espiritualmente, para saber guiar mejor nuestra conducta.

5. ¿Una nueva antropología?

Ciertamente, una recta ascesis no debe prescindir de los auténticos progresos de la antropología. Cierta tipo de mortificaciones y de renunciaciones se ha vuelto obsoleto, y no corresponde a nuestro espíritu.

Pero el misterio de la Cruz queda central, y será siempre inspirador de toda vida consagrada.

Dando vueltas por el mundo y escuchando a tantos hermanos —sobre todo, en las visitas de conjunto—, he percibido a veces pérdidas muy delicadas en este campo. La crisis de la vida religiosa ha echado abajo en estos años las defensas de la ascesis. En parte se puede aceptar cierta justificación: ha cambiado la visión del hombre; es evidente que en una antropología de tipo platónico, en que se considera al cuerpo (digamos así) como a una cárcel del alma, la ascesis podría presentar el estilo superado del darle pa-

los al cuerpo. Pero ¿quién piensa todavía así hoy?

No se dan más palos. Pero la caída de la ascesis es un retroceso. Cambia la antropología, cambia la visión del hombre, pero no cambia el misterio de la Cruz, no cambia la absoluta necesidad de ascesis en cualquier bautizado, y tampoco cambia la disciplina religiosa, porque precisamente lo que caracteriza siempre a un Instituto de vida consagrada en la historia de la santidad, es ofrecer una metodología ascética a sus socios.

La primera vez que leí las Reglas de san Benito, creyendo encontrar reflexiones teológicas muy sublimes, vi que se detenían también en concretas normas de conducta, precisando pequeñas cosas propuestas como metodología de observancia.

La desintegración de esta concreta disciplina de vida, con la excusa de que se trata de nimiedades secundarias, trae apatía espiritual y un decaimiento de la profesión. Nunca florecerá un Instituto religioso cuyos miembros se acostumbren a prescindir de una metodología ascética. Una antropología nueva puede exigir un cambio de estilo, pero nunca una supresión de la ascesis.

6. La profesión de los Consejos

La ascesis desempeña un rol muy peculiar en la práctica de los votos. Los Consejos son, como hemos visto, un testimonio de contestación evangélica que trasciende las inclinaciones naturales, y requiere toda una metodología especial.

Veamos brevemente algunas exigencias de nuestra Regla de vida al respecto.

— **Obediencia:** “En lugar de hacer obras de penitencia —nos dice don Bosco—, hacedlas de obediencia”. Obediencia no es sólo cuando el Superior nos asigna, cada tanto, un destino. La obediencia es conducta de todos los días. Me dieron esta función: tengo que ser creativo en ella, porque es mi deber concreto. En lugar de poner porotos (¡crudos!) en los zapatos, veré cómo se puede cumplir mejor mi tarea específica. “A veces, la obediencia contraría nuestra inclinación a la independencia y al egoísmo, o puede exigir pruebas difíciles de amor. Es el momento de mirar a Cristo obediente hasta la muerte: «Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que Yo lo beba, hágase tu voluntad». El misterio de su muerte y

resurrección nos enseña lo fecundo que es para nosotros obedecer: el grano que muere en la oscuridad de la tierra, da mucho fruto” (CO 71).

Y los Reglamentos recuerdan, al respecto, el coloquio frecuente con el Superior en vista del crecimiento de la propia vida espiritual, y del mejoramiento del compromiso pastoral (RE 49); y también, la norma de pedir los debidos permisos en casos concretos (RE 50).

— **Pobreza:** “Cada uno de nosotros es el primer responsable de su pobreza. Por ello, vive a diario el desprendimiento prometido con un estilo de vida pobre. En el uso de los bienes temporales acepta depender del Superior y de la comunidad; pero sabe que el permiso recibido no lo dispensa de ser pobre en la realidad y en el espíritu”. La virtud no está simplemente en pedir permiso, aunque ya es un buen antecedente; pero no basta eso. El Salesiano “está atento para no ceder poco a poco al deseo de bienestar y a las comodidades, que son amenaza directa a la fidelidad y a la generosidad apostólica. Cuando su estado de pobreza le ocasiona alguna incomodidad o sufrimiento, se alegra de poder participar de la bienaventuranza prometida por el Señor a los pobres de espíritu” (CO 75).

Entre las indicaciones de los Reglamentos llamo la atención, a manera de ejemplo, sobre las siguientes: “Todo Salesiano practica su pobreza con la sobriedad en las comidas y bebidas, con la sencillez en el vestir, y el uso moderado de las vacaciones y los esparcimientos. Acondiciona con sencillez su habitación, y evita convertirla en refugio que lo tenga alejado de la comunidad y de los jóvenes”. Esta determinación se hizo famosa en el Capítulo General por un miembro (que ahora es Obispo), el cual estaba preocupado porque en algunos de los cuartos se ponían pajaritos, gatitos, televisión, etcétera. Es disciplina concreta el no tener un cuarto que alimente el deseo de querer refugiarse allí a manera de pequeño burgués.

Y los Reglamentos agregan: El Salesiano “está atento para no contraer ningún hábito contrario al espíritu de pobreza. Fiel a una tradición constante, se abstiene de fumar, como forma de templanza salesiana y de testimonio en su labor educativa” (RE 55). El no fumar es un signo que tiene un particular valor espiritual

y pedagógico en nuestra tradición. Hoy día también la medicina y los médicos recomiendan abstenerse de ello; como buenos educadores y en fidelidad a una constante tradición ascética, deberíamos salvaguardar este testimonio.

También con respecto al uso del dinero los Reglamentos dan disposiciones concretas (RE 56), y asimismo por lo que se refiere a los medios de locomoción (RE 63).

Además, recuerdan que "por sentido de ahorro y con espíritu de familia, los hermanos hagan, en cuanto sea posible, los trabajos y labores de la casa. Procuren adquirir práctica de ello; sobre todo, durante el período de formación inicial" (RE 64).

— *Castidad*: Su práctica, como ya hemos visto, "no es conquista que se logra de una vez para siempre: tiene momentos de paz y momentos de prueba. Es un dón que, a causa de la debilidad humana, exige esfuerzo diario de fidelidad. Por eso, el Salesiano, fiel a las Constituciones, vive en el trabajo y la templanza, practica la mortificación y la guarda de los sentidos, utiliza con discreción y prudencia los instrumentos de comunicación social, y no descuida los medios naturales que favorecen la salud física y mental" (CO 84).

Los Reglamentos hablan de austeridad, de prudencia en las visitas y en la participación a espectáculos (RE 66), en la asunción de personal femenino (RE 67), en las relaciones con personas externas (RE 68). "A ejemplo de nuestro Fundador y consciente de la austeridad que implican la vida religiosa y los compromisos de trabajo, el Superior y cada miembro de la comunidad mantengan vigilante la conciencia de los propios deberes morales en la elección de lecturas y espectáculos, y en el uso de los medios de comunicación social" (RE 44). Este artículo no puede estar ahí, sin consecuencias: debe ser objeto de reflexión personal y de la comunidad. Me consta, por desgracia, que hay abusos. Es un campo de lo más delicado para nuestra perseverancia.

Hay también otros artículos que no cito ahora, pero cuyo espíritu queda suficientemente aclarado con lo dicho hasta aquí.

7. Contemplación y ascesis

Pienso sea muy importante en la tarea de animación de los hermanos y de las

comunidades insistir sobre el misterio de la Pasión de Cristo.

Hay que aprovechar todas las oportunidades para insistir en los motivos profundos de la observancia, volviéndonos contemplativos de la paradoja de la Cruz. El Adviento, la Cuaresma (la práctica tradicional del Vía Crucis: cf. RE 73), la Semana Santa, los tiempos fuertes de la Liturgia de la Iglesia.

La Semana Santa, por ejemplo, en ciertos lugares se ha vuelto semana de vacaciones, mientras que para toda la Iglesia ella es la semana de mayor intensidad de participación en el misterio de Cristo. No debería una comunidad salesiana perderse esta oportunidad extraordinaria de contemplación. Debería vivir en profundidad la Liturgia, y, sobre todo, debería vivirla junto con sus destinatarios. Es la única semana que se llama "Santa" en el tiempo litúrgico; nos ofrece un conjunto de elementos espirituales y pedagógicos que nos sumergen vitalmente en la Pasión y Muerte de Jesucristo.

Una práctica de la Cuaresma es —en nuestra tradición de piedad— el ejercicio del Vía Crucis: es válida pedagogía prepararse a hacerlo bien; no en forma rutinaria, llegando a reflexionar con mucha atención que Dios, para perdonarnos, ha tenido que recorrer este camino. Esto nos hace pensar cómo la misericordia infinita del Padre es tan grande, que ha querido perdonarnos por justicia, aunque parezca una contradicción: ha puesto a un Hombre, hermano nuestro, solidario con nosotros, con personalidad divina, que da sentido infinito a la expiación, y así el Padre nos perdona también por justicia. Esto lo ha querido Dios por su infinita misericordia. Es una práctica que ayuda a reflexionar sobre el pecado: los pecados de hoy, de nuestra sociedad, de nuestros destinatarios. Hemos visto cómo se está perdiendo con la nueva cultura el sentido de pecado; pero si se acaba el sentido de pecado, queda anulado el misterio de Cristo, necesario para la salvación.

Hay también otro momento en que las comunidades están invitadas a pensar en la muerte de Cristo: son los lutos por la muerte de algún hermano o persona muy cercana; son horas de gracia de Dios, que viene a golpear a nuestros corazones, y pide acordarse del inmenso significado de su Cruz.

Si nos familiarizamos siempre más con los eventos de la Pasión de Cristo, se comprenderá siempre mejor que la ascesis no es sólo "escudo" de nuestra consagración, sino también su "estímulo", que tiene como verdadera finalidad entender a fondo qué es la caridad pastoral, para vivirla siempre más intensamente. No es mutilación reductiva, ni huida de los valores, sino opción para lo mejor, fuente de energía y de luz para el desarrollo de la gracia de unidad, para un testimonio siempre más claro del espíritu salesiano, que "revela el valor único de las Bienaventuranzas, y es el dón más precioso que podemos ofrecer a los jóvenes" (CO 25).

8. Promoción de las convicciones de discípulo

Creo tenga mucha importancia, hoy, insistir sobre los valores de la ascesis, y favorecer iniciativas prácticas para su realización.

Entre las tareas de los animadores, ésta debería ser inteligentemente privilegiada: organizar la vida de la comunidad al respecto, saber elegir determinadas lecturas, insistir sobre algunas prácticas, asegurar la conciencia comunitaria y personal. Todo lo que gira alrededor del misterio de la Penitencia debe ocupar un lugar importante en nuestra vida espiritual; no hay, en efecto, interioridad apos-

tólica ni eficacia pastoral, sin una adecuada participación en el misterio de la Cruz. No somos discípulos, sin continuada conversión.

Don Bosco decía que el demonio tienta de preferencia a los intemperantes, y hace estragos entre los que pierden el sentido de pecado.

Elemento indispensable en la animación de todo este vasto sector es el cuidado constante de la celebración (personal y comunitaria) del sacramento de la Penitencia, como expresión suprema de toda una práctica convergente de iniciativas y de concientización, que vuelvan a dar a la conducta cotidiana una revitalización convencida de la virtud de la Penitencia.

El logro de semejante clima depende mucho de la animación de cada uno de los responsables.

No se olvide nunca en las comunidades lo que proclama el Apóstol: "Los que son de Cristo, crucificaron la carne con las pasiones y concupiscencias. Si vivimos en el Espíritu, en el Espíritu también caminemos" (Gál 5, 24-25). Toda verdadera conversión, en el fondo, no es primariamente expresión de una decisión humana, sino un acto de obediencia, de fe. Se trata, en verdad, de una capacidad de respuesta al llamado de Dios, acogiendo el ofrecimiento de su iniciativa. Será, pues, indispensable hacer resonar con abundancia y oportunamente la Palabra de Dios que llama a la penitencia: "¡Convertíos y creed en el Evangelio!"

IX

ALGUNOS DESAFÍOS PARA LA GRACIA DE UNIDAD

Estamos concluyendo nuestras reflexiones acerca de la *interioridad apostólica*, fundada en la gracia de unidad. Con lo dicho hasta aquí, tenemos un concreto cuadro de referencia para responder a los múltiples peligros de la "superficialidad espiritual".

1. Nuestro cuadro de referencia

La respuesta a los actuales desafíos es medida por su radicación en el misterio.

El cuadro de referencia de tal radicación se apoya sobre tres pilares: el misterio de Cristo, la sacramentalidad de la Iglesia y la santidad de don Bosco.

CRISTO es la obra maestra de Dios en la historia: en El brilla la plenitud de la gracia de unidad, elevada a la gracia in creada del Verbo Eterno, que se hace Hombre.

Por la "unión hipostática", uno de nosotros: Jesús, descendiente de Adán y solidario con todo el género humano, puede juzgar, amar, trabajar, sonreír, llorar, sufrir y morir como Dios. La gracia de unidad, en El, conserva la plenitud de la naturaleza divina, potencia las posibilidades de la naturaleza humana, hace descubrir la bondad de todo lo creado, prepara la transformación del mundo hacia una nueva creación. Revela al hombre su propio misterio, su finitud y pecado, su protagonismo en la historia de la salvación, proclamando la profunda inseparabilidad entre lo humano y lo divino, entre lo temporal y lo eterno, entre la cultura y el Evangelio.

LA IGLESIA es en la historia la Esposa mística de Cristo: extiende en los siglos

el misterio de unidad iniciado con la encarnación del Verbo. Es una comunión orgánica de discípulos que se vuelve, en todas las generaciones, "sacramento universal" de salvación. Desde la Eucaristía se construye en verdadero "Cuerpo de Cristo" con alcance cósmico. Une lo divino y lo humano; supera el pecado, encarna la santidad; transforma en signo y en medio eficaz de comunión de lo divino todo lo que es positivamente humano. Incorpora a los bautizados, sus actividades de bien y todo su verdadero amor, en su propia sacramentalidad. En ella y con ella, nosotros mismos nos volvemos signos y portadores del amor de Cristo a los hombres; especialmente, a los jóvenes. Basta que pensemos en la Eucaristía (cf. ACG, n. 324), para medir el espesor y la grandeza de esta sacramentalidad con su inefable construcción de unidad.

DON BOSCO, con su peculiar experiencia del Espíritu Santo, nos ha dejado un carisma eclesial, germinado sobre una especial gracia de unidad que proviene de Cristo y de la Iglesia, en favor, sobre todo, de la juventud. Testimonia una gracia de unidad lanzada en la actividad apostólica con una característica dimensión pedagógica. De ella nace la índole propia de nuestra identidad de consagración en el Pueblo de Dios, como hemos venido reflexionando.

En este cuadro de referencia debemos concentrar nuestro afán de derrotar la superficialidad espiritual, sabiendo dar razón de nuestra *interioridad apostólica*, sea en el ámbito de la Alianza, sea en los de la Misión, de la Comunión, de la Radicalidad y de la Ascesis. Son éstos los elementos inseparables de nuestra índole

propia. Debemos saber cuidar su mutua y cotidiana intercomunidad.

Más que desarrollar a fondo cada punto, vamos a dar una larga tarea para la Casa. Es indispensable intensificar la conciencia de su simultaneidad en la "síntesis vital" de nuestra interioridad. Aquí está el gran desafío global, radicado en esa caridad pastoral que constituye el "centro" y la "síntesis" del espíritu salesiano de don Bosco (cf. CO 11). Lo que hemos meditado hasta ahora, nos ofrecerá razones para iluminar los varios desafíos en cada uno de los ámbitos de nuestra índole propia.

2. Desafíos a la Alianza

Entrando en el ámbito de la Alianza, vemos enseguida la posibilidad de varios desafíos, que proceden de la dualidad de los dos polos de la caridad: Dios y el prójimo. Una inconveniente y desequilibrada polarización puede desviar hacia un dualismo de ruptura que, valorizando unilateralmente un polo, deja en sombra y debilita el otro. Una concepción de Dios que facilita un intimismo pasivo, no favorece la interioridad apostólica. Y una dedicación al prójimo que se agota en un activismo temporalista, vuelve infecunda la verdadera caridad pastoral.

En la raíz de esta polarización está la negación práctica de que el amor al prójimo es fruto del amor de Dios, en continua y mutua intercomunidad.

Los desafíos que nacen de aquí, no tienen sólo un aspecto práctico, sino que esconden también una confusión doctrinal.

Basta que pensemos en algunas alternativas presentadas casi como dilemas discutidos, para optar a favor de uno en desmedro del otro:

- Contemplación y acción;
- Oración y trabajo;
- Interioridad y operosidad;
- Consagración de Dios y donación de sí;
- Verdad salvífica (Palabra de Dios - Tradición - Magisterio) y visión de la realidad; etcétera.

En la práctica, quien se pone del lado de un cierto intimismo justifica su acti-

tud con argumentaciones más bien abstractas, y una consideración más bien atemporal de su pacto de alianza, olvidando con facilidad la indispensable vinculación de la unión con Dios de los demás elementos existenciales de la índole propia. Quien, en cambio, se polariza sobre el aspecto de la actividad en favor del prójimo, privilegia una opción de participación inmediata a proyectos históricos que favorecen una mentalidad temporalista.

3. Desafíos a la Misión

La Misión comporta necesariamente una dimensión histórica con los pluralismos cambiantes de la historicidad. Aquí la gracia de unidad se mueve en los diferentes niveles propios de la sacramentalidad de la Iglesia. ¿Cómo se hace para sublimar una realidad humana en signo y en mediación? Queda siempre la posibilidad de ambigüedades: la realidad creada, ¿es sólo objeto de conocimiento y de posesión, o también intercomunicación de personas y expresión de amor? El enviado es siempre portador del plan de salvación de Cristo, que el Espíritu adapta continuamente a las necesidades de los tiempos y de los lugares. Es demasiado fácil despojar el elemento sacramental de su indispensable valor de "signo" y de su función de "mediación". Por otra parte, es posible también empobrecer el nivel propio del signo, no adecuándolo a las variantes culturales, neutralizando así su función propia con anacronismos que vuelven obsoleta la pastoral. El Vaticano II ha venido a renovar, precisamente, la actualidad pastoral de la misión de la Iglesia.

Surgen así, aquí también, desafíos de tipo doctrinal y de alcance práctico. Podemos indicar algunos en que hay que aclarar la distinción, para su mutua unión:

- Plan de salvación y proyectos históricos;
- Apostolado y actividad temporal;
- Evangelización y educación;
- Pastoral y política;
- Opción evangélica por los pobres y compromiso social;
- Identidad carismática e inserción;

- Santidad y promoción humana;
- Conservación y renovación;
- Fe y religiosidad;
- Ortodoxia y praxis; etcétera.

Ni la mentalidad integrista ni la mentalidad progresista ayudan a aclarar las distinciones entre los dos aspectos, para fortalecer el equilibrio de la unidad.

La misión, que pertenece al misterio de la Iglesia, vive encarnada en los quehaceres humanos, pero no para confundirse con ellos, sino para fermentarlos con el amor de Cristo. Sin la *interioridad apostólica*, es fácil dejarse aferrar prioritariamente por proyectos históricos de actualidad (formulados, más de una vez, a la luz de alguna ideología presentada a lo mejor como científica), o por la complejidad y por las urgencias de las situaciones humanas, olvidando el núcleo vital del envío recibido de Cristo con su óptica y su metodología.

4. Desafíos a la Comunión

El Concilio ha profundizado el aspecto de "Comunión" como valor sustancial de la Iglesia-Sacramento. Esto tiene particular relación, hoy, con dos signos de los tiempos: el proceso de personalización y el proceso de socialización. Desde este punto de vista, el aspecto de la Comunión comporta modalidades de renovación en la Iglesia, que exigen especial atención e interioridad. Es fácil, no sólo prescindir de estas novedades culturales, sino también considerarlas por separado, como si expresaran valores antagónicos. Así, privilegiando el proceso de personalización, se puede caer en una visión unilateral de la subjetividad, favoreciendo una vida de Comunión sólo formal; o, privilegiando el proceso de socialización, abrirse a un fraternalismo que introduzca en la Iglesia y en la vida religiosa una especie de democratización que suprima los roles de la organicidad mística.

Ciertamente, como hemos visto, la Comunión requiere participación y corresponsabilidad; pero no, ni individualismo, ni colectivismo. Además, exige, para los religiosos, una comunidad abierta a más amplios horizontes: el de la Iglesia local, el de los laicos, el de la familia espiritual, que se inspira en el mismo Fundador.

La Comunión abre, de verdad, nuevos horizontes, y exige cambio de mentalidad y de cierto estilo de vida.

Por eso, surgen de ella varios desafíos que requieren revisión profunda de la propia identidad, sea como visión de la Alianza, sea como práctica de la Misión. Indico algunos:

- Persona y comunidad;
- Servicio de autoridad y corresponsabilidad;
- Sacerdocio ministerial y laicalidad;
- Iniciativa y complementariedad;
- Capacidades individuales y proyecto pastoral común;
- Núcleo de consagrados y comunidad educativa;
- Comunidad religiosa y familia espiritual;
- Carisma del Fundador y territorio;
- Congregación e Iglesia local;
- Testimonio evangélico de los consagrados y su rol de fermento social; etcétera.

La gracia de unidad exige que la Alianza y la Misión sean testimoniadas por expertos en Comunión.

5. Desafíos a la Radicalidad evangélica

La Práctica de los Consejos adquiere extraordinario valor profético en una sociedad secularizada, que va olvidando con actitudes cada vez más sofisticadas la indispensabilidad del misterio de Cristo y de la Iglesia.

Los actuales cambios sociales, tan profundos y acelerados, traen consigo la delicada y compleja urgencia de una nueva inculturación, iluminada por una teología renovada.

Pero en la formación de la cultura emergente desempeñan un influjo preponderante los progresos de las ciencias humanas, y una concepción antropocéntrica de la historia. Por otra parte, las reflexiones teológicas que debieran iluminar el proceso de inculturación se concentran, sobre todo, en aspectos generales, comunes a todos los Institutos de consagración, o a la misma vida de la Iglesia en su fundamentación global.

Esto puede traer desviaciones en la consideración de la índole propia, cayendo en reductivismo de tipo antropocéntrico o en genericismos desconocedores del propio carisma. El nuevo reductivismo cultural daña la naturaleza evangélica de los votos, y el genericismo teológico puede ofuscar la identidad de la peculiar experiencia de Espíritu Santo transmitida por el Fundador.

Surgen, pues, varios desafíos, que obligan a no ser superficiales ni plagiados por las modas en la conciencia y en el testimonio del carisma del propio Instituto.

Todo el trabajo posconciliar de los Capítulos Generales se ha concentrado cabalmente en dar respuestas adecuadas a múltiples preguntas acerca de la práctica de los tres votos.

Recordemos algunos desafíos de particular significación:

- Libertad y renuncia;
- Iniciativa personal y obediencia;
- Magnanimidad y pobreza;
- Amor y castidad;
- Servicio a los hombres y huida del mundo;
- Exigencias apostólicas y templanza de la radicalidad;
- Votos y Regla de vida; etcétera.

Estos desafíos deben ser aclarados a la luz simultánea de la propia Alianza, Misión y Comunión.

6. Desafíos a la Ascesis

Además de reflexionar acerca de los cuatro elementos constitutivos de nuestra peculiar consagración, según la descripción del importante artículo 3 de las Constituciones, hemos considerado indispensable detenernos también sobre la metodología de ascesis que acompaña a cada uno de esos elementos.

Se trata de una pedagogía de la consagración absolutamente indispensable. Pero, como hemos observado, esta metodología de vida debe estar sujeta a lo que hay de positivo en la maduración humana de los signos de los tiempos, no ya para suprimirla como anticuada en cuanto ascesis, sino para adecuarla seriamente a una concepción del hombre más adulta y más solidaria.

No es tarea fácil. Queda claro que sin ascesis no hay perseverancia en la consagración; pero queda abierta la búsqueda concreta de un modo más apropiado al crecimiento mismo del hombre en su dimensión personal y social. En este proceso de maduración humana la ascesis se vuelve más exigente, más auténtica, más actual y significativa. Sin ella se puede derrumbar esa contestación evangélica que es central en la obra salvadora de Cristo.

Aquí los desafíos que surgen están colocados en la base misma de la renovación de la vida religiosa. Veamos algunos:

- Personalización y dón de sí;
- Valores antropológicos y cruz;
- Sentido de pecado y redención;
- Contextura humana y potencia del Espíritu;
- Grandes ideales y metodología para alcanzarlos;
- Acción y pasión;
- Amor humano y caridad creadora;
- Sinceridad de ideales y fidelidad de método;
- El hombre nuevo y el seguimiento de Cristo;
- La liberación evangélica y la contestación al espíritu del mundo; etcétera.

No pasarán nunca en todos los siglos las palabras del Señor: "Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz de cada día, y sígame. Pues quien pretenda salvar su vida, la perderá; pero quien pierde la vida por Mí, ése la salvará. Porque, ¿de qué le aprovecha al hombre ganar el mundo entero, si pierde o se daña a sí mismo? Si alguien se avergonzara de Mí y de mi doctrina, el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga con su gloria y con la del Padre, rodeado por los santos ángeles" (Lc 9, 23-26).

7. Todo desde Cristo

La consideración de los desafíos que la actualidad presenta a nuestra gracia de unidad nos hace percibir aun más claramente que el tema, propuesto a nuestra reflexión, nos obliga a una gran claridad

interior, que nos habilita a no tener miedo de las tensiones que han venido creciendo en este cambio profundo de la convivencia humana. Sin interioridad apostólica, nos volvemos víctimas de la superficialidad espiritual, sacudidos de un lado para otro por los vientos de las cambiantes modas. El punto de fuerza de nuestra identidad está en la comprensión de la consagración religiosa con su vigorosa gracia de unidad, expresada simultáneamente en la Alianza, en la Misión, en la Comunión, en la Radicalidad evangélica, apoyados en la ayuda pedagógica de un método concreto y constante de Ascesis.

Esta comprensión de nuestra consagración requiere, por un lado, el convencimiento y la confianza de sentirse envuelto en la potencia del Espíritu del Señor (alimentada "con la gracia de su consagración": CO 195), y, por otro, la continua profundización de la recta doctrina, que ilumina el carisma recibido: "Si vosotros permanecéis en mi doctrina, sois de veras discípulos míos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Jn 8, 31-32).

Hoy se ha vuelto particularmente urgente tener ideas muy claras acerca de la verdad salvífica. Hay demasiadas desviaciones, preocupadas más de cierta racionalidad que de la adhesión auténtica a la revelación. El papa Juan Pablo II dijo en Puebla: "Vigilar la pureza de la doctrina es tan importante como evangelizar" (Alocución inicial, 1, 1).

La afirmación que hace el evangelista Juan de "hacer la verdad", no significa que la verdad nace de la praxis, sino propiamente que se encarna en ella, o sea que es necesario poner en práctica la verdad proclamada en la revelación. Así la verdadera ortodoxia no depende de una praxis histórica, aunque se la llame *ortopraxis*, sino que la auténtica ortopraxis es encarnación y testimonio vivido de la doctrina revelada. Es peligrosamente ambiguo afirmar que es con un compromiso de transformación del mundo como se conoce (ante todo) la verdad salvadora, sino que es conociendo bien e integralmente la Palabra de Dios como se puede transformar el mundo.

Algunos pensadores quisieran hacernos creer que la racionalidad humana de algunos proyectos históricos actuales hace descubrir finalmente la autenticidad del Evangelio; lo cual se aplicaría después también a la pastoral de la Iglesia y a la

decodificación de la vida religiosa tradicional. Habría nacido hoy una nueva profundización de lo cultural y de lo político, que obligaría a cambiar la comprensión del misterio pascual.

Por lo que nos interesa aquí, para asegurar la autenticidad de la doctrina que nos debe iluminar en las respuestas que deberemos dar a los desafíos expresados, debemos mirar con fuerte atención al cuadro de referencia que hemos indicado al inicio: *¡Todo desde Cristo, en la sacramentalidad de la Iglesia, según el espíritu de don Bosco, apoyándonos en la validez de un constante método ascético!*

Creo conveniente insistir en el significado exigente de "todo desde Cristo".

No es una fórmula; es la mentalidad de la fe cristiana. Se trata de la óptica fundamental de la pastoral de la Iglesia, y del ángulo de visión propio de una persona consagrada.

Sabemos que es necesario "ver" y "juzgar" para "actuar". Pero ¿con qué óptica se ve y se juzga?

En Puebla, los Obispos no aceptaron (en la primera parte de su Documento) una visión de la situación continental fundada en una óptica simplemente de racionalidad; reformaron el texto, poniéndole como título "Visión *pastoral* de la realidad latinoamericana". Ese calificativo de "pastoral" comporta una manera de "ver" y de "juzgar" que parte desde Cristo Redentor. La luz que ve y juzga la realidad, supone y se funda en una visión de fe. En el principio, está el misterio de Cristo, su Palabra, su Evangelio, su visión de la historia, su sentido del pecado humano, su metodología de redención, su mensaje de salvación.

Una lectura de la realidad que parte primero desde una racionalidad humana, corre el riesgo de instrumentalizar la fe y politizar el mensaje. Lo específico cristiano no puede estar supeditado a un proyecto histórico, so pena de reducir la escatología que lo constituye a una interpretación y programación contingente. La fe en Cristo es la óptica que lo ve y lo juzga todo; la visión pastoral de la Iglesia guía los análisis de la realidad; la identidad carismática de la consagración religiosa está situada antes de las diferencias culturales y situacionales.

El alma de todo es, pues, la luz de Cristo, en la cual se concentra la óptica global suprema, para discernir la historia

del hombre, interpretar sus múltiples situaciones, y sugerir los criterios metodológicos del amor redentor.

Es sólo desde Cristo que se pueden individualizar las exigencias de la gracia de unidad.

Dice el evangelista Juan: "El que permanece en Mí y Yo en él, da mucho fruto; pero sin Mí nada podéis hacer. Al que no está unido a Mí, se lo arrojará, como al sarmiento que se seca, lo recogen, lo echan al fuego y arde. Si estáis en Mí y mis enseñanzas permanecen en vosotros, pedid cuanto queráis, y se os concederá" (Jn 15, 3-7).

Pidamos, entonces, que las enseñanzas de Cristo permanezcan en nosotros. En El, con El y por El podremos enfrentar y aclarar todos los desaffos. Es hermoso sentirnos invitados por el Evangelio a no

ser superficiales, ni siquiera con camuflaje pseudocientífico.

Leamos con atención cuanto nos proclaman las Constituciones: "Nuestra regla viviente es Jesucristo, el Salvador anunciado en el Evangelio, que hoy vive en la Iglesia y en el mundo, y a quien nosotros descubrimos presente en don Bosco, que entregó su vida a los jóvenes. Como respuesta a la predilección del Señor Jesús, que nos ha llamado con nuestro propio nombre, y guiados por María, acogemos las Constituciones como testamento de don Bosco, libro de vida para nosotros, y prenda de esperanza para los pequeños y los pobres. Las meditamos en la fe, y nos comprometemos a practicarlas: son, para nosotros, discípulos del Señor, un camino que conduce al Amor" (CO 196).

X

GUIADOS POR MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA Y AUXILIADORA

No podemos concluir estos Ejercicios Espirituales sin referirnos a la Virgen María, Madre de Dios.

La gracia de unidad que vivimos en la vocación salesiana tiene en Ella a la inspiradora y a la maestra. Don Bosco nos dice que María está en los orígenes, en el crecimiento y en la autenticidad de nuestra vocación y misión. "Guiados por María", como hemos leído en las Constituciones, acogemos la herencia del Fundador, y nos volvemos con nuestra profesión religiosa un verdadero dón de Dios para la juventud. Ella es la estrella de la nueva evangelización, que nos encamina hacia el tercer milenio.

El Santo Padre Juan Pablo II ha afirmado, en 1983, durante una hermosa homilía pronunciada en Honduras, que "cada vez que nace la Iglesia en un país, la presencia de la Madre es garantía de fraternidad y de acogida del Espíritu Santo". Yo pienso que no sólo cada vez que nace la Iglesia en un país, sino cada vez que nace un verdadero carisma para la Iglesia universal, allí desempeña un rol especial la maternidad de María. Don Bosco nos lo asegura para nuestro carisma. Pero también las demás Familias religiosas reconocen y agradecen la presencia de la Virgen en el nacimiento y en el incremento de su especial vocación en la Iglesia.

Sería muy interesante un estudio al respecto. Nos haría constatar la intervención concreta de María en las especiales iniciativas del Espíritu Santo a lo largo de los siglos.

1. María y la gracia de unidad

El Evangelio llama a María "la llena de gracia". Es Inmaculada; no ha conocido la más mínima rotura del pecado. Su gran fe ("Aquella que ha creído") ha sido siempre vivificada por la plenitud de la caridad: en su existencia humana ha crecido cotidianamente en la unidad del amor. En su seno se ha realizado la suprema gracia de unidad con la encarnación del Verbo. La potencia del Espíritu ha hecho que fuera simultáneamente Virgen y Madre: una consagración peculiar, que es modelo de todas las consagraciones religiosas.

La gracia de unidad, en Ella, la ha vuelto no sólo "Theotocos", sino Madre de todos los hombres: la "segunda Eva", tipo y profecía de la misma Iglesia; le ha hecho vivir una maternidad permanente.

En María, contemplación y misión son el alma unitaria de su interioridad apostólica, que pronuncia continuamente el más consciente "Sí" a las iniciativas del Padre.

Ella es el Arca de la nueva Alianza, la Reina de los Apóstoles, el corazón de toda Comunión, el gozo de la más perfecta Radicalidad. Si queremos tener una idea concreta de cómo puede crecer y fructificar en la historia la gracia de unidad, debemos mirar a Ella como a modelo insuperable, junto a Cristo, "segundo Adán".

La grandeza de María procede toda de la plenitud de su gracia de unidad en Cristo; y su maternidad es dedicada a guiarnos en el seguimiento de su Hijo el

Señor, para que en todos crezca esa caridad que procede del misterio de la encarnación y redención.

Así la gracia de unidad, en nosotros, tiene un indispensable aspecto mariano, que ilumina la interioridad apostólica y la acompaña en su crecimiento. Sería falta de objetividad reflexionar acerca de la gracia de unidad de nuestra consagración religiosa, sin fijar la atención en la plenitud interior y en la maternidad de María.

2. Feliz inclusión de la dimensión mariana en el texto constitucional

Miremos ante todo el texto renovado de las Constituciones.

Debemos agradecer al último Capítulo General (CG 22, 1984) el haber enriquecido nuestro Código fundamental con una indispensable dimensión mariana, que las vuelve más fieles al espíritu del Fundador.

Antes, por exigencias técnicas (cf. Introducción al "Comentario"), no se había podido expresar en el texto este aspecto; y también la reelaboración del CGE no lo había desarrollado satisfactoriamente. Con el aporte de muchas sugerencias de las Inspectorías se ha podido finalmente llenar esta laguna. Ahora varios artículos constitucionales lo presentan en forma sobria, pero densa y significativa.

Los podemos dividir en dos grupos:

a) Los que se refieren a María en la fundación y en la vida de la Congregación;

b) Los que se refieren a María en la acción del Salesiano. (Cf. el hermoso estudio de A. Van Luyn, *María nel carisma salesiano*, LAS, Roma, 1987.)

En el primer grupo tenemos cinco artículos que nos hablan de la "intervención materna de María" en la fundación (CO 1); de su presencia viva en la vida de la Congregación, y de la entrega de los Salesianos a Ella (CO 8); de su constante interés como Patrona principal (CO 9); de su iluminación y guía en el Sistema Preventivo (CO 20), y de su especial intercesión para la práctica de la profesión religiosa (CO 24).

En el segundo grupo, varios artículos nos indican su presencia y su importancia en la obra de la evangelización y catequesis (CO 34); la indispensabilidad de

su devoción para crecer en la castidad (CO 84); su ejemplo en la escucha de la Palabra de Dios (CO 87); el relevante lugar que ocupa en la oración del Salesiano (CO 92); su ayuda en la experiencia formativa (CO 98), y su constante acompañamiento en el camino que conduce al Amor (CO 196).

Como se ve, la consagración salesiana está profundamente vinculada con María. Esto significa que la conciencia y el cuidado de nuestra gracia de unidad no pueden prescindir de una fuerte y convencida devoción mariana. No se trata de una simple apreciación de simpatía y de sentimientos, sino de una constatación histórica: sea, en general, por lo que es María históricamente en el Cristianismo ("María, Madre de Dios, ocupa un puesto singular en la historia de la salvación": CO 92); sea, en particular, por el origen histórico de nuestra vocación ("La Virgen María indicó a don Bosco su campo de acción entre los jóvenes, y lo guió y sostuvo constantemente; sobre todo, en la fundación de nuestra Sociedad": CO 8); sea en su tarea materna de resucitada que vive con Cristo intercediendo siempre e interviniendo en los quehaceres humanos y en la vida de la Congregación ("Creemos que María está presente entre nosotros, y continúa su misión de Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos": CO 8).

Es una de las grandes características de la devoción mariana de don Bosco el considerar a María, no sólo como a "viviente", sino como a verdaderamente "presente" en nuestras Casas y en nuestra actividad apostólica.

Por eso "nos hemos entregado" y "nos entregamos" a Ella (cf. ACG, n. 309, julio-setiembre de 1983) con actitud filial, y con nuestro compromiso operativo para vivir fieles a nuestra Alianza, a nuestra Misión, a nuestro estilo de Comunión, y a nuestro testimonio evangélico de Radicalidad. Vale la pena volver a meditar la fórmula de nuestro "Acto de entrega" pronunciado solemnemente al inicio del CG 22 (14 de enero de 1984): "Auxiliadora Madre de la Iglesia, nosotros, Salesianos de don Bosco, nos entregamos, personal y comunitariamente, a tu bondad e intercesión. Te entregamos el precioso tesoro de nuestras Constituciones, el compromiso de fidelidad y de unidad en la Congregación, la santificación de sus miembros, el trabajo de todos animado por una

actitud litúrgica de culto en espíritu y vida, la fecundidad vocacional, la difícil responsabilidad de la formación, la audacia y la generosidad misionera, la animación de la Familia Salesiana y, sobre todo, el activo ministerio de predilección hacia la juventud. Te proclamamos, con alegría, *Maestra y Guía de nuestra Congregación*" (cf. fórmula del Acto oficial de entrega).

3. Un gran modelo de interioridad apostólica

María está históricamente en el centro de la misión de Cristo: "Cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer" (Gál 4, 4). Es en Ella que tiene inicio el gran evento de la Pascua del Señor. La realización de este evento salvífico supremo ("id quo maius fieri nequit", o sea que no puede haber otro hecho salvífico más grande que éste), que constituye la misión misma de Cristo, ha ido construyéndose gradualmente en la historia empezando por María (Inmaculada Concepción; Anunciación; Navidad; etcétera), y siguiendo con su personal y materna participación. El Evangelista dice que María "guardaba todas estas cosas en su corazón" (Lc 2, 51).

Su fe —la más grande de todos los siglos— era una atenta interioridad que contemplaba cotidianamente los acontecimientos de la misión de Cristo. Era una interioridad sencilla y realista; no se nutría de reflexiones ideológicas; contemplaba los acontecimientos concretos de la salvación; no seguía el llamado "proyecto histórico" con que sus contemporáneos se imaginaban al Mesías, sino que trataba de perforar lo que sucedía en Ella y en Cristo como expresión de un plan inefable y misterioso que procedía directamente de Dios, cuyos caminos no son los caminos de los filósofos y de los políticos. Estaba convencida, porque lo había experimentado y lo experimentaba en forma continua —aunque sea oscuramente—, que el Espíritu del Omnipotente interviene de verdad en la historia de los hombres; la vida y el devenir humano contienen objetivamente una presencia activa de Dios, sin la consideración de la cual resulta peligrosamente reductivo el análisis de la realidad. Su cántico del *Magnificat* es una lectura objetiva de la historia humana: "Su misericordia va de genera-

ción en generación para los que lo temen. Ha empleado la fuerza de su brazo; ha confundido a los engreídos en el pensamiento de sus corazones. Ha derribado a los poderosos de sus tronos, y ha levantado a los humildes. Ha colmado de bienes a los hambrientos, y ha enviado a los ricos con las manos vacías" (Lc 1, 50-53).

Nuestra interioridad apostólica debe imitar la fe de María. La misión de la Iglesia (y la participación en ella de nuestra pastoral juvenil) es, como la de Cristo, una realidad que pertenece al Misterio, y necesita una contemplación y una interpretación que trasciendan la racionalidad de los proyectos humanos, no para no tomarlos en cuenta o para despreciarlos, sino para incorporarlos, con inteligencia crítica, en el plan salvífico de Dios, aunque aparezca siempre rodeado de una luz oscura. Pero así es la reflexión paradójica de la fe. María nos da el más alto ejemplo al respecto: luz y oscuridad, pero ¡mil dificultades no hacen una duda!

Cuando hablábamos de "visión pastoral" distinta del "análisis racional", queríamos indicar cabalmente esta óptica propia del creyente.

O reflexionamos "pastoralmente" —creyendo como María— a la luz de la presencia activa del Espíritu Santo y siguiendo el plan divino de la historia de la salvación, o no seremos capaces de realizar verdaderamente la misión de la Iglesia.

La gracia de unidad crece y fructifica solamente en una profunda contemplación de la fe. Sin ella se irá cayendo en la superficialidad espiritual, aunque sea con vestidura de racionalidad.

4. Iluminación mariana de la consagración religiosa

La consagración religiosa no es "sacramental". Es una iniciativa de Dios que construye una especial alianza con personas, marcándolas con el sello de su Espíritu y envolviéndolas en su misteriosa potencia. Hemos visto como el Concilio Vaticano II ha proclamado este aspecto fundamental de la vida religiosa. Se trata de una gracia especial: la "gracia de Su consagración" (cf. CO 195).

Pues, el ejemplo supremo de esta iniciativa de Dios es María, "la llena de gra-

cia" desde el primer instante de su concepción.

En Ella la gracia de unidad ha nacido sin limitaciones y sin los obstáculos del pecado; por eso ha crecido vigorosamente hasta el "Sí" de la Anunciación, para llegar a la plenitud del Calvario, de Pentecostés y de la Asunción. La potencia del Espíritu Santo ha puesto su morada en Ella, y ha unido su virginidad con la más grande maternidad: la de Cristo y de la Iglesia. Si queremos tratar de ahondar el significado del sentirse envuelto en el Espíritu, debemos mirar a María.

Con esta iluminación mariana podemos volver a leer cuanto nos dicen las Constituciones: "Nuestra vida de discípulos del Señor es una gracia del Padre, que nos consagra con el don de su Espíritu, y nos envía a ser apóstoles de los jóvenes" (CO 3); "La acción del Espíritu es, para el profeso, fuente permanente de gracia y apoyo en el esfuerzo diario de crecer en el amor perfecto de Dios y a los hombres" (CO 25); "La fidelidad al compromiso adquirido en la profesión religiosa es una respuesta, constantemente renovada, a la especial alianza que el Señor ha sellado con nosotros. Nuestra perseverancia se apoya totalmente en la fidelidad de Dios, que nos ha amado primero, y se alimenta con la gracia de su consagración" (CO 195).

No se puede entender el misterio de María sin su consagración de parte de Dios Padre en el Espíritu.

Así Ella ilumina toda nuestra interioridad apostólica; nos indica cuál es su raíz, cuál es su secreto de crecimiento, y cuáles son sus dinamismos de acción. Sólo mirando a María e imitando su interioridad, podemos estimular los resortes de la gracia de unidad, y derrotar definitivamente la superficialidad espiritual. Urge saber considerar los acontecimientos de nuestra vida "conservando en el corazón" todo lo que encontramos en ellos de presencia de Dios. La consagración religiosa vive y persevera en una indispensable contemplación de fe.

"Dócil al Espíritu Santo, don Bosco vivió la experiencia de una oración humilde, llena de confianza y apostólica, que de modo espontáneo enlazaba la oración con la vida" (CO 86); "sumergido en el mundo y en las preocupaciones de la vida pastoral, el Salesiano aprende a encontrar a Dios en aquellos a quienes es en-

viado. Al descubrir los frutos del Espíritu en la vida de los hombres —especialmente, de los jóvenes—, da gracias por todo, y al compartir sus problemas y sufrimientos, invoca para ellos la luz y la fuerza de su presencia. Se nutre de la caridad del Buen Pastor, cuyo testigo quiere ser, y participa en las riquezas espirituales que le ofrece su comunidad. La necesidad de Dios, sentida en el trabajo apostólico, lo lleva a celebrar la liturgia de la vida" (CO 95); para él, María "es modelo de oración y de caridad pastoral, maestra de sabiduría y guía de nuestra familia" (CO 92).

5. El testimonio mariano de don Bosco

Don Bosco consideró siempre a María como a su "Maestra y Guía" en la vocación de Fundador de la Familia Salesiana: "¡Ella lo ha hecho todo!" era una convicción que venía desde su infancia (el sueño de los nueve años), y que creció constantemente en la conciencia de su interioridad apostólica. De Ella aprendió algunas notas características, que dejó en herencia en su escuela de espiritualidad pastoral. Sobresalen:

— La íntima unión entre contemplación y acción, entre oración y trabajo;

— La inseparabilidad entre evangelización y educación;

— La simultaneidad entre "razón, religión y amabilidad";

— La síntesis de la radicalidad evangélica en la obediencia;

— La armonía entre iniciativa personal y complementariedad comunitaria;

— La mutua compenetración entre Iglesia universal e Iglesia particular;

— La encarnación del realismo de la fe en la honestidad y responsabilidad social; etcétera.

Es decir, una capacidad de síntesis personal y apostólica que representa una proyección concreta de la gracia de unidad.

En Cristo y en María se ha iniciado la reconstrucción de la unidad y armonía de la creación en la vida personal, social y eclesial.

No es una tarea fácil. En el devenir humano se encuentran tantos desequilibrios y no pocas fracturas. La maternidad de María prolonga y ayuda a crecer las riquezas unificadoras del misterio de la encarnación.

El Concilio Vaticano II ha venido a poner de relieve una renovación pastoral que tenga más en cuenta el rol unificador del misterio de Cristo. Pues, la espiritualidad y los criterios pastorales de don Bosco están situados proféticamente en esta órbita de reunificación: creación y redención, laicidad y eclesialidad, cultura y Evangelio, responsabilidad social y vida de fe, promoción humana y crecimiento en la gracia, iniciativa personal y confianza en Dios, simpatía y ascesis, pedagogía y pastoral, condición civil y consagración religiosa, magnanimidad operativa y pobreza evangélica, alegría y cruz, perspectiva de futuro y valores permanentes, realismo histórico y coraje escatológico.

Una gracia de unidad que crezca con perspectivas tan fácilmente en tensión, es una especie de milagro de santidad. Puede ser real sólo si se arraiga en la maternidad de María, que ha engendrado la unidad de Cristo, y que favorece y acompaña su crecimiento en todas las generaciones.

El testimonio mariano de don Bosco se expresa, sin duda, en su peculiar devoción a la Virgen; pero consiste, sobre todo, en haber modelado la síntesis vital de su espiritualidad y la criteriología pastoral de su acción en la originalidad del misterio de Cristo, que brilla en María con la sencillez inefable de su maternidad. La reconstrucción de la unidad para la salvación del mundo necesita, más que de difíciles y complejas teorías, de la función materna de la generación, de la sabiduría del sentido común de la fe, y de la docilidad a las iniciativas del Espíritu del Señor. Es así, como en María, que Dios hace "cosas grandes".

En particular, el testimonio mariano de don Bosco se ha manifestado en su extraordinario sentido de Iglesia, que es el organismo vivo —Cuerpo místico de Cristo—, gran signo y portador histórico de la tarea unificadora del Señor para todos los pueblos. Don Bosco, inspirándose en María, amó fuertemente a la Iglesia que peregrina en el tiempo. Por eso, su devoción maduró (allá por los años '60, cuando había llegado a su madurez ministerial)

en la consideración de María como Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los Cristianos.

6. El cuadro de la Auxiliadora en Valdocco

Considero particularmente significativo para nosotros reflexionar sobre el sentido que le ha dado don Bosco al misterio de María en la historia de la salvación. El título de "Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los Cristianos" (Don Bosco, *Maraviglie della Madre di Dio*, Torino, 1868, pág. 45; CE XX, 237) ya es significativo de una devoción eclesial de concretez histórica. Hay al respecto estudios interesantes de la Academia Mariana Salesiana (yo mismo he escrito hace años —antes del Concilio— un librito: *María, Auxilio de los Cristianos*; Editorial Salesiana, Santiago de Chile, 1962); y su profundización es, sin duda, un elemento que ayuda a superar el peligro de la superficialidad espiritual. Pero aquí yo quisiera contemplar, junto con ustedes, el alcance doctrinal del cuadro que don Bosco hizo pintar para su basílica de Valdocco.

Todos tenemos alguna estampa a mano para seguir la reflexión. Es una pintura de alto contenido eclesiológico, que nos recuerda el dinamismo de la gracia de unidad en la Iglesia misma a lo largo de los siglos.

¿Qué le pidió don Bosco al pintor Tomás Lorenzone? (cf. MB 8, 4-5; 9, 200-201). La de un cuadro significativo era una de sus grandes preocupaciones, antes de la terminación de la construcción del templo: quería que se viera expresado con claridad el alcance doctrinal de la devoción a María Auxiliadora.

Le explicó su idea al artista: le pidió que pintara a la Virgen en el centro; después, en lo alto, el amor salvador del Dios Trino, los coros de los ángeles con la ascensión de María; cerca de Ella, la Iglesia del Cielo: los Apóstoles, los mártires, los profetas, las vírgenes y los confesores; más abajo, la Iglesia peregrinante con los emblemas de las grandes victorias de la Virgen en la historia de la humanidad, los pueblos de los varios continentes con las manos levantadas, pidiendo auxilio. El pintor le contestó: "No basta, querido Padre, toda la plaza Castello", para contener tantos elementos.

Don Bosco quería hechos históricos, amplitud misionera, sentido de Iglesia universal, maternidad activa y permanente hacia todos los pueblos de la Tierra. La idea era clara; pero pedía demasiado para un cuadro. El pintor trabajó durante tres años; le resultó una obra de 7 por 4, con lo más expresivo de lo que quería el Santo.

¿Qué cosas quedan destacadas en el cuadro? Ante todo, arriba, está el ojo de Dios Padre, rico en misericordia, que mira hacia la historia humana, y procediendo de El, la potencia del Espíritu Santo, en figura de paloma. Del "ojo" y de la "paloma" nace una luz brillante que ilumina a la Virgen coronada de estrellas; Ella sostiene maternalmente en sus brazos al Niño Jesús, Salvador del mundo, como indicando que toda la benevolencia y misericordia del Padre y toda la potencia del Espíritu Santo llenan a la Virgen de gracia para una maternidad permanente, destinada a engendrar a Cristo en todos los hombres. La Virgen se halla rodeada de un coro de ángeles que nos hablan de su resurrección y ascensión. Ella muestra en su mano derecha un cetro, que indica su poder de intercesión y su constante solicitud por la vida de la Iglesia.

Detengámonos un instante a reflexionar sobre este sector del cuadro. Es una descripción de la gracia de unidad para toda la Iglesia. Esta gracia procede "desde lo alto", o sea desde el gran Misterio donde vive y desde donde se propaga esa inefable unidad que es el Amor de Dios. Todo descende desde la plenitud de la Trinidad. Allí el Padre es tal, porque está engendrando eternamente al Hijo; y el Verbo es Hijo que está restituyéndose eternamente al Padre con un "Sí" total y perfecto; y esta comunión exhaustiva de ambos queda personificada en el Espíritu Santo, como expresión inefable de unidad del Padre y del Hijo. Así, en esta intimidad del misterio, queda excluido todo egoísmo engendradora de desunión. El Padre es totalmente "dón de sí", sin excluir nada de la comunión; el Hijo tampoco guarda nada para sí, y el Espíritu es total y simultáneamente del Padre y del Hijo. El amor de Dios es tan perfectamente abierto en cada uno de los Tres, que constituye en Ellos la unidad de la naturaleza divina. El Espíritu es como el éxtasis de este Amor en la historia, tan prodigiosamente fecundo en María, hecha Madre

del Verbo, abriéndose a través de su Hijo Jesucristo al universo entero. La Resurrección, obrada por la potencia del Espíritu, hará de Cristo y de María el "nuevo Adán" y la "nueva Eva" para la historia de la salvación humana. Este primer sector del cuadro, entonces, centra la devoción a la Auxiliadora en el misterio mismo del Amor de Dios, fuente de toda caridad y de toda gracia de unidad.

En un segundo sector contemplamos a los quince principales colaboradores de Cristo en la fundación de la Iglesia: los doce Apóstoles, san Pablo y los evangelistas Marcos y Lucas; ellos se entregaron generosamente a su misión hasta el dón total de sí (como lo muestra, en varios de ellos, el símbolo del martirio). Resaltan, entre ellos, los cuatro Evangelistas, especiales constructores de la unidad de la Iglesia a través de sus Evangelios. En medio de ellos campean san Pedro y san Pablo. El primero recuerda la importancia fundamental del ministerio petrino para la vida y el crecimiento de la Iglesia, y por eso muestra en la mano de Pedro la potestad de las llaves. El segundo hace pensar en la eficacia de la evangelización que proclama la Palabra de Cristo como espada de doble filo que penetra en el corazón de las personas y en las culturas de los pueblos; san Pablo mira a María como si repitiera "cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer" (Gál 4, 4).

Esta parte del cuadro muestra con especial evidencia la iniciativa materna de María en favor de toda acción apostólica, y, en particular, del magisterio y del ministerio de los Pastores en la Iglesia de Cristo. La gran misión de evangelizar y de guiar a los discípulos del Señor tiene a María como a su gran protectora; se preocupa continuamente en la historia del crecimiento y de la unidad de la Iglesia. Propagar la devoción a la Auxiliadora quiere decir, para don Bosco, dedicarse a una incansable "eclesiogénesis" en fidelidad a Pedro, a los Apóstoles y a los Evangelistas; construir la unidad de la familia humana a través de la Pascua de Cristo con la potencia de su Espíritu.

Y hay un tercer sector en el cuadro, en forma más reducida y en perspectiva, que presenta la basílica mariana de Valdocco, en Turín, como centro propulsor de operosidad eclesial; sobre todo, a través del carisma de evangelización y pro-

moción de la juventud: *Haec domus mea, inde gloria mea!* María, que realiza su permanente maternidad en una Iglesia que privilegia la pastoral juvenil. Como nos dice el Papa en su hermosa carta *Iuvenum patris*: "Con su obra, queridísimos educadores, están ustedes cumpliendo un exquisito ejercicio de maternidad eclesial; estoy bien convencido, beneméritos educadores, de las dificultades que ustedes encuentran y de las desilusiones que a veces sienten. No se desanimen en recorrer este camino privilegiado del amor que es la educación. Les dé fuerza la inagotable paciencia de Dios en su pedagogía hacia la humanidad, ejercicio incesante de la paternidad revelada en la misión de Cristo, maestro y pastor, y en la presencia del Espíritu Santo, enviado a transformar el mundo" (IP 20).

Éstos son algunos contenidos doctrinales del cuadro. Representan pictóricamente un programa exigente en nuestro camino hacia el tercer milenio. El misterio del Amor del Dios trino, las misiones de Cristo y del Espíritu, la maternidad permanente de María, el testimonio heroico de los Apóstoles y Evangelistas, no son una enajenación de la historia. El cuadro de Valdocco los representa como proyecto de amor y de gracia de unidad para la historia de los hombres. María Auxiliadora sugiere claramente cultivar en el corazón una fe verdaderamente comprometida, una esperanza dinámica de operosidad, una caridad pastoral traducida cotidianamente en praxis apostólica.

La Virgen misma, cuando cantó en el *Magnificat* sus sentimientos más íntimos, habló de historia. Lo atestiguan los Apóstoles y los Evangelistas del cuadro extáticamente vueltos hacia Ella, casi para indicarnos que, para caminar hacia delante con audacia cristiana y para crear por doquiera futuro de fe, se requiere incansable acción apostólica. La Madre de Dios nos protege, nos acompaña, nos ayuda, nos ilumina, nos guía y nos asegura la realización de "cosas grandes".

El futuro de la fe no nace espontáneamente con el devenir humano: es preciso ir construyéndolo con sudor, día tras día, para que se vuelva patrimonio inapreciable de la humanidad.

El cuadro de la Auxiliadora en Valdocco nos habla así de la laboriosa unidad entre gloria e historia. El *inde gloria mea* es para nosotros una exigente tarea.

7. Los tiempos difíciles

Don Bosco, según él mismo ha afirmado, maduró su devoción mariana hacia la doctrina de la Auxiliadora, porque "los tiempos eran difíciles". Lo dijo un día de 1862 al joven Juan Cagliero: "La Virgen quiere que la honremos con el título de *Auxiliadora*; los tiempos corren tan tristes, que necesitamos verdaderamente que Ella nos ayude a conservar y defender la fe cristiana" (MB 7, 334); Ella será la extraordinaria ayuda, "sea contra los enemigos externos (de la Iglesia), sea contra los enemigos internos" (MB 13, 409).

Vale la pena, en este Año Mariano, reflexionar sobre este aspecto de "la Virgen de los tiempos difíciles", partiendo de la profunda encíclica *Redemptoris Mater* que nos ha regalado el Papa. El hilo conductor de este documento es la meditación sobre la fe de María: de "Aquella que ha creído". Su ayuda procede de la grandeza que alcanzó a través de su inmensa fe. Ella ha demostrado la plenitud de su gracia de unidad en la vivencia heroica de la fe.

Un primer aspecto que debemos notar es que María testimonió y creció en la fe, aceptando con valentía las oscuridades; quizá no todos lleguemos a captar con claridad lo difícil que fue para la Virgen el creer. Pensemos, por ejemplo, en la Anunciación: la Virgen era una niña más o menos de unos quince años: ¡cuántas cosas le eran terriblemente oscuras! También más tarde, cuando el Niño adolescente se quedó en Jerusalén y le contestó que debía seguir su vocación: "Yo tengo que estar en las cosas de mi Padre". Pero, sobre todo, en el Calvario: ¡qué oscuridad enorme para la Virgen! Su Hijo era para Ella un extraordinario don de Dios, y ahora lo ve morir con la peor de las condenas. La Virgen vivió rodeada de oscuridades que la acompañaron durante toda su existencia en la Tierra; pero no disminuyeron en ningún momento la seguridad de su fe, su confianza, su adhesión plena a Dios, la absoluta certeza de la intervención del Espíritu Santo. Si hay una persona en la historia que está segura de que el Espíritu Santo interviene, es María. Lo ha experimentado en su maternidad. No se preocupa siquiera de darle explicaciones a José. Y más tarde, en la hora terrible de la muerte, acla-

rada sólo después de tres días por la gran luz de la Resurrección. Y luego, cuando acompaña a los Apóstoles en la preparación de la venida del Espíritu para una Iglesia que debía abarcar todo el mundo. Cuando rezamos el *Angelus*, deberíamos reafirmar para nosotros esta seguridad de María en la acción del Espíritu Santo: "El ángel anunció a María, y Ella concibió por obra del Espíritu Santo. Y el Verbo se hizo carne".

Nosotros estamos convencidos de que la gracia de unidad viene del Espíritu Santo: es energía del Amor trino. Dios nos ha llamado, nos ha consagrado, nos tiene envueltos en la potencia del Espíritu. Y nosotros no nos acordamos de ello. La actitud de María nos lo recuerda admirablemente.

Una característica que acompaña la acción del Espíritu Santo es la "fecundidad". María ha constatado que el Espíritu Santo tiene iniciativas muy eficaces para el bien. María nos aparece como una Esposa fecundada por el Espíritu Santo, y que confía continuamente en Su potencia.

También después de su Asunción las grandes iniciativas del Espíritu Santo en la Iglesia tienen un característico aspecto mariano. No porque alguna filosofía exija que sea así; la historia no es la conclusión de unos principios metafísicos; la historia está constituida por hechos, por eventos, por personas que son así, porque Alguien quiso que fueran así, porque Dios quiso que así se escribiera la historia de la salvación.

El Concilio Vaticano II nos ha presentado la figura de María como tipo, modelo de la Iglesia; como la profecía anticipada de lo que es y será la Iglesia: la maternidad de María por la iniciativa del Espíritu es el modelo y el tipo de la maternidad de la Iglesia a lo largo de los siglos, o sea de una continua intervención de la potencia del Espíritu.

Por su fe, por su confianza, por su seguridad en la intervención del Espíritu, por su maternidad permanente, María se vuelve "Ayuda". La caridad de María la ha hecho preocuparse de los demás. Apenas invadida por el poder del Espíritu Santo, se preocupa para ir a ayudar a su prima Isabel. Toda la vida de María es

una vida de ayuda, de colaboración con su Hijo Jesucristo y a todo lo largo de la historia: Ella es la que ayuda a la Iglesia y a los fieles a crecer en la fe, y a ser fecundos en la caridad. Don Bosco subraya esta característica de María en la historia. No hay dificultad que supere la potencia del Espíritu. Los tiempos difíciles no suprimen la fuerza y la fecundidad de la fe.

A nosotros nos toca, entonces, no sólo meditar y vivir este aspecto mariano de nuestra gracia de unidad, sino ser apóstoles que hagan conocer y amar a la Virgen bajo las características que nos enseñó don Bosco.

En nuestros tiempos difíciles hay dos aspectos que se consideran como un sector privilegiado de la intervención y de la ayuda materna de María.

El primero es el de las *vocaciones*. Tenemos urgencia de vocaciones, porque la juventud necesitada crece continuamente, y nosotros queremos trabajar con ella hasta lo imposible. Para ello necesitamos vocaciones. La vocación viene de Dios: se requiere, entonces, mucha oración. No basta ella sola, pero se requiere, y mucha: la mies es mucha, y los obreros son pocos: "envíanos obreros para la mies". Pero, además, la devoción a la Auxiliadora exige despertar iniciativas pastorales con particular dedicación a las vocaciones; sobre todo, entre los jóvenes.

El segundo aspecto es el de la *fidelidad y perseverancia en la vocación*. Los tiempos se han vuelto difíciles, y no pocos han abandonado. La fidelidad va vinculada con la Práctica de los Consejos evangélicos, y, entre ellos, en forma particular, de la castidad. Cuidar este aspecto práctico de la devoción a María ayudará a testimoniar esa consagración tan portadora de auténtico amor.

Don Bosco ha vivido entre dificultades, externas e internas; pero ha triunfado: "porque todo lo que ha nacido de Dios, vence al mundo. Y ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe" (1 Jn 5, 4).

María en todos los tiempos, por difíciles que sean, nos ayuda. Démos gran importancia en nuestra vivencia de la gracia de unidad a su devoción.

CONCLUSIÓN

Y concluyo. Hemos estado meditando los valores y los secretos de nuestra interioridad apostólica. Nos hemos centrado en la consideración de la gracia de unidad. Así hemos descubierto la importancia, la presencia y la potencia del Espíritu Santo, que nos envuelve en la unidad del Amor, llenándonos de caridad pastoral.

A la luz de este divina consagración hemos podido profundizar nuestra Profesión religiosa como un proyecto unitario de vida evangélica en el seguimiento de Cristo. Nos hemos convencido de que, sin nuestro esfuerzo personal y comunitario de ascesis, no podremos responder victoriosamente a los múltiples e inéditos desafíos que proceden de los tiempos nuevos. Nos ha alegrado constatar que en toda esta tarea de fe nos acompaña, nos guía y nos ayuda María, la Madre de Dios.

Nos toca tomar en serio, para nosotros mismos y para nuestros hermanos, el riquísimo patrimonio evangélico de nuestro carisma. Con este fin cuidaremos nuestra gracia de unidad participando en la misión de Cristo y del Espíritu, que han sido enviados al mundo por el Padre, para que todos seamos uno: "Yo en ellos y Tú (Padre) en Mí, para que sean perfectos en la unidad, y así conozca el mundo que Tú me enviaste, y los amaste como me amaste a Mí" (Jn 17, 23).

1. El plan divino de unidad

San Pablo inicia la Epístola a los Efesios con un cántico de alabanza y de agradecimiento a Dios, por el inefable plan de unificación inventado por su Amor: "Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que en los Cielos nos bendijo con toda suerte de bendiciones espirituales en Cristo..., haciéndonos co-

nocer el misterio de su voluntad según su beneplácito, que se propuso en El, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: el plan de recapitular todas las cosas en Cristo, las de los Cielos y las de la Tierra" (Ef 1, 3-10).

Es hermoso contemplar nuestra vocación como participación activa en esta planificación del Amor increado, para superar y destruir toda división al interior de cada persona, en la complejidad de la vida social y en la misma reestructuración final del mundo.

2. La potencia unificadora del Espíritu, "Dominum et vivificantem"

Tenemos una iluminadora encíclica de Juan Pablo II sobre la misión unificadora del Espíritu Santo en la vida de cada creyente, de la Iglesia y del mundo: *Dominum et vivificantem*. Nos la ha regalado en la solemnidad de Pentecostés de 1986. Debiera constituir la meditación conclusiva de este retiro: es tarea para cada uno en casa. Lo considero un documento indispensable para desarrollar aun más el tema de la gracia de unidad. Aquí sólo una observación que sirva de conclusión calificada a las reflexiones que hemos hecho.

El Espíritu Santo trabaja "en el interior", y "desde" el corazón y la conciencia humanos; hace crecer al hombre desde dentro, sanando su discordia interna, y llevándolo a superar todo materialismo (que influye en tantos aspectos de la cultura actual): "Caminad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne" (Gál 5, 16). El corazón del hombre "es el lugar escondido del encuentro salvífico con el Espíritu Santo, con el Dios oculto, y es cabalmente aquí que el Espíritu Santo se vuelve *manantial de agua que*

salta hasta la vida eterna (Jn 4, 14). Aquí El llega como Espíritu de verdad y como Paráclito, cual ha sido prometido por Cristo. Desde aquí El actúa como Consolador, Intercesor, Abogado. El Espíritu Santo no cesa de ser el custodio de la esperanza en el corazón del hombre: de la esperanza de todas las criaturas humanas, y, especialmente, de las que poseen las primicias del Espíritu y esperan la re-

dención de su cuerpo (Rom 8, 23). El Espíritu Santo, en su misterioso vínculo de comunión divina con el Redentor, es el realizador de la continuidad de su obra: Él toma de Cristo y transmite a todos, entrando incesantemente en la historia del mundo a través del corazón del hombre" (DV 67).

Veni sancte Spiritus! Amén.

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

INTRODUCCIÓN: 7.

I – LA GRACIA DE UNIDAD: 9.

II – LA PRESENCIA UNIFICADORA DEL ESPÍRITU SANTO: 17.

III – LA PROFESIÓN RELIGIOSA, COMO PROYECTO UNITARIO: 25.

IV – LA ALIANZA, COMO VERTIENTE DE LA GRACIA DE UNIDAD: 31.

V – LA MISIÓN APOSTÓLICA, COMO FISONOMÍA GLOBAL: 41.

VI – LA COMUNIDAD FRATERNA, COMO ESTILO DE VIDA Y DE ACCIÓN: 49.

VII – LA PRACTICA DE LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS, COMO TOTAL DONACIÓN DE SÍ: 57.

VIII – LA ASCESIS, COMPAÑERA INDISPENSABLE DE LA PROFESIÓN: 67.

IX – ALGUNOS DESAFÍOS PARA LA GRACIA DE UNIDAD: 75.

X – GUIADOS POR MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA Y AUXILIADORA: 81.

CONCLUSIÓN: 89.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN: 7.

Contra el peligro de la superficialidad espiritual: 7.

I - LA GRACIA DE UNIDAD: 9.

1. Por qué usamos esta terminología: 9.
2. Multiplicidad de valores que puede invitar a una dispersión: 10.
3. Dónde hay que buscar la unidad fontanal: 12.
4. El secreto de la síntesis vital: 13.
5. Cristo forma el corazón de los Pastores: 14.
6. Caridad pastoral en don Bosco: 14.

II - LA PRESENCIA UNIFICADORA DEL ESPÍRITU SANTO: 17.

1. La potencia del Espíritu Santo: 17.
2. La consagración religiosa es presencia vivificante del Espíritu: 18.
3. El Espíritu da organicidad a la *índole propia*: 19.
4. La dimensión *carismática* de los orígenes: 20.
5. La mansión del Espíritu en el corazón: 21.
6. Actual responsabilidad en la docilidad al Espíritu: 21.

III - LA PROFESIÓN RELIGIOSA, COMO PROYECTO UNITARIO: 25.

1. Profesión e *índole propia*: 25.
2. La significativa fecha del 14 de mayo: 26.
3. Un acto definitivo de libertad: 26.
4. La originalidad y los contenidos de nuestra consagración apostólica: 27.
5. La dinámica interna a los cuatro elementos señalados: 29.

6. Urgencia de una relectura salesiana de la profesión: 30.

IV - LA ALIANZA, COMO VERTIENTE DE LA GRACIA DE UNIDAD: 31.

1. La iniciativa de Dios: 31.
2. La liturgia de la vida: 34.
3. El centro motor de la Eucaristía: 35.
4. La sabiduría y pedagogía de la conversión: 36.
5. La participación convencida en la oración eclesial: 37.
6. La intimidad personal: 38.
7. Los obstáculos a la gracia de unidad: 38.

V - LA MISIÓN APOSTÓLICA, COMO FISONOMÍA GLOBAL: 41.

1. Dimensión teológica de la misión: 41.
2. Misión y pastoral: 42.
3. Multiplicidad de aspectos en la *índole propia*: 42.
4. El criterio oratoriano: 46.
5. El Evangelio desde dentro: 47.
6. Desafíos pastorales y discernimiento de identidad: 47.
7. La luz y la guía de los Pastores: 48.

VI - LA COMUNIDAD FRATERNA, COMO ESTILO DE VIDA Y DE ACCIÓN: 49.

1. Un estilo de convivencia y de actividad: 49.
2. Complementariedad de comunión: 51.
3. La dimensión comunitaria: Síntesis viva de la consagración: 52.
4. Núcleo creador de pastoral: 53.
5. Comunidad abierta y animadora: 53.

6. Organicidad y eclesialidad de la dimensión comunitaria: 55.

7. El Director de la Comunidad: 56.

VII - LA PRACTICA DE LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS, COMO TOTAL DONACIÓN DE SÍ: 57.

1. El inmenso aporte de la Práctica de los Consejos: 57.

2. Contestación evangélica de actualidad: 58.

3. Estructura portante y discreta: 60.

4. Una radicalidad totalmente empapada de caridad pastoral: 62.

5. Peligros de desestabilización en la Práctica de los Consejos: 62.

6. Una praxis testimoniada con medios adecuados: 64.

7. La tarea de los animadores: 65.

VIII - LA ASCESIS, COMPAÑERA INDISPENSABLE DE LA PROFESIÓN: 67.

1. El dón del martirio: 67.

2. Trabajo y templanza: 68.

3. La mortificación de los sentidos: 69.

4. La disciplina de la Regla de vida: 70.

5. ¿Una nueva antropología?: 71.

6. La Profesión de los Consejos: 72.

7. Contemplación y ascesis: 73.

8. Promoción de las convicciones de discípulo: 74.

IX - ALGUNOS DESAFÍOS PARA LA GRACIA DE UNIDAD: 75.

1. Nuestro cuadro de referencia: 75.

2. Desafíos a la Alianza: 76.

3. Desafíos a la Misión: 76.

4. Desafíos a la Comunión: 77.

5. Desafíos a la Radicalidad evangélica: 77.

6. Desafíos a la Ascesis: 78.

7. Todo desde Cristo: 78.

X - GUIADOS POR MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA Y AUXILIADORA: 81.

1. María y la gracia de unidad: 81.

2. Feliz inclusión de la dimensión mariana en el texto constitucional: 82.

3. Un gran modelo de interioridad apostólica: 83.

4. Iluminación mariana de la consagración religiosa: 84.

5. El testimonio mariano de don Bosco: 84.

6. El cuadro de la Auxiliadora en Valdocco: 85.

7. Los tiempos difíciles: 87.

CONCLUSIÓN: 89.

1. El plan divino de unidad: 89.

2. La potencia unificadora del Espíritu, *Dominum et vivificantem*: 89.

